MARTINA HEFTER

GANADORA DEL BUCHPREIS



HEY, BUENOS DÍAS.

¿CÓMO ESTÁS?

2024 buch preis Novela ganadora

MAEVA

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos
http://www.maeva.es/guias-lectura

Índice

Cubierta
Trailer
Cero
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Epílogo
Gracias
Créditos
Notas

Trailer

ZOOM sobre la espalda de una persona, sobre un *backpiece*: La palabra *Exploitation* escrita en cursivas ondulantes, algo rebuscadas, con un par de cuervos sobrevolando alrededor.

Corte.

Zoom sobre otro *backpiece* con la misma palabra, otra tipografía más angulosa, las líneas sin rellenar; de fondo, el amanecer sobre un río.

Siguiente *zoom*:

«La explotación mantiene unido el mundo» escrito a lo largo de una pierna, de arriba abajo, una pierna musculosa pero delgada, de más de un metro.

Un par de abejas revolotean sobre la frase. Abejas que le dan su miel a los humanos y trabajan duro. La reina aparece en el medio.

La pierna es de Juno, pero el tatuaje resulta ser falso: en la pantalla aparece una mano con un paño y borra la frase.

Zoom sobre los verdaderos tatuajes de Juno. Son diez. Una mariposa; en concreto, una mariposa pavo real; tres ciervos distintos; la palabra Euphoria rodeada por el vuelo de cuatro pequeñas mariposas; una bailarina con un vestido de vuelo; un paraguas gótico de encaje negro, abierto; un estampado de rosas entre una maraña de espinas sobre el hombro derecho.

Y, en el muslo derecho, *Dolce Vita* con letras delicadas y sinuosas sobre una estrella hecha de puntos.

Nice. ¿Por qué Dolce Vita?

> Dolce Vita es eso que siempre se desea y, al mismo tiempo, se desprecia. Solo se consigue con la muerte y el dolor de otros.

Ja, ja, ja. ¡Cierto!

Cero

Llevaba una temporada sin dormir.

Y, cuando lograba dormir, soñaba con cosas absurdas, con cientos de perritos que caían dentro de su apartamento ladrando muy enfadados. Pronto se convertiría ella misma en un animal; hasta había dejado de limpiar la casa. Por las noches el animal estaba muy despierto, pero no especialmente activo.

Tumbada sobre una colchoneta de gimnasia hacía abdominales de vez en cuando; eso era todo. En realidad, pasaba la mayor parte del tiempo mirando al techo. Había un relieve de estuco, varios círculos concéntricos decorados con flores. Habían pintado tantas veces sobre ellas que parecían planetas. Circulaban por sus órbitas noche y día. Era agradable mirar los planetas y perderse en ellos.

A veces oía zumbar el motor de la cama articulada en la habitación de Jupiter. Entonces sabía que él aún estaba despierto, y que estaba ajustando el cabecero. Se daría cuenta cuando ella iba al baño o a la cocina a por un vaso de agua. Pero Jupiter nunca hacía preguntas. Además, ¿qué hubiera podido responder ella?

Podría decirle que no podía dormir porque todo aquello la superaba. O alguna otra respuesta por el estilo. El problema era que eso, en primer lugar, era mentira, y, en segundo, tampoco explicaría nada.

A veces desbloqueaba el móvil y abría Instagram. No empezaba por el *feed*, que casi siempre era un aburrimiento. Mejor ir a los

mensajes directos. Una curiosidad brillante y saltarina. ¿Habría otro mensaje de «desconocido»? Si ese era el caso, la palabra «solicitudes» aparecía resaltada en azul.

Casi todas las noches lo estaba.

Hey, preciosa / Hola, guapa / Hola, linda.
¿Qué tal?

Los que escribían se llamaban Jimmy_Taylor_354 o Marcus DeBuonaventura. Se llamaban Phil Gibson1973, William_Smith y Dr. Antonio Alessandro. Tipos bronceados frente a un yate, hombres blancos de pelo canoso con gorras de béisbol y barba de tres días.

Un *cowboy* con botas posando delante de un rancho. Un general del ejército estadounidense con uniforme de cadete. Un viudo con dos hijos preparando tortitas en una cocina lujosa.

En realidad, son jóvenes que teclean mentiras cursis en el ordenador o en el móvil en un cibercafé en algún lugar muy lejano. Juno había visto un documental en YouTube, lo llamaban «estafa amorosa». Parece ser un buen negocio. Escribían con un perfil falso a mujeres mayores que suponían solteras.

Vi tu foto de perfil y quedé cautivado al instante.

Entonces los estafadores del amor se dedicaban a sentar las bases de la relación.

Buenos días, mi amor.

¿Qué has comido hoy? Cuídate mucho.

I love you.

Sticker con rosas rojas. *Sticker* con tazas de café en las que ponía *Love*.

En el documental se veía a un joven leyendo un libro sobre manipulación psicológica.

Te echo tanto de menos. Sueño con pasar mi vida contigo.

Y, en algún momento, los estafadores del amor les pedían dinero a las mujeres.

Me encuentro de viaje de negocios y he tenido un accidente, ahora estoy en la cárcel y no tengo acceso a mi cuenta, ¿puedes echarme una mano?

A Juno le sorprendió y fascinó a partes iguales cuántas mujeres creían ese tipo de cosas. En el documental contaban abiertamente las sumas que habían llegado a enviar a tierras lejanas mediante transferencia de la Western Union.

Y ahora ella también había aparecido en su radar, precisamente ella, Juno Isabella Flock. Juno, la mujer de Jupiter; pero de eso no sabían nada los estafadores. Imperturbables, le enviaban una lluvia de solicitudes. Y Juno les respondía con gusto.

Con la euforia sombría y resplandeciente que le proporcionaba estar despierta mucho después de medianoche, desde su habitación con planetas en el techo.

Hola, hermosa.

Hola.

Cómo estás, ¿qué tiempo tenéis por ahí?

Estoy fenomenal, gracias. Tenemos 45 grados, se le derrite a una la mollera.
¿A qué te dedicas?

Trabajo en una empresa de construcción, ARCO, pero también soy asesor financiero, ¿y tú?

Doy de comer a mis halcones, tengo tres, cada uno vale 20000 dólares. Se llaman Leo, Bubbo y Lucas.

Wow, ¡suena interesante!

Hombre blanco de mediana edad, cabello gris, con pantalones cortos, bajo una palmera.

Hombre blanco, cabello gris, apoyado en un descapotable.

Hombre blanco bronceado abrazando un perro blanco lanudo.

Fornido hombre de mar californiano, un marine con algunas canas e identidad robada.

Venid aquí con Juno, que quiere jugar con vosotros.

Hola, gracias, estoy bien.
Vivo en Alemania, un país con enormes piscinas para las focas del zoo.

¿Que qué hago? Estoy en la bañera bebiendo licor, como hacemos todos en Alemania. Me fumo los billetes, ¿lo has probado alguna vez?

¿Casada? *Nop,* vivo con tres sirvientes, dos hombres y una mujer.
Nos insultamos unos a otros mientras nos bebemos un cajón de cerveza.

¿Y tú?

Los estafadores se lo creían todo durante bastante tiempo. Al principio le divertía aquello de mentirle a un tipo después de medianoche.

Ella alargaba la mano: ven.

Era una diversión un tanto malvada.

A veces dudaban.

Are you serious?
Smiley

Titubeaban, se sentían inseguros.

En su mundo se estrellaba algo, pedazos de Juno Isabella Flock, que no fumaba billetes sino que vivía en una habitación junto a la de Jupiter, quien por las noches yacía en una cama articulada. Esa cama era como las de hospital, pero llevaba adherida una película plástica que imitaba la madera contrachapada. Durante el día, Jupiter iba en una silla de ruedas de color rojo metalizado. La había elegido él mismo; ya tenía unos cuantos arañazos en la pintura.

Todas las mañanas tocaba salir de la cama y sentarse en la silla, en lo que Jupiter tardaba cinco minutos. Se colocaba en el borde de la cama, con las piernas por delante, y deslizaba primero una y después la otra mitad del cuerpo hasta el asiento, apoyándose con las manos en los reposabrazos.

«Solo hay que levantar un momento la Tierra —había dicho Jupiter en una ocasión—; tampoco es tan difícil».

Tal vez los hombres que le escribían se merecían que Juno los engañara tan fácilmente. Igual que las mujeres a las que ellos engañaban se creían sus tonterías.

¿No sería que quería vengar a esas mujeres? Más bien no.

No era capaz de dormir por las noches, eso era todo.

Los estafadores del amor en sus países emergentes no sabían nada de ella; de otra forma, era probable que no le hubieran escrito.

A ella, que se pasaba las noches en vela mirando al techo.

Hey, preciosa, ¿qué estás haciendo?

Juno respondió con rapidez y eficacia. Cómo estaba y qué hacía. Que se había casado dos veces y ahora se aburría con un internista.

Que criaba perros de pelea.

Que le encantaban los perros (espera, eso no era falso).

En algún momento se dio cuenta de que se le colaban algunas verdades entre las mentiras. Algo cierto. Más que preocuparle, la sorprendía. A veces se sentía bien diciendo la verdad.

¡Hola, linda! ¿Qué tal tiempo hace por ahí?

El tiempo es gris y frío, noviembre no es un buen mes. Ayer vi una película, *Melancolía*,
¿la conoces? Un planeta se estrella contra la Tierra. No termina bien. Hay dos hermanas,
Claire y Justine. Justine dice que está bien que el mundo se destruya y Claire no lo entiende. ¿Cómo puedes ser tan fría, Justine, tía, que
nos vamos a morir todos y tú vas y dices que no pasa nada?
O cuando Claire se da cuenta de que no puede confiar en John. John es el marido de Claire,
astrónomo aficionado. John dice que
Melancolía va a pasar de largo, que no tengan miedo. Pero se equivoca, el planeta regresa,
da media vuelta. El pánico de Claire, la calma de Justine poco antes del choque planetario.
Claire abraza a su hijo en el jardín para protegerlo.

Melancolía. ¿No es un nombre precioso para un planeta errabundo? Suelo escuchar la
banda sonora mientras paseo. A veces pienso como Justine: una colisión con un planeta o un cometa, y fuera.

El estafador no respondió.

John le da a Claire un aro de alambre, con el que puede medir Melancolía sujetándolo en
alto. El planeta brilla en el cielo a plena luz del día, una luna enorme. Claire ve cómo se va
haciendo cada vez más pequeño dentro del aro, piensa que se está alejando hacia el
espacio. Está contenta. Pero, un día después, Melancolía es mucho más grande que el aro de alambre. Regresa.

Cómo caen los pájaros. El granizo arrecia,
la hierba tiembla.
Las amenazas del espacio me ponen
especialmente triste, porque las dimensiones son mucho más grandes.

El estafador no leyó el mensaje.

Hey, escríbeme otro día, ¿vale?
Es agradable contarte todas estas cosas.

El estafador no leyó el mensaje.

Hey, buenos días. ¿Cómo estás?

El estafador no respondió más.
Que pase el siguiente.

Me gustan las películas de amor que no tienen final feliz; por ejemplo, *Open Water*, ¿la has
visto? Una pareja flotando en el agua. Habían reservado un viaje para bucear en mar abierto en un barco con más gente, la tripulación se
equivoca al contar, el barco regresa sin ellos.
Flotan en el Pacífico, a él lo ataca un tiburón.

Ella tiene que ser fuerte, animarlo, pero él muere en sus brazos. Ella coge aire, bucea hacia el fondo, no vuelve a salir.
Siempre me pareció una historia de amor brutalmente consecuente.
Cómo se tienen los dos, se abrazan, se sujetan el uno al otro.
Él la sostiene para que pueda
dormir, y justo entonces viene el tiburón.
Me gusta que la película sea consecuente y no maquille la realidad.
Solo así se convierte en una historia de amor.

A Juno dejó de importarle el estafador mientras escribía, aunque al principio él hizo algún amago de participar.

Sí, mi amor, ¡el amor verdadero es algo maravilloso!
Corazón rojo

Me encanta cuando el amor verdadero muestra su verdad solo a la hora de la muerte.

Por favor, ¡no digas esas cosas, cariño!

Precisamente esas cosas son las que quiero decir.
La muerte es la que nos une, al final.
Y me alegro de compartir esto contigo, por cierto.

Bitch.

Así acababan siempre los chats.

Los estafadores dejaban de contestar en algún momento, y aquel en concreto se había puesto agresivo. Juno no se lo tomó a mal. Ella también hablaba con un tono ligeramente agresivo, la verdad.

A veces le parecía que era su actitud más honesta.

Es posible que en los chats fuese la Juno más auténtica.

Uno

Juno. Los nombres que terminan en «o» suenan al trueno cuando baja rodando por las laderas de las altas montañas. O como sonaría el sueño profundo. Como un suspiro triste que alguien deja escapar mientras duerme. Juno también suena a algo que vuelve a empezar una y otra vez. Dos sílabas, pronunciadas en bucle, un GIF sonoro.

Había ido a pasar algunos días a las montañas, al pueblo en el que había crecido. Se alojaba en casa de su madre, en la pequeña vivienda de entonces, justo bajo el tejado, y dormía en su antigua habitación de niña, que ahora se había convertido en una especie de trastero para todo y para nada. Bajo las paredes inclinadas de madera, se sentía como en una tienda de campaña.

En la primera noche, todo igual que siempre: Juno tumbada boca arriba en el suelo, como en casa, mirando por la ventana hacia los lomos oscuros de las montañas. Las once, las doce. Vio apagarse las luces del refugio en la cumbre del Neuner (el Nueve), uno de los pocos que seguían abiertos en esa época del año. Eran como las luces de un faro. Algo que estaba allí desde siempre señalando una dirección concreta. Oía el televisor en la habitación de al lado, su madre lo ponía alto, se había vuelto un poco sorda. Aparte de eso, no pasaba nada.

Hablaba todos los días con Jupiter, al otro lado de las montañas. «¿Estás bien, te apañas?». «Muy bien —decía él a través del éter—. Todo fenomenal».

Jupiter era capaz de hacerlo todo sin ella: abrir la nevera, sacar la mantequilla, el queso y hacerse un bocadillo con un par de tomates de esos pequeños que vienen en racimo y no hace falta cortar, porque no podía sujetar bien el cuchillo.

Cuando estaba ella, era distinto. Jupiter cogía cosas que, en caso de emergencia, ella también podría agarrar: el cuchillo, la cafetera, el plato. Juno era la red de seguridad; pero ahora les tocaba estar cinco días separados. Juno podría caerse durante un paseo, despeñarse y no regresar. Y Jupi también podría caerse, por ejemplo, en las baldosas resbaladizas de la cocina. Y tal vez no pudiera volver a levantarse y no tuviera cerca el móvil.

Juno permaneció despierta tanto tiempo como pudo. Pensaba que así percibiría si a Jupiter le ocurría algo. A pesar de que el motivo del viaje era volver a aprender a dormir. Es posible que, en realidad, no lo deseara de corazón.

Ya en la primera noche recibió otra solicitud en Instagram. Venía de Owen_Wilson223.

Juno sopesó bloquear el perfil directamente; al fin y al cabo, quería dormir. O mirar un poco por la ventana. Hacía mucho que su madre se había ido a la cama, también podría ir a la sala de estar y ver una película en la tele con una bolsa de patatas fritas. Por otro lado, ahí fuera, en alguna parte, había un estafador del amor, un falso Owen Wilson que esperaba su respuesta bajo el mismo cielo nocturno que aquí cubría los picos de las montañas. Era demasiado tentador.

Juno abrió el perfil. Como de costumbre, había pocas fotos, subidas un par de días antes.

Un hombre con barba de tres días, de unos cincuenta años, blanco; en la primera foto aparecía vestido de esmoquin en una recepción, detrás de él se veía el logotipo de una empresa en la pared. Owen_Wilson223 tenía en la mano un canapé de salmón y sonreía a la cámara.

En la ventana del chat se leía:

Hi.
Smiley

Juno hizo clic en «aceptar solicitud».

¡Hi!
Smiley

No habían pasado ni dos minutos y Owen Wilson ya estaba en línea.

¿Cómo estás?

Bien, ¿y tú?

¡Fenomenal!
Smiley con ojos de corazoncitos
¿Dónde vives?

Vivo en Rumanía, el país de Drácula.
¿Lo conoces? ¿Y tú?

Me llamo Owen y soy de Ucrania,
¡pero vivo en Austin, Texas!

Wow, ¡genial!
¿Y ahora eres un cowboy?
¿Has tenido que huir de la guerra?

¿Tienes hijos?

No, nada de hijos, pero tengo tres perros.

Wow!
Smiley sorprendido

La verdad es que no me siento nada bien.
Estoy en las montañas. Cada mañana el sol asoma entre la niebla y las montañas se iluminan, pero es un poco demasiado bonito.

De alguna forma, se percibe la vulnerabilidad de la Tierra.

¡Okay, lol!
Smiley riéndose
¿Est?s casada?

Da igual si estoy casada o no. Que quede claro: lo único que quiero es escribirte mis pensamientos. Algo sobre la vulnerabilidad. Todos los astronautas dicen en las entrevistas que, desde el espacio, la vulnerabilidad de la Tierra es extremadamente visible. Que es tan pequeña y delicada. Quedan todos en *shock* por las cosas tan horribles que pasan en este delicado planeta.

¡Qué graciosa eres!
Dos smiley llorando de risa

La hierba es azotada por el viento, los caballos vuelven los ojos en los establos, pero permanecen tranquilos.

He intentado escribir un poema. Sobre la película *Melancolía*, que es el nombre de un planeta de la peli. Viene de lo más

profundo del espacio exterior, se ha salido de su órbita y va dando tumbos, va a chocar con la Tierra.
¿Lo conoces?

Pausa larga; no hay respuesta.

Y, además, no eres Owen Wilson de Texas. Eres un estafador del amor en un cibercafé. Y yo no soy de Rumanía. ¿Que cómo estoy? Si quieres saberlo: fatal. Porque no soy capaz de dormir.

Cinco minutos sin respuesta.
Juno esperaba que la bloqueara en cualquier momento.

Te parece un problema ridículo, ¿verdad?

Al cabo de cinco minutos apareció la burbuja del chat.

Tu poema del caballo es bonito.

Una pausa corta.

¿Cómo te has dado cuenta de lo de la estafa?

¿Cómo se puede tomar en serio algo así? Owen Wilson de Ucrania, con esa foto de perfil absurda. Y toda esa cursilería.

¿Estás enfadada conmigo?

No, no me has engañado.

Okay.

¿Estás enfadado conmigo?

No. ¿Tomas drogas?

No, ¿por qué lo preguntas? ¿Por qué iba a tomar drogas?

Yo fumo hierba.

A mí la hierba me provoca ataques de risa.

¡Eso es bueno!
Smiley llorando de risa

A mí no me parece bueno.

La risa es buena.

A veces sí, a veces no.

No deberías pensar tanto.

No puedo evitarlo.

¿No sería mejor que te durmieras ya?

Nadie, tal vez exceptuando a Jupiter, se enteraría nunca de que ya no era capaz de dormir.

Todavía quedaban cinco días antes de regresar a Leipzig.

De regresar a su pequeña manchita en medio de la gran ciudad, a su pequeña habitación con los planetas y a la habitación de al lado con la cama articulada y la silla de ruedas.

La habitación donde latía un corazón, el corazón de Jupiter, que allí resistía.

Juno dejó el móvil y se encaramó al sofá cama que solía estar en la salita. En realidad, se sentía algo cansada y echaba de menos la intranquilidad ligeramente eufórica, las muchas ideas y pensamientos que a esas horas llegaban hasta ella volando como naves espaciales extranjeras o como pájaros. Tal vez apareciera el sueño. Sobre ese sueño en las montañas que todavía tenía que ocurrir prometió velar Owen_Wilson223. Mientras ella, Juno Isabella Flock, desde lejos, bajo las estrellas, lo que quería era velar el sueño de Jupiter.

Buenos días.
¿Conseguiste dormir ayer?

Sí, gracias.

Por el momento no escribió nada más.

Tenía intención de salir mucho a caminar, tal vez eso la ayudara a dormir. Los primeros días había niebla, lo que no facilitaba los paseos. No se veían las cumbres, solo los oscuros bosques de abetos que avanzaban sobre las laderas. «Ve mejor a la piscina», le dijo su madre, pero Juno no tenía ganas de nadar. Un día aprovechó para pasear por el valle del Vils. Era un sendero estrecho y accidentado, a derecha e izquierda se elevaban las primeras laderas de las montañas. De niña solía ir allí sola a jugar, en secreto, porque estaba demasiado lejos de casa y además era peligroso; sus padres jamás se lo habrían permitido.

El río Vils, un torrente de montaña, corría en paralelo al sendero. Más adelante, al llegar al pueblo, habían logrado enderezar su cauce; lo habían controlado y pacificado con orillas de piedra. Pero allí todavía rugía con fuerza y se abalanzaba en remolinos burbujeantes. En los tramos más tranquilos adquiría un intenso color turquesa y las orillas se ensanchaban, cubiertas de guijarros. En verano Juno solía nadar allí sola en secreto, lejos de todas las miradas, a pesar de todas las prohibiciones.

Nunca se lo había contado a nadie, ni a sus padres ni a Jupiter tampoco. Una vez estuvieron allí los dos juntos; no hacía mucho que eran pareja y fueron a pasar un fin de semana a casa de los padres de Juno. Ya entonces Jupiter caminaba con torpeza, tenía que descansar a menudo y tardaron mucho tiempo en recorrer el camino. Ella pensó que simplemente no era muy deportista. No le molestó. Ahora el río bajaba bastante tranquilo, lo normal para la época del año.

Era un secreto maravilloso haber nadado allí sola de niña. Tener un secreto era como guardar un pequeño tesoro en algún sitio, enterrado muy profundo, bajo un árbol, en un lugar que solo ella conocía.

A su madre no la veía mucho, siempre estaba fuera. Por las tardes a veces tomaban juntas una infusión fuerte, mezclas que sabían a madera, pimienta o agujas de abeto. «Esta se la tienes que llevar a Jupiter —le dijo su madre un día—. No le va a devolver la salud, pero le va a alegrar». Y prometió prepararle un paquete. Desde siempre, su madre recogía todo tipo de hierbas en las montañas durante el verano y las secaba en el balcón. Cuando, de niña, Juno se caía y se le hinchaba la rodilla o se torcía la mano, su madre le

frotaba con una tintura de árnica que había elaborado ella misma. Y la verdad es que siempre ayudaba.

«¿A mí también me va a alegrar?», preguntó Juno, y su madre le dijo que a ella no había infusión en el mundo que la pudiera ayudar. Había querido hacer una pequeña broma cariñosa, se notaba en el tono. Pero las dos se quedaron calladas al instante.

«Seguramente tengas razón», respondió Juno.

El tercer día amaneció despejado. Juno fotografió las cumbres nevadas desde el balcón, blanquísimas contra el cielo azul claro; el paisaje parecía mucho más amplio que antes. También las noches se volvieron de repente enormes y altas, la Vía Láctea desparramaba sus estrellas sobre las montañas.

Cada noche tenía un mensaje.

¿Qué tal en las montañas?
¿Cómo de altas son?
Hola, ¿qué estás haciendo?

> Es bonito, solitario, con viento, ahora mismo está todo un poco desolado. A veces pienso que es como estar en Marte.
> Mañana voy a salir a pasear, hay una charca en la que vive un castor. Me gustan los castores, trabajan laboriosamente para lograr su objetivo sin cuestionarse.

Lol, me gusta como escribes.
Tienes gracia.
Smiley llorando de risa

> *Smiley*

No creía que Owen Wilson le estuviera escribiendo como él mismo, sin objetivos, sin segundas intenciones.

Mirara adonde mirase, veía maldad por todas partes.

En el documental había visto que los estafadores, al verse descubiertos, lo seguían intentando de una forma distinta, con otras mentiras. Consideró bloquear el perfil. Un clic y adiós. Pero ya había enviado muchas respuestas, sus palabras estaban demasiado presentes en la atmósfera. ¿Era posible detenerlo o ya era tarde?

Ella seguía mintiendo en algunas cosas, claro. Esa vez por precaución; a saber con quién estaba hablando en realidad.

La verdad es que vivo en Chemnitz,
estoy aquí de vacaciones.
Una ciudad encantadora
con muchas fuentes y un castillo.
No, no tengo hijos,
ni siquiera sé cocinar.

(Lo cual era cierto.)

De Jupiter no le contó nada, dijo que vivía sola.

Que vivía una aventura tras otra, siempre con nuevos amantes.

Se quitó tres años y dijo que era actriz. Lo cual era más o menos lo que le hubiera gustado ser.

Solo sobre el escenario
estoy realmente viva. Entonces existo.

(Eso también era verdad.)

Sigo saliendo mucho de fiesta, qué otra cosa
se puede hacer.
Me gusta mi vida.

(Discutible.)

Él conocía su perfil de Instagram. Tal vez incluso su nombre verdadero. Podría buscarla en Google. No vivía para nada en Chemnitz. Podría encontrar algunas cosas sobre ella. Fotos de algunas *performances* en teatros de Leipzig, anuncios de actuaciones. Incluso tres entrevistas, dos en el canal de la radio televisión pública mdr y otra en una emisora de radio local especializada en cultura.

Juno Isabella Flock. Sus esquirlas se encontraban por todas partes.

Las noches siguientes pasó mucho tiempo con el móvil en la mano, escribiendo en las burbujas del chat, aunque al principio Juno no quería. Nunca le había gustado chatear, después le dolía el cuello.

La madera oscura del balcón arrojaba una oscuridad extra a través de la ventana. Tenía prendida una pequeña lámpara naranja, sostenía el móvil cerca de los ojos.

Él le contó que vivía en Nigeria. En una ciudad mediana en el suroeste.

Juno no lo consultó en Google Maps, lo sabía: estaba muy lejos.

También se enteró de su nombre verdadero: Benu.

Después buscó el significado. Benu era un ave mitológica del antiguo Egipto, una especie de antecesor del Fénix, un dios de los muertos. Benu pasaba la noche en el Duat, el reino de los muertos, y con las primeras luces del amanecer surgía renacido en forma de garza.

A Juno le gustaba el nombre. También terminaba, como *Juno*, en algo oscuro; también tenía, como *Juno*, solo dos sílabas.

Si se pronunciaban en bucle, podían percibirse como un sonido continuo.

Una vez, a la distancia suficiente, a la altitud suficiente para permitirse ser tan directa, le preguntó a Benu sobre las estafas. Por qué lo hacía. Pensó que era una pregunta objetiva y demostraba un interés sincero.

Por favor, no llames a la policía.

La respuesta, en cambio, sonó muy urgente.

Le gustaría dejar de hacerlo, pero no tenía elección.

La policía aquí es brutal, la cárcel es *hardcore*.

Tú sabrás lo que haces. No te preocupes, no te voy a denunciar. Tampoco sabría dónde hacerlo.
Smiley

«Hola, buenos días, querida Comisaría de Policía de (ciudad nigeriana al sudeste de Lagos), soy Juno Isabella Flock, tienen un estafador del amor en su ciudad, se llama Benu. ¿Podrían hacerme el favor de detenerlo? Gracias».

«Puedes escribir tranquilamente a cualquier otra mujer que sea lo bastante tonta. A mí lo que me importa es tener a alguien al otro

lado».

Eso no lo escribió, no quería ni siquiera pensarlo, pero lo pensó de todas maneras. Porque el universo estaba iluminado y los perritos que a veces seguían apareciendo en sus sueños bailaban como locos alrededor.

Ese tipo de cosas solo se podían compartir con alguien que estuviera lo bastante lejos.

¿Me escuchas, estafador Benu?

Nigeria. Juno tuvo que pararse a pensar en qué lugar de África quedaba exactamente, y se avergonzó porque no estaba segura. Más bien hacia la izquierda, pero no abajo del todo. Encendió el ordenador, buscó en Google Maps; había acertado, más o menos. Algo es algo.

Luego buscó la ciudad en la que vivía Benu. Nunca había oído el nombre antes. Se encontraba en el interior, a cierta distancia de la costa; el río Níger fluía a unos doscientos kilómetros hacia el oeste.

No sabía casi nada sobre Nigeria. Una vez había leído en el periódico un reportaje que la había impresionado mucho sobre los artistas callejeros de Lagos. Recordaba una foto, un par de chicos jóvenes vestidos en una mezcla de trajes regionales, harapos y ropa punki que llevaban a dos hienas atadas con enormes cadenas de hierro. Las tenían como animales de circo, los chicos paseaban con ellas por el barrio y las obligaban a hacer monerías. Llevaban bozales de cuerda anudada, Juno se acordaba de eso, y también de que pensó cuánto miedo le daban aquellos animales. También le

vino a la cabeza Boko Haram, durante una temporada salían noticias horribles sobre ellos en el telediario.

¿Cuándo fue eso? Se acordaba de aquellas niñas. Secuestradas en su escuela porque eran niñas que iban a la escuela.

Juno miró en el ordenador; fue en el 2014.

Doscientas setenta y cinco escolares del *Chibok Girls State Secondary School* fueron secuestradas en mitad de la noche por supuestos guardias de seguridad que se las llevaron en camiones a los bosques en la frontera con Camerún. Hasta hoy había noventa y seis chicas, ahora mujeres, desaparecidas. Once fueron liberadas en junio de 2022, todas habían tenido varios hijos y, entre tanto, algunas habían perdido a sus padres.

«Hace mucho que en Europa no se habla de eso», pensó Juno.

Aunque en realidad la historia no había terminado aún.

Una noche charló con Benu sobre Nigeria.

> Cuéntame algo sobre tu país.

Eso es lo que le preguntaban a ella los otros estafadores, y ella respondía que en su país comían capullos de rosa para desayunar.

> Es un poco aburrido. El norte es peligroso. Allí no quiere vivir nadie. La mayoría de
> la gente termina yéndose a Lagos. Yo no tengo trabajo, me paso todo el día sin hacer nada, como mucho hago la colada.

(Eso le pasaba por preguntar)

> Vivo con mi madre...

(Dijo que tenía treinta y dos años.)

> La ayudo con las tareas de la casa, bueno,
> a veces.
> *Smiley guiñando el ojo*
> Casi siempre estoy aburrido. Juego un
> poco a los videojuegos, fumo hierba.

Para entonces ya se escribían en WhatsApp y no con el perfil de estafador de Benu. Adiós, Owen Wilson. Juno miró su foto de perfil. Su foto de verdad, no la del canoso señor Wilson.

Parecía amable, un poco mayor para tener treinta y dos. A veces sentía una oleada de pánico. Quién sabe quién se hallaría en realidad detrás de aquel móvil que enviaba sus ondas hasta su pueblito de los Alpes. Si las ondas llegaban hasta allí, seguramente Benu también podría hacerlo.

¿Qué más escribía Benu?

Que le gustaba escucharla. Que sus frases le hacían reír, que la encontraba divertida, que era especial.

Oh. Le dio un vuelco el corazón. Se sintió halagada. Pero seguro que era uno de los trucos habituales de los estafadores del amor. Le decía aquello solo para sacarle algo.

Quería acercarse a ella para que terminara pensando que era real. Igual que el planeta Melancolía se acercó tanto a la Tierra que se veían los cráteres, como los de la luna. Ella respondió que se alegraba. Y luego le dijo que en los próximos días no tendría cobertura porque quería hacer una larga excursión a un refugio de montaña donde no había internet. Necesitaba un descanso.

La verdad era que nadie pasaría unos días en un refugio de montaña en noviembre. La mayoría estaban cerrados. Pero ella necesitaba un descanso de él.

Las cosas habían ido demasiado rápido y el juego había tomado un cariz distinto al habitual. Juno había contado con que Benu la bloqueara pronto o dejara de escribir, como los demás estafadores cuando se daban cuenta de que con ella no había nada que rascar y les estaba haciendo perder el tiempo.

Pero ya estaban los dos metidos de lleno en el juego.

Dos

Alemania estaba atrapada en la neblina invernal.

En Leipzig, una luz gris colgaba sobre las calles durante el día, mientras que por las noches el cielo brillaba anaranjado a la luz de las farolas. Las estrellas estaban escondidas: incluso con el cielo despejado apenas se veía alguna.

Sobre el hemisferio norte brillaba Orión, que visto desde Europa se hallaba de pie o ligeramente inclinado. Con un poco de imaginación se podía reconocer en este grupo de estrellas una figura que tensaba un arco. Esta figura no tenía cabeza, o puede que fuera muy pequeña, pues constaba de una única estrella.

En el antiguo Egipto era la constelación de Osiris.

Para los sumerios era una oveja.

En los mares del sur esta figura era una mariposa o un barco de guerra.

En Nigeria se vería a Orión durante toda la noche prácticamente tumbado, apuntando con el arco hacia arriba.

Qué era el insomnio más que contemplar las constelaciones sabiendo que extendían sobre ti una especie de protección o techo. Las constelaciones eran un punto de encuentro entre la ciencia y la mitología. Mostraban la conmovedora fantasía de las personas, así como sus enormes conocimientos. Se empleaban para la navegación y se estudiaba cada una de sus estrellas; algunas eran todavía muy jóvenes, otras antiquísimas.

Qué era el insomnio más que contemplar todo esto en un estado de euforia. Resultaba peligroso entregarse por completo a ello. No dormir era insano, agotaba los recursos físicos. Pero era algo que le pertenecía solo a ella.

El sueño había regresado por poco tiempo gracias a su estancia en las montañas; la euforia de la vigilia había dado paso a una somnolencia indiferente que Juno aceptaba casi en contra de su voluntad. Ahora, dos semanas después, todo había vuelto a la normalidad. En realidad, mientras durante el día no estuviera cansada, no estaba tan mal.

Llegaba tarde al ensayo de baile; comenzaba a las seis y ella nunca se lo perdía. Para ella, el baile era el equivalente a lo que era el sueño para el resto de la gente, pensaba Juno a veces.

Llamó apurada a la puerta de Jupiter y entró con prisa sin esperar respuesta.

«¡Ciao, Jupi, hasta luego!». Se despidió con la mano en un gesto rápido, con intención de salir inmediatamente de la habitación.

Jupiter estaba en la silla de ruedas, con el portátil abierto.

«¿Te llevas, por favor, la carta?», le dijo, y sacó un sobre de la mesilla de noche.

Juno ya sabía qué era. El sobre contenía la tarjeta del seguro médico de Jupiter, que había que enviar por correo a la consulta de su neuróloga para que le recetara el siguiente paquete de Copaxone para los próximos tres meses, cuya receta también le mandaría por correo. La tarjeta llegaría de vuelta junto con la receta por el mismo método.

Al principio, iba él mismo cada tres meses a la consulta, ayudándose de sus muletas. Eran solo dos estaciones de metro, pero hacía mucho que eso ya no era posible. ¿Cuánto exactamente?

Con la silla de ruedas no podía ir solo. Aunque era eléctrica, como algunas bicicletas, no resultaba fácil de manejar. El camino al metro estaba lleno de socavones y baches. Además, las viejas aceras tenían unos bordillos muy altos y solo en algunos pocos puntos los habían bajado. Y siempre había coches aparcados justo ahí. Sin ayuda, Juno tampoco era capaz de bajar con la silla de ruedas los ocho escalones desde el entresuelo hasta la calle.

Durante una temporada ella se encargó de ir a la consulta para recoger allí la receta, pero cada vez con mayor frecuencia terminaba corriendo en el último minuto. Hasta que, en algún momento, Jupiter había telefoneado para preguntar si era posible enviar la tarjeta por correo.

Juno metió el sobre en su bolsa junto al *maillot* y las zapatillas de *ballet*; se arrugó un poco, pero daba igual.

«Claro», dijo.

Lanzó un beso con los dedos en dirección a Jupiter, otro adiós; regresaría cuando ya fuese de noche. Salió por el callejón hacia la calle principal; un par de cacas de perro, el cielo se abrió un poco; por lo demás, todo estaba bien.

En septiembre había comenzado a bailar de nuevo en su antiguo estudio de *ballet*. Lo necesitaba, en primer lugar, por su trabajo. Por la tensión corporal. Por la postura. Además, el *ballet* era para su

cuerpo como un vestuario especial que pegaba con todo, daba igual cómo fueran sus *performances*.

Durante la pandemia había practicado casi siempre sola, en el bosquecillo a la orilla del río o en su cuarto, de donde había retirado casi todos los muebles y los había metido en el cuartito de al lado. Durante esa temporada le pareció muy bonito bailar sola. Pero cuando poco a poco fue pasando la pandemia, Juno se dio cuenta de que echaba de menos la disciplina que, al igual que el insomnio, le causaba una sensación física de euforia. No solo los pequeños estímulos externos y las miradas de otros sobre su cuerpo, sino también la energía comunitaria que surgía en las clases como una nube invisible que lo cubría todo.

Todas las de antes estaban allí: Nais, Athine, Daphne, Ursi. Cuando Juno regresó por primera vez al estudio, la saludaron con grandes aspavientos. «¿Todavía estás viva, vieja momia?». «¡Anda, no has cambiado nada!».

Se dieron un abrazo y permanecieron así largo tiempo, Juno se acordaba bien. Ya no eran tan jóvenes, tal vez por eso se abrazasen con tanta fuerza. Querían protegerse de la despedida final.

Nais, la profesora, ya había cumplido los cincuenta, pero no se le notaba nada. Había sido solista en varios teatros de la ópera y sus saltos eran todavía tan rápidos que parecía sostenerse en el aire. Athine, solo dos años menor que Juno, era pianista y bailaba *ballet* desde los cinco años. Además, estaban Daphne y Ursi, junto a dos caras nuevas.

Cuando le preguntaron con cuánta frecuencia practicaba, dijo la verdad. Y las demás se quedaron un poco sorprendidas.

«Seis días a la semana, de lunes a sábado».

Juno era en realidad Nijinsky.

Con alas en los pies y un cuchillo al cinto.

Eran casi las nueve cuando regresó a casa, sacó la ropa sudada de la bolsa y la metió en la lavadora; quería ducharse lo antes posible. Entonces se encontró con la carta de Jupiter en la mano. El papel se había reblandecido por un costado, tal vez por la humedad del *maillot*.

Se había olvidado de la carta; no era la primera vez.

Juno fue a la cocina, a la nevera, donde guardaban las jeringuillas de Copaxone. Quedaban tres. Si enviaba la carta al día siguiente, llegaría dentro de cuatro días, como pronto. El Copaxone era vital para Jupiter; se ponía una inyección al día desde 2008.

Hacía un par de semanas Juno había calculado cuántas inyecciones llevaban. Le salió 5 475, sin tener en cuenta los años bisiestos, e intentó imaginarse cuántos cubos de basura llenarían esas jeringuillas vacías. Todos esos cubos de basura los había sacado ella al patio, a los contenedores, porque Jupiter hacía mucho que no era capaz. Decidió ir a la consulta al día siguiente a las ocho en punto de la mañana, entregar la carta y volver con la receta; era lo más seguro.

«Hola Jupi —dijo a través de la puerta de cristal—, ¿todo bien?».

«Fenomenal», respondió Jupi.

Oyó el ruido de las teclas, Jupiter estaba escribiendo algo. Llamó a la puerta, entró y se sentó en el sofá, empezaron a hablar de algo. Qué tal el baile (bien), cómo era el aire en la calle (frío), de qué humor estaba la gente ahí fuera (Juno no lo sabía).

Ella no mencionó la carta. Que todavía estaba en su bolsa, ligera, tal vez veinte gramos.

Luego hablaron un poco sobre el nuevo hotel para insectos.

Jupiter había comprado en internet un hotel para insectos y desde hacía un par de días estaba en el alféizar de la ventana; una casita de madera con cañas de distinto tamaño.

«¿Qué tipo de insectos vivirían ahí?», preguntó Juno, y Jupiter respondió que tal vez mariposas o avispas.

«Espero que se lleven bien todos juntos ahí dentro», dijo Juno.

Cuando ya se había levantado e iba a salir de la habitación, Jupiter le preguntó si había echado la carta.

Juno se quedó parada en la puerta durante un momento. Se volvió de nuevo hacia él. Estaba concentrado en la pantalla, lo cual facilitaba las cosas.

«Claro —dijo Juno—. Hecho».

Después hizo un par de estiramientos sobre la manta de lana. Todavía era temprano; afuera, delante de la ventana, se veía de vez en cuando pasar a gente. Eran esas horas antes de que llegara el silencio, entre el final de la tarde y el comienzo de la noche.

Podría salir, como los noctámbulos que pasaban bajo su ventana; podría pasear escuchando música con los auriculares, llorando. Le gustaba hacer eso de vez en cuando, llorar por la calle. A menudo sin pudor; cuando no había nadie a la vista, entonces dejaba fluir las lágrimas sin control. Si se acercaba alguien, dejar de llorar de golpe era un buen ejercicio. Había que respirar hondo, relajar la cara, fijarse en algo banal, como una papelera o un coche aparcado en la calle. Con eso bastaba.

Apareció un mensaje de Benu.

Hola, ¿cómo estás? ¿Qué haces?

Hola, estoy bien, gracias, estoy tumbada en el suelo mirando al techo.

Le envió una foto del relieve.

Las bolas antes eran flores, pero han pintado tantas veces por encima que ahora parecen planetas de un sistema solar, ¿no te parece?

Es un dibujo bonito.

En este barrio casi todos los pisos tienen estuco en el techo.

Tuvo que buscar la palabra en el Google Translate. En inglés: *stucco*.

Vivo en un país en el que una persona se puede pasar semanas mirando este techo de estuco y nadie se da cuenta.

¿Qué quieres decir?

Da lo mismo.

¿Qué has hecho hoy?

He ido a bailar y he olvidado mandar una carta.

¿Algo importante?

Sí, pero lo haré mañana por la mañana.

Sticker: cuatro letras bailando *GOOD!*

La G, una cara con una boca sonriente.

Cuando era niña estuve un mes entero
viajando en autobús escolar con billetes falsos. Mis padres tenían que rellenar un formulario para que yo lo entregara en el colegio, pero se me olvidó. El formulario estuvo durante semanas en mi cartera, y no me dieron el abono. Nadie cayó en la cuenta.

El abono era de cartón fino, con un sello rojo con el mes y el año. Un amigo del colegio me daba sus billetes usados y yo les raspaba el
sello con una cuchilla de afeitar. Encima
escribía la fecha del día con un rotulador rojo. Así estuve durante medio año sin que nadie lo notara. Había que enseñarle los billetes al conductor, pero no se fijaba mucho.

¿Y cómo te descubrieron?

En algún momento el colegio llamó a mis padres para preguntar por qué no habían entregado el formulario.

¿Y te riñeron?

No, seguí mintiendo.
Dije que, por supuesto, había entregado el formulario, pero que no me había atrevido a decir nada cuando no llegaron los billetes. Mis padres se enfadaron con la escuela, no conmigo.

A veces hay que mentir.
No hay más remedio.
Todo el mundo miente de vez en cuando,
también los niños.

Durante un momento pensó que era gracioso que un estafador del amor le escribiera ese tipo de frases. Pero habría podido decirlo ella también.

Uno puede preguntarse si al mentir no nos
mentimos en primer lugar a nosotros mismos.

Otra vez hubo una pequeña pausa, Benu no respondió.

Cuando el planeta Melancolía se choca con la Tierra y se produce una enorme bola de fuego, ahí se esconde una enorme belleza.
La película está *online*, tienes que verla.

No me suena de nada.
Bueno, puede que la vea.
Dos smileys

Ella vivía en ese planeta. No en el que iba a recibir el impacto, sino en el otro. El planeta Melancolía. El que la primera vez pasó rozando la Tierra y a la segunda impactó de lleno.

Tres

Juno Isabella Flock: mujer blanca, vive en Alemania.

Privilegiada.

Sin hijos.

En eso no se ajusta a la media alemana.

Artista de *performance*, autónoma, a veces gana más y otras, menos.

Espera poder seguir ejerciendo como artista hasta el fin de sus días.

Y después morirse sin dar la lata.

Flock tiene más de cincuenta años y, por eso mismo, no es tan privilegiada.

Antes del comienzo de un festival de *performance* en Leipzig, la directora de uno de los teatros participantes le dijo que este estaba orientado a producciones más jóvenes.

Flock sobrevivirá a eso.

Flock vive en una ciudad hermosa de piedra clara, con calles amplias.

Flock tiene más o menos veintitrés años de vida por delante, si todo va bien.

Flock vive en un piso señorial venido a menos en una calle tranquila. Las puertas tienen paneles de cristal que tintinean cuando las puertas se cierran de golpe por las corrientes de aire.

Los ocupantes anteriores cambiaron las puertas originales por esas. La luz cae desde el exterior a través de las ventanas y se reparte sin freno por las habitaciones.

Ese de ahí fuera, en el pasillo, es Jupiter.

Juno lo ve a través de la puerta de cristal de su cuarto.

Jupiter camina por el pasillo apoyado en el andador, de camino al baño o a la cocina. A través del cristal ella ve sus piernas desnudas. Jupiter no se puede poner solo los pantalones ni los calcetines, por eso a veces va sin ellos. Jupiter no quiere que Juno lo ayude con los calcetines.

Jupiter y Juno no pueden mudarse a otro piso, uno que tenga puertas de madera.

Tampoco a un piso sin barreras.

Los alquileres en Leipzig pronto serán tan altos como los de Múnich.

Sus vecinos tienen por lo menos un coche.

Juno no puede dormir.

Juno nunca podrá volver a subir una montaña o ir a la playa con Jupiter.

Juno odia que siempre le toque a ella sacar la basura, nunca a Jupiter.

Juno se odia por odiar esto.

Juno está frente a su realidad, la que les oculta a los estafadores del amor. Es una pared impenetrable.

Alegraos, queridos estafadores, de que Juno os mienta.

Juno está sentada en su habitación anegada por la luz y mira hacia afuera, y no hay nada que la amenace directamente con la muerte.

La calle es tranquila y limpia, no hay camellos, no hay bandas de jóvenes, no hay borrachos tirados por el suelo, solo personas que pasean a sus perros y niños que peregrinan camino a la escuela al fondo de la calle, y luego el eco de sus vocecillas alegres.

Por la tarde, padres que regresan de vuelta con sus hijos con mucho menos alboroto.

El piso con sus puertas de cristal es seguro, por ahora.

El cristal no va a romperse en mil pedazos por la noche debido al estallido cercano de una bomba.

El agua brota de los grifos por la mañana, por la tarde y por la noche. Juno no padece hambre y (también este invierno) tiene calefacción.

Y todo esto seguirá así probablemente el resto de sus días, que según las estadísticas se alargará otros veintitrés años.

Tomar conciencia de los hechos no mejora la situación.

Al menos para Juno.

Cada vez con más frecuencia le da igual cruzarse con gente cuando va llorando de noche por la calle. A veces pasa sin avergonzarse con el rostro lleno de lágrimas entre un grupo de gente contenta.

¿Debería contárselo a los estafadores del amor? ¿Que ella es la llorona del barrio de Schleußig en Leipzig?

Ellos se limitarían a enviarle sus memes de dos perritos que se abrazan o dos manos formando un corazón con los dedos.

Memes que solo dan más ganas de llorar.

Memes con imágenes que solo los estafadores consideran que hacen felices a las mujeres.

Podría contarles algo de la cama articulada de Jupiter.

Contarles cómo desmontaron entre los dos la barra superior de la que colgaba el triángulo para agarrarse cuando se marcharon los trabajadores que habían venido a instalar la cama. Entonces Jupiter todavía era capaz de mantenerse de pie un par de minutos y agarrar la barra mientras Juno sacaba los tornillos del anclaje con el destornillador eléctrico.

«No podía dormir debajo de un triángulo de esos», dijo Jupiter.

Contarles cómo metieron debajo de la cama la barra y el triángulo, junto al asiento para la bañera, ese objeto monstruoso de plástico que Jupiter debía colocar en la bañera para no resbalarse en la ducha. Aunque le resulta imposible encaramarse a ese asiento tan pesado. Juno no tenía fuerza para sacarlo de la bañera y desmontarlo una y otra vez.

En algún lugar de Plagwitz, un barrio cercano, alguien había escrito en la pared de una casa *Truth* en lila, rojo y azul. Las letras redondas y danzarinas, de al menos dos metros de alto, brillaban más a medida que uno se acercaba.

«La verdad es enorme, como ese grafiti», pensó Juno.

Su verdad, pero también la verdad general, la verdad total.

Se puede ver desde cualquier punto de la Tierra.

Cuatro

Y ya estábamos en 2023.

Juno descubrió los primeros carteles con su imagen en la ciudad: ella aparecía entre Phoebus y Tristan en una fuente sin agua en el jardín tropical de Plagwitz, y miraba hacia la cámara cegada por el sol, mientras los otros dos levantaban la vista al cielo con expresión indiferente. Habían tomado la foto a principios de año; la idea de la fuente había sido del fotógrafo. «Han salido bien, parecen un grupo de música», pensó Juno.

Phoebus y Tristan eran un grupo, al fin y al cabo.

En el cartel también se leía el nombre de su obra en letras grandes de color amarillo chillón. Debajo, más pequeño, sus nombres y el teatro en el que actuaban, la fecha y la hora.

Le enseñó a Jupiter la foto de uno de los carteles.

«Qué chulo», dijo él.

«Pero un poco raro también», dijo Juno.

«¿El qué?».

«Que aparezco en carteles por toda la ciudad y, sin embargo, a duras penas alcanzo a pagar el alquiler».

Pero era algo bonito, la verdad. Un pequeño subidón anticipado, verse a sí misma en los carteles.

Faltaban pocos días; era el reestreno de una *performance* entre espectáculo musical y teatro, con tres funciones en Leipzig y, en abril, otras tres como compañía invitada en Múnich. Todas las

solicitudes de subvención habían sido aprobadas. «Qué locura», pensaba Juno a menudo. Era su primera obra propia, una *performance* escénica con música, texto y vestuario, casi como un musical extravagante. A ella le daba casi igual si era una obra buena o mala. Lo único importante era poder subirse a un escenario.

Estar ahí arriba era parecido al insomnio, resultaba fácil perderse allí dentro. Cada sala de teatro era como un gabinete de curiosidades, en el que no se vivía avanzando en una única dirección, hacia la muerte, sino de un lado a otro, saltando adelante y atrás y en zigzag.

A veces se detenía un momento delante de un cartel. Le había pedido al fotógrafo que no la retocara para hacerla parecer más joven, pero aun así no veía gran diferencia entre su aspecto y el de Phoebus y Tristan. Y eso que ellos no llegaban a los cuarenta. Era lo peor de hacerse viejo, que uno mismo se veía siempre igual, pero los demás sí notaban la diferencia.

Empezaron los ensayos. El aire en el pequeño teatro olía bien, a tejido de muletón, tiza y polvo. Pensaron cómo colocar las luces, el escenario era una caja negra. «Más azul», dijo Tristan. «Más lila», dijo Phoebus, «y niebla», añadió Tristan. «Mucha oscuridad —pidió Juno—, menos focos». Y el técnico del teatro asentía e iba introduciendo todo lo que le decían en su ordenador mientras presionaba los botones de la mesa de control. A veces, mientras interpretaban una escena, Juno tenía la impresión de que los miraba a través de las luces con los ojos entrecerrados, como si comprobara algo.

Se preguntaba si sería capaz de hacerlo todo: hablar, bailar, llevar bien el vestuario. Una chaqueta con capucha, de lentejuelas azules

que brillaba bajo los focos.

Y si podía permitirse todo aquello a su edad: ponerse esa chaqueta brillante, bailar un par de movimientos que ella misma había coreografiado.

A lo mejor resultaba ridículo.

Además, iba con retraso. A su edad, otros artistas independientes ya se habían retirado. Pero ella acababa de empezar, o eso le parecía.

Phoebus le había preguntado una vez qué había hecho antes, y Juno tuvo que pensar la respuesta. ¿A qué se refería con antes? ¿Hace diez años, con los cuarenta recién cumplidos? Jupiter ya estaba enfermo entonces. Un par de trabajos pequeños como bailarina aquí y allá, por supuesto siempre como autónoma en espectáculos independientes, sin pertenecer a ninguna compañía fija. En parte vivía también de la ayuda a la dependencia que recibía Jupiter; en realidad era también para ella, pues era quien lo hacía todo en casa: comprar, limpiar, recoger. Y todas esas cosas que no resultan tan evidentes. Esas que parece que se pueden hacer con facilidad y rapidez, pero que en su conjunto suponen una tarea no tan pequeña.

Benu le escribía varias veces al día.

«Estoy en el teatro y no puedo escribir durante el día», había respondido ella al primer mensaje. El móvil de Juno estaba sobre una silla en la tribuna, sin sonido, pero con la vibración de cada mensaje un breve zumbido se propagaba sobre la superficie del asiento hacia la sala.

Uno y otro y otro, y otro más. Señales que llegaban desde muy lejos.

Juno siempre esperaba a la noche para leer los mensajes. Eran muchos.

¿Qué haces hoy?
¿Estás liada?

He estado en el teatro, ensayando un poco
para una obra. Pronto la vamos a representar,
esta vez con un grupo de música.
¿Liada? Bueno, a eso es a lo que me dedico.

¿Qué tipo de grupo es?

Dos músicos, guitarra, sintetizador, bajo, voz. En la ciudad todo el mundo los conoce, tocan en los clubs o en la calle. Yo me acerqué a ellos y les propuse colaborar, tenía muchísimas ganas de hacer una obra de teatro en la que tocara un grupo.

¿Son raperos?
A mí lo que más me gusta es el hip hop y el blues.

A mí también me gusta, pero esto es un tipo de *blues-wave* más siniestro o algo así.
¡En cualquier caso, muy chulo!

A mí también me gustaría tocar en un grupo.

¿Y por qué no lo haces?

No lo sé.
No hay muchas oportunidades.
Y no sé tocar ningún instrumento.

¿Qué podía decirle ella? ¿Lo que se solía decir en Alemania en esos casos? ¿Pues aprende? ¿Consíguete una guitarra y ponte a

ello? O, si no, hazte rapero.

Lo siento. A veces se dan las cosas por sí solas. Solo hay que tener los ojos bien abiertos.
Y tener valor.

¿Y te pagan bien?

Más o menos.

Se había presentado a las subvenciones de rigor: al Fondo de Cultura del Estado de Sajonia y a la Consejería de Cultura de Leipzig, con un dosier muy detallado y un plan de gastos y financiación. La típica autoexplotación de los artistas autónomos, cuando todavía no son muy conocidos, por la que hay que pasar para llegar a formar parte de un colectivo de teatro establecido que, de alguna forma, lograra obtener una subvención de varios años para su programa. Hay que empezar pronto para poder recorrer ese camino. Juno ya llegaba tarde.

Por supuesto, no le contó a Benu nada de eso.

Le mandó dos fotos que había hecho por la mañana en el descanso para el café. Un *selfie* con temporizador, el móvil apoyado en el respaldo de una butaca de la platea. Ella con la chaqueta plateada de lentejuelas y la capucha puesta. Solo se la veía por detrás, como un pícaro en medio de la niebla que salía de la máquina y se desparramaba a su alrededor formando nubecillas.

Luego una foto del escenario vacío por la mañana. Solo lo ocupaban los instrumentos y, delante de ellos, su micrófono en el centro. Nada más.

Juno pensó que la foto representaba bien lo que hacía. El escenario vacío mostraba la imagen más exacta: cuando todavía no ha ocurrido nada.

La primera actuación de su vida fue en una obra de Navidad en la guardería, en la que interpretaba el papel principal: un pequeño abeto torcido. Todos los árboles grandes y rectos del bosque se reían de él. Hasta que San Nicolás llegaba al bosque en busca de un árbol de Navidad para el cielo y la elegía a ella, al pequeño abeto torcido llamado Juno.

Porque tenía un corazón puro, había dicho San Nicolás.

Juno recordaba cada detalle de aquella actuación.

Que le gustaba Jason, el que interpretaba a Nicolás.

Que había cantado un dueto con él.

Que tenía que adoptar una posición torcida, con las manos juntas y estiradas sobre la cabeza para formar la punta del abeto.

Que su madre había llorado al verla.

Que otras madres después de la función, mientras salían, murmuraban entre ellas: esa es la niña que… (susurro susurro susurro).

Ahí, como muy tarde, Juno comprendió que todo aquello no era teatro.

Era al revés. En realidad, solo hacía teatro cuando no estaba sobre el escenario. En los días normales. Era entonces cuando fingía ser una persona normal.

Una Juno normal.

«Buenas noches, Benu», escribió.

La verdad era que le gustaba escribirle.

Más tarde, mientras preparaba dos huevos revueltos porque había vuelto a tener hambre, se le ocurrió de repente una especie de letra de canción, salida de la nada. Era un texto malo y con un punto cínico, pero resultaba muy pegadizo y no podía sacárselo de la cabeza:

> A Alemania no te vengas, hermano.
> Aquí las guitarras son de diamante.
> Y, si te soy sincera, ese diamante
> se ha sacado de un país africano.
>
> Tweng, tweng, tweng.

Luego llegaron las representaciones. Tres noches con las entradas completamente agotadas, que culminaron cada vez con un aplauso larguísimo; tuvieron que volver a salir varias veces al escenario. Pero todo terminó demasiado rápido.

Luego llegó el tiempo de después.

Como siempre, el día siguiente lo pasó como en una nube, durmió mucho, rememoró las imágenes de los días previos cientos de veces en su cabeza, con una sonrisa beatífica.

Luego llegó el bajón del segundo día, cuando la emoción desaparecía casi por completo y los focos del teatro se apagaban por última vez.

La grandiosa normalidad del teatro, ese mundo real y comprensible, se transformaba en el mundo de la vida cotidiana, extraño e inventado.

En el supermercado había fresas de Chile y otras cosas surrealistas, que simplemente tenían que ser mentira.

Juno deseaba regresar al escenario.

Sobre la foto de pantalla vio aparecer los mensajes de Benu y apagarse sin ser escuchados, como pequeños meteoritos desvalidos que se deshacen al entrar en contacto con la atmósfera terrestre.

Al fin y al cabo, Benu solo le escribía para sacarle dinero, y en estos momentos eso le parecía una vulgaridad.

Ahí asomaba la fealdad del mundo. Sus pensamientos tampoco se libraban de ella.

En algún momento, durante un paseo, le respondió que no escribiera tanto.

Que nunca le iba a mandar dinero, que se olvidara.

Eso también se lo dijo.

¿Por qué siempre vuelves a lo mismo?
No te escribo como estafador.

Ya lo veremos.

¿Estaba siendo injusta con él o simplemente era realista?

Solo en Estados Unidos se transfirieron cincuenta millones de dólares a estafadores africanos en el año 2011, según la Wikipedia. Y ahora ya no solo se trataba de dinero.

Los permisos de residencia estaban muy solicitados.

Se podía invitar al país a un estafador.

Y casarse con él.

Se le podía pagar un vuelo.

Eso ni lo pienses, lo siento. No tengo tiempo ni dinero ni energías para traerte a Alemania.
Además, tampoco es tan fácil. Y no tengo ningún motivo.

Estaría bien que dejaras ya de ser tan desconfiada.
Alemania me importa una mierda.

Tampoco se está tan bien aquí.
Lo mejor sería vivir en las estrellas. Ahora mismo veo a Orión, la constelación celeste.
Tú también deberías verlo. Desde la Tierra nos parece que todas las estrellas de una
constelación están situadas en el mismo plano, aunque en realidad están distribuidas a
distintas profundidades; seguramente algunas ni siquiera existan ya.
Solo se ve su luz; a veces pienso que es como una especie de recuerdo. Uno se acuerda de alguien, pero solo se ve la luz.
Un poco triste, pero también hermoso.

Aquí ha llovido.
¿Has fumado hierba?

Al menos era sincero con el tema de la hierba.

Juno se colocó los auriculares en las orejas y puso la banda sonora de *Melancolía* en Spotify.

En el cielo brillaba una esfera resplandeciente.

Pero solo era la luna. Un par de días más tarde estaba sentada frente a su portátil recorriendo la ciudad de Benu.

¿Dónde vivía esa persona con la que conversaba? ¿Cómo era su barrio? Según Wikipedia, la ciudad no era muy grande, de algo más de medio millón de habitantes, tenía dos universidades y, desde el año 1997, era una diócesis católica. El club de fútbol de la ciudad jugaba en la primera división nigeriana y en el estadio cabían diez mil personas.

El pronóstico del tiempo para las doce decía: treinta y ocho grados, nubosidad leve, probabilidad de nieve: cero por ciento.

¿Que qué hago? Estoy leyendo en el ordenador algo sobre tu ciudad.

Really? Lol!

¿Por qué lol?

Me hace gracia.
¿Por qué te interesa mi ciudad?
No es tan espectacular.

Pues porque te conozco.
Pero no pienses que tengo planes de ir a verte.

Luego le pidió una foto. Una foto de ahora, de ahora mismo, un *selfie*. Todavía era enero.

El cielo de color lechoso o gris sucio que no quería despejarse. En enero todo duraba demasiado.

Jupiter dormía mucho, a veces Juno notaba que estaba más delgado de cara y, al verlo sentado en la silla de ruedas, esta parecía más grande que hacía tan solo dos meses.

Le compraba frutos secos porque pensaba que le sentarían bien, por los ácidos grasos. Todo el mundo decía que eran buenos para los nervios.

«Una foto, ¿por qué?», le preguntó a Benu.

Él ya había visto al menos un par de fotos de su perfil de Instagram, de cuando le había escrito como Owen Wilson. Con eso bastaba.

Juno se veía fea en las fotos y siempre quería corregirlas de inmediato con la realidad, donde también era fea (en su opinión) pero podía hacer algún gesto que de alguna manera suavizara su rostro, añadir una voz, un par de frases y palabras.

Benu respondió que no se podía hablar mucho tiempo con alguien sin verle la cara de vez en cuando.

En eso tenía razón. «Vale, de acuerdo».

Se colocó junto a la lámpara de pie, estudió su pelo y su ropa —una camiseta, pantalones de deporte, nada que se pudiera malinterpretar— y luego colocó el móvil en el alféizar de la ventana y apretó el botón del temporizador.

Nada de sonrisas, por supuesto.

Como ves, no soy un bot.

¡Qué pinta tan graciosa!
Muy especial, como un duende.
Smiley llorando de risa

A Juno le tranquilizaron estas palabras, incluso el *smiley*.

Si hubiera escrito que era preciosa, se habría inquietado.

Benu le envió también una foto suya. Estaba en el rincón de una habitación, a su espalda una pared pintada de amarillo; no se distinguía nada más.

También era un *selfie*, se notaba en la postura, la mano extendida hacia adelante con el móvil, la cara inclinada levemente.

Su aspecto era similar a su foto de perfil. Llevaba una camiseta azul intenso y sonreía.

Ella ya había pensado alguna vez que parecía un duende. Probablemente era debido al ángulo excesivamente inclinado de sus ojos. Su madre le había dicho una vez que su tatarabuela era de Siberia y que por eso en la familia tenían los ojos así, con los pómulos altos y marcados.

De niña tenía el pelo rubio, casi blanco, que fue pasando a un rubio pajizo, luego tostado. Ahora era casi castaño, pero no tenía canas. Su madre tampoco y su padre mantuvo hasta el final su pelo rubio y corto. Cuando enfermó y tuvo que someterse a quimioterapia, se le cayó solo el de la coronilla. El cabello de los laterales resistió, se convirtió en una corona de luz que le otorgaba un ligero halo de santidad.

Juno fue siguiendo con el dedo el contorno de su mandíbula inferior. En algunos *reels* de internet la llamaban *jawline*, y mostraban cómo se podía acentuar con maquillaje oscuro.

O inyectando ácido hialurónico bajo la *jawline*. En otro vídeo Juno había visto cómo una mujer con bata blanca introducía una larga cánula en la *jawline* de otra mujer que estaba tumbada en una cabina de la consulta médica.

Hasta hacía unas pocas semanas no había oído nunca la palabra *jawline*.

De vuelta en su habitación encontró un nuevo mensaje de Benu.

¿Cuántos años tenías?

Ya te lo he dicho.
Smiley

Volvió a escribirle la edad falsa que ya le había dado en los primeros chats.

Tres años menos. Aquellos tres años no suponían ninguna diferencia, pero el número parecía menos duro.

¿En serio?

Nada de falsos cumplidos, ¿ok?
Smiley con una línea torcida como boca

No, no es adulación.
Solo me parece increíble, no lo aparentas para nada.

Tengo la misma apariencia que la mayoría de las mujeres de mi edad.

Primero iba a mandar un *emoji*.

El *emoji* llorando a mares.

El *emoji* azul, congelado.

El *emoji* del monstruo rojo.

El de la calavera.

El alienígena.

El vampiro verde con media melena.

Mientras se decidía por uno, la pantalla del móvil se bloqueó y Juno vio su cara reflejada en el cristal oscuro del móvil. Ninguno de los *emojis* se acercaba a nada de lo que era ella. Mandó el mensaje sin utilizar ninguno.

«Sin sentimiento», pensó, y le hizo gracia.

Un sol tímido durante dos o tres días y después de nuevo la nieve.

Juno filmó los copos con el móvil.
Florecían una y otra vez como las imágenes de un caleidoscopio.
Allí arriba estaba el cielo.
Alemania yacía bajo una capa de mal tiempo.

Desde hacía poco Instagram le mostraba *posts* sobre Nigeria en su *feed*, seguramente por culpa de sus búsquedas en Google. Ahora seguía a una *influencer* de Nueva York que se dedicaba a algo relacionado con la moda. En las fotos mostraba ropa o promocionaba maquillaje, se aplicaba sombra de ojos de colores y se colocaba pestañas postizas.

Había un *post* con fotos del aeropuerto de Nueva York, ella aparecía en la puerta de embarque con dos grandes maletas de aluminio, llevaba zapatos de plataforma y un atuendo color rosa neón. En el pie de foto decía que viajaba a Lagos. A primera vista, no quedaba claro el motivo, pero en otro *post* escribió que iba a casa.

Más tarde la mujer posaba en la calle entre dos soldados. A su espalda, muros altos, palmeras y mucho verde.

Juno leyó que se trataba de una *Gated Community*. Los soldados, con uniforme de fantasía y ametralladoras.

Más fotos: la mujer posaba con los soldados inmóviles, que solo en una ocasión modificaron la posición de las armas.

Más tarde, un *reel*. La mujer filmaba en un restaurante: un plato con pasta y calamares y entrantes de aspecto complicado. De fondo,

el surtidor de una fuente interior. A Juno le entró el hambre.

Luego iba paseando por el centro comercial. Filmaba la ropa de una *boutique*, en las estanterías se veían tacones altos, vestidos de cóctel llenos de lentejuelas. La imagen del centro comercial le resultaba familiar, solo que las personas que aparecían por los pasillos y en las tiendas no eran blancas y, a primera vista, faltaban las típicas droguerías alemanas dm y Rossmann.

En los comentarios ponía: «Cuidado, que no te secuestren», con un *smiley* riéndose a carcajadas. Juno había leído en alguna parte que en Nigeria había que contar con que te secuestrase alguna banda, sobre todo en las zonas rurales. Al parecer, los secuestros eran algo habitual, y algo que no solo les pasaba a los ricos. Te secuestraban, a veces durante semanas, y la familia tenía que pagar. Si no tenías mucho dinero, el rescate era menor.

Otro *reel*: un trayecto en coche por Lagos. A veces las casas y las calles se veían algo maltrechas, otras súper elegantes, como el nuevo barrio de lujo que habían construido en tiempo récord en Leipzig a orillas del Elster Blanco: mil quinientos euros de alquiler por cincuenta metros cuadrados. La *influencer* grababa a gente de la calle desde la ventanilla del coche. Gente de fiesta en un club al aire libre, que saludaba a la cámara y levantaba las botellas de cerveza. En un cruce bailaba un tipo con un traje azulón con rayas de colores. En una ocasión apareció en la imagen una camioneta militar con soldados en su interior. Llevaban gafas de sol y ametralladoras al hombro.

En algún momento Juno se encontró en la página del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán en la que se publican las recomendaciones para los viajeros. En el caso de Nigeria, había una advertencia: no viajar de noche por carretera, bajo ninguna circunstancia. Si no había más remedio, había que comprobar la seguridad del trayecto, antes y durante el mismo, y viajar con escolta armada (Policía Móvil, o PoMo).

Evitar la línea férrea Abuja-Kaduna; había sufrido varios atentados terroristas.

Evitar las muchedumbres en las ciudades.

En caso de robo a mano armada, no ofrecer ninguna resistencia, entregar todos los objetos de valor.

Respetar el toque de queda.

Obedecer las instrucciones de las fuerzas de seguridad.

Benu le había contado que una tía suya vivía en un pueblo y que debía ir a visitarla de vez en cuando. Tomaba el tren y después el autobús; más de cuatro horas en total. Decía que era muy pesado, que las carreteras eran malas y el bus avanzaba dando tumbos.

> Fumo hierba, me relaja.
> Deberías fumar tú también.

Tal vez fuera una buena idea. Pero se dispersaría sin remedio. No conseguiría hacer nada, quizá solo dormir. ¿Era eso lo que quería?

¿Quién echaría entonces al buzón las cartas de Jupi? Benu la animaba constantemente a fumar hierba, decía que lo haría todo

más fácil. Unas veces le sonaba a leve reproche y otras al consejo de un buen amigo.

Benu le preguntó si había estado alguna vez en África.

No, todavía no.

¿En qué lugares has estado?

Austria, Suiza, Italia, Inglaterra, Dinamarca, Bélgica, Polonia, Chequia, Serbia, Hungría, Eslovenia e Israel.

Smiley asombrado
¡Qué de sitios!

Eso no es nada en comparación con otra gente que conozco. En Bélgica solo estuve dos días, en Polonia también. No hace falta viajar mucho para conocer el mundo, me parece a mí.

Tienes razón.
¿Quieres viajar a más sitios?

No lo sé. Lo que no me interesa nada son las vacaciones típicas. Eso es para la gente que quiere escapar de su día a día. A mí me basta con el teatro, sobre el escenario puedo estar en cualquier lugar que se me ocurra, puedo ser cualquiera, una viajera, un espíritu, un anciano, un extraterrestre.

¿Pero qué haces cuando no estás en el escenario?

Dormir.
Smiley

Encargó un par de libros.

Nigeria: Lo que todo el mundo debe saber, de John Campbell y Matthew T. Page.

Chimamanda Ngozi Adichie: *La flor púrpura*.

E.C. Onsondu: *Esta casa no está a la venta* (Juno lo había buscado en internet, trataba de espíritus, mitos y seres fabulosos, sobre la vida en un barrio obrero de una gran ciudad nigeriana).

Sebastian Conrad: *Historia colonial alemana*.

A Benu no le contó nada de los libros. A Jupiter tampoco. Cuando volvió a casa de la librería, los llevó a su cuarto vacío y los apiló en el suelo, en un rincón bajo la ventana.

Jupiter no entraba nunca en esa habitación, que antes había sido la salita. El piso tenía salón, dormitorio y un cuartito pequeño, cocina y baño. Como Jupiter dormía tan mal y a menudo le daban calambres y temblores en mitad de la noche, en algún momento Juno se había trasladado al cuartito. El viejo salón, con los planetas en el techo, lo usaban cada vez menos, así que había quitado todos los muebles.

¿Cuándo había estado Jupiter allí por última vez? No se acordaba.

Seguía sin contarle nada acerca de los chats con Benu. ¿Qué le iba a decir? ¿Que por las noches charlaba con un desconocido? Seguramente Jupiter respondería que era una ingenua.

Que era peligroso charlar con desconocidos. Que quién sabe qué estarían haciendo con sus datos.

Lo que Jupiter no diría: que Juno charlaba generosamente con un desconocido mientras que con él apenas intercambiaba un par de

frases apresuradas. Porque siempre tenía que salir. A hacer la compra. A los ensayos. A las clases de baile.

No lo diría. Ni siquiera lo pensaría. Pero sin duda lo sentiría.

Cinco

—Juno, ¿me ayudas un momento?

Jupiter ya estaba sentado en la silla de ruedas, vestido, solo le faltaban los zapatos. No se los podía poner solo.

«Claro —dijo Juno—, deja que te los ponga».

Iban a Berlín; Jupiter había quedado finalista en un premio literario importante. Había escrito una novela y ahora iba a leer un fragmento frente al jurado y al público, junto a otros cinco autores y autoras. Al final se entregaría el premio al mejor libro. Tenían que salir pronto para la estación.

El mundillo literario conocía a Juno solo a través de Jupiter. A veces lo acompañaba a las lecturas o a la Feria del Libro de Leipzig, donde se mezclaban con personas serias y un poco rígidas, vestidas con chaquetas o faldas largas, que bebían mucho y, a medida que avanzaba la tarde, iban mostrándose más animados y alzaban más la voz. Y los días de la Feria se organizaban unas buenas fiestas también, antes de la pandemia. Cuando Jupiter estaba sano, acudían a menudo a esos eventos y a Juno le gustaba contemplar con una atracción un tanto morbosa a aquellas personas que bailaban de forma tan descoordinada. A pesar de que la música era muy buena.

«Lo importante es que ellos se lo pasen bien», le había dicho a Jupiter la primera vez que acudieron a una de esas fiestas, y Jupiter se había reído.

Juno deseaba que Jupiter ganara el premio. Por la alegría. Por su salud. Por el dinero.

Los pies de Jupiter tardaron un rato en deslizarse dentro de los zapatos. Apenas podía mover la pierna derecha, no tenía ningún control de los músculos y la rodilla no se doblaba. Había que empujar el zapato con decisión y cuidado al mismo tiempo.

Poco tiempo después, Juno empujaba la silla de ruedas para entrar en el tranvía. El nuevo vecino del piso de enfrente había bajado la pesada silla eléctrica los ocho escalones que había hasta la calle. Unos ridículos ocho escalones.

Como de costumbre, todos los pasajeros del vagón se los quedaron mirando nada más subirse y, como siempre, ella les devolvió una mirada aviesa hasta que apartaron la vista.

¿Qué pensaba esa gente que los miraba de aquella forma? Juno no tenía respuesta.

Llegaron a la estación central, al andén once, desde donde saldría el Intercity hacia Berlín. En el tramo E, ya fuera del techado de la estación, esperaron a los del servicio de movilidad con su elevador. Era una caja grande metálica equipada con una bomba hidráulica que se manejaba con el pie. Antediluviano, como de los tiempos en los que se inflaban las colchonetas pisando un fuelle.

No se veía nadie que viniera empujando la caja metálica.

Siete minutos para la salida.

Tres minutos. El elevador seguía sin aparecer por ningún lado.

El tren entró en el andén. Juno sintió el viento en la cara. La gente se arremolinaba en las puertas de los vagones.

Algo pequeño y frío latía bajo la clavícula de Juno. Intentó mantener la calma de cara al exterior; tranquila, tranquila. Después

volvió a lanzar miradas aviesas a las personas que caminaban a su alrededor, aunque sabía que no podían hacer nada.

Pero era tan difícil controlar la ira.

¿Sabéis lo que se siente al depender siempre de la ayuda de personas que nunca llegan o que llegan siempre tarde? ¿Mientras que Jupi tenía que planear cada uno de sus pasos en el exterior con días de antelación?

Jupiter tenía que ser siempre superpuntual. El elevador para subir al tren había que solicitarlo cinco días antes de viajar. Además, se habían levantado una hora antes de lo necesario, por seguridad, como siempre, por si acaso pasaba algo: que Jupiter no se trasladara con la suficiente rapidez de la cama a la silla. Que el vecino que los ayudaba a bajar la silla de ruedas de repente no estuviera en casa. Esas cosas.

Y no es justo, gritó Juno, por supuesto en silencio; pero de todas maneras algunas personas miraron hacia ella con sentimiento de culpa. Había un revisor cerca y Juno se dirigió hacia él con pasos decididos.

«¡El tren tiene que esperar! ¡El elevador no ha llegado aún!». Esa vez gritó de verdad, se la oyó por toda la estación.

Después recordaría que había dado un zapatazo y le había dicho algo maleducado a una mujer que pasó a su lado corriendo fuera de sí para llegar a la puerta de su vagón.

Entonces la estación se quedó paralizada por un momento. Juno la había obligado a detenerse. Solo se oía a los gorriones peleándose por unas migajas.

Jupiter, ¿dónde estaba Jupiter? Se había apartado un poco y tenía el móvil en la oreja.

Había llamado al Centro de Movilidad, pero nadie contestó, según le contó después.

Pitidos.

Pasó toda una vida hasta que apareció una persona arrastrando la caja metálica.

Juno esperó fuera mientras elevaban a Jupiter a la entrada del vagón. Vio a un par de personas borrosas mirando por las ventanillas, alargando el cuello para ver qué estaba pasando.

El tren salió con diez minutos de retraso.

Lo primero que vieron una vez dentro fue un cartel que colgaba en el aseo para discapacitados: «Estropeado».

¿Y por qué no estás casada?

Me gusta vivir sola, no tengo ganas de relaciones fijas.

Pero ¿no te sientes sola?

No, para nada. Quedo con mucha gente, salgo por las noches, me tomo una cerveza en el bar.

(Por supuesto, mentira.)

Las mujeres no deberían ir solas a los bares a beber.

¿Y por qué no?

Nadie puede protegerte. Puede ser peligroso.

Ya soy demasiado mayor para que nadie me quiera echar nada en la cerveza. Además,

nadie se atrevería. Los idiotas notan en mi aspecto que conmigo no se lo iban a pasar bien.

Yo no diría eso.

Juno volvió a sentirse halagada, y se arrepintió de inmediato. Al fin y al cabo, era Juno Isabella Flock.

Era de cemento. Tenía un corazón de piedra.

A ella nadie le tomaba el pelo.

La lamparita de led conectada directamente al enchufe esparcía su brillo por la habitación. Había apartado todo lo que pudiera revelar cualquier tipo de información. La cámara del móvil solo la incluía a ella, su frente resplandecía y enviaba la luz de vuelta a la habitación; se veían las paredes, un pedazo de cortina.

Desde hacía un par de semanas hablaban por videollamada.

Otra frontera que habían traspasado, y Juno no lo había evitado.

Todos los estafadores del amor les terminaban pidiendo una videollamada a las mujeres con las que hablaban. Para ello utilizaban la técnica del *deepfake*, Juno lo había visto en el documental. La imagen de los perfiles falsos se sobreponía al verdadero cuerpo del estafador y cuando hablaban parecían hombres blancos y canosos con una camisa elegante, sentados en el sofá de su consulta dental o su casa. Era tecnología punta y funcionaba cada vez mejor, al parecer. En YouTube había instrucciones para hacerlo.

Pero Benu aparecía como él mismo. Prendió un porro, expulsó el humo, se rio y sus ojos se relajaron; quizá siempre habían estado relajados.

Error, error, error.

Cómo podía ser tan ingenua. Tan crédula.

Pero sin ingenuidad no se podían hacer descubrimientos. A veces había que ignorar la posibilidad de la muerte; si no, era imposible continuar avanzando, y para ello había que ser un poco ingenua.

También los marinos que querían navegar hasta el fin del mundo pecaban de ingenuos.

Aquella idea tan malvada se le había ocurrido demasiado rápido.

La movía la curiosidad, lo admitía. Hasta el momento se sentía bien. Era divertido.

Era la primera vez que Benu le enseñaba su habitación con la cámara. En las paredes colgaban telas coloreadas estilo batik. Era mucho más acogedora que la suya, tan caótica a pesar de su desnudez. Por todas partes había cosas por el suelo: las pesas para sus ejercicios, papelitos con notas y zapatillas de *ballet*, el altavoz, tazas de té vacías.

En la de Benu todo estaba ordenado y limpio. No había nada innecesario por ahí tirado. De nuevo, tenía una expresión agradable, y parecía mayor de treinta y dos años.

Los dos estaban un poco nerviosos y se sonrieron como adolescentes; hablaban poco, nada parecido a lo que se decía la gente en las videollamadas.

¿Qué tipo de encuentro era ese, cuál era su objetivo?

Benu, menos preocupado que Juno, se echó a reír al ver su cara.

Volvió a decir que parecía un trol o un elfo.

Que era muy pequeña.

«Mido un metro setenta», dijo Juno.

Y luego ya no supo qué más decir.

Hablaron un poco sobre el tiempo. Juno giró su portátil hacia la ventana para que Benu pudiera ver el cielo nocturno.

En medio de la risa de Juno provocada por alguna frasecita agradable de Benu, la habitación de él se quedó de repente a oscuras. Juno ya sabía que a las once cortaban la luz en su apartamento (o su casa, nunca lo había visto desde fuera), que se apagaba el grupo electrógeno. Solo se veía la cara de Benu iluminada por el resplandor de la pantalla, el resto —su cuerpo, los muebles— desaparecía.

Esa vez Benu encendió una vela. Hizo pantalla con una mano para que la llama del mechero no se apagara con la corriente, y luego colocó la vela en una mesa en el centro de la habitación.

Oscilaba.

Ríete otra vez.

¿Eh? ¿Por qué?

Porque me gusta.

Pero ahora no quiero reírme.

Al decir esto, se rio. No sabía por qué recordaba esa imagen: Benu prendiendo la vela.

¿Con quién estaba hablando en realidad?

Con alguien que a partir de las once no tenía luz en casa.

Se ciñó a los hechos.

¿Por qué en esa ciudad de Nigeria no había luz eléctrica a partir de las once?

Pregunta idiota. Porque el suministro eléctrico era desastroso.

Pero ¿por qué era desastroso?

Porque aquí en Europa tenemos electricidad las veinticuatro horas al día. Porque tenemos todo y queremos tenerlo todo.

Nada de lo que Juno disfrutaba aquí —calor, alimento, trabajo— era ajeno a los daños que se producían en otros lugares.

Poco después Juno leyó por casualidad en un diario progresista que en Nigeria había habido una reforma monetaria. Se acercaban las elecciones y el Banco Central y el Gobierno querían sacar del mercado las reservas en moneda antigua para evitar la compra de votos. Se imprimían nuevos billetes, pero nadie tenía acceso a ellos aún. Había muy pocos en circulación y quienes habían conseguido algunos los guardaban para sí mismos. Desde el dieciocho de enero, los billetes antiguos ya no tenían validez. Se podían cambiar por los nuevos pagando una comisión a los cambistas ilegales. Solo en las tiendas grandes de las grandes ciudades se podía pagar con tarjeta. Un tercio de la población no disponía de cuenta bancaria.

Al parecer, la situación era dramática. Los negocios tenían que cerrar, casi nadie podía comprar alimentos, incluso aunque tuvieran dinero en el banco.

«¿Cómo están las cosas por ahí?», escribió Juno en el móvil, y le contó lo que decía en el artículo.

«Es cierto», respondió Benu, y añadió que de momento no se podía sacar dinero del banco.

Las reservas de alimentos de su madre se iban terminando.

Todavía no había desayunado.

«Lo siento», escribió Juno.

En las fotos había notado que parecía un poco más delgado. Una vez él le había dicho que se veía demasiado flaco y que se había propuesto ir al gimnasio a hacer pesas.

«No pasa nada», escribió Benu, y le dio las gracias.

No le pidió dinero; tampoco serviría de nada.

En los días siguientes, Juno evitó sacar el tema.

Leía las frases de Benu sin saber si escondían algo que ella no estaba percibiendo. El aura del estafador. No sabía qué decir.

Había encargado más libros en la librería, elegidos a lo loco en internet, poseída por una curiosidad vacilante, o tal vez fuera solo por obligación.

Por qué importamos.

Historia colonial alemana.

El pensamiento blanco.

Las mentiras que atan.

La mancha blanca: Una introducción al pensamiento antirracista.

Piel negra, máscaras blancas (de los años 1960, lo encargó en una librería antigua).

Juno pensaba que esos libros podrían revelarle algo. De nuevo, se los llevó a su habitación y los amontonó en un rincón sobre el parqué. Tal vez más adelante se los llevara a Jupiter; los dejaría sobre su mesilla de noche junto a la cama articulada y diría: «¿Sabes por qué he leído todo esto?».

Mucho más adelante, en el futuro.

Ahora los dejó en el suelo y cada noche leía un par de frases, como se da un par de sorbos a una taza de té.

Las frases no se le quedaban en la memoria, pero la gente decía que la memoria almacenaba ese tipo de informaciones que uno lee a toda prisa. Al principio vivían en el inconsciente, pero después uno era capaz de recuperarlas.

Afuera cantaban los primeros mirlos, por la mañana y por la tarde.

Juno escuchaba la música, las notas que reproducían los ruidos del planeta Melancolía,

o, si Melancolía fuera un animal,

sus leves chillidos o gruñidos,

todo eso oía, todo eso escuchaba

bajo el techo de su cuarto, bajo el relieve de estuco.

Leer los libros era como un trabajo. No estaban escritos en un estilo difícil, al contrario, y eran muy interesantes, pero tal vez justo ese fuera el problema: que para Juno se limitaban a ser muy interesantes, nada más. En sus manos estaba decidir si dejaba que lo que leía en los libros penetrara en ella o no. En uno de ellos leyó que las personas blancas tenían el privilegio de no tener que preocuparse por el racismo.

Hola, ¿qué estás haciendo?

Hola, estoy tirada en el suelo leyendo libros interesantes, en concreto *(el título, aquí).*

Lol

En realidad, ese diálogo no lo habían mantenido Benu y ella, pero así habría sido el chat de haberse producido. El lol, una risita divertida, después un silencio indeterminado.

Antes, Juno pensaba que lol era la abreviatura de Lots of Love.

Jupiter y ella tenían algo de dinero; sería suficiente para medio año. Jupiter había ganado el concurso literario. Un guiño loco del destino, repentino e inesperado. Había leído su texto, un fragmento de una novela que llevaba un par de meses escribiendo. Juno no sabía mucho de ella, Jupiter solo le había contado por encima que estaba escribiendo algo. Después de la última frase de Jupiter la sala se había quedado en silencio, como si algo, tal vez los pensamientos de los allí presentes, se hubiera detenido antes de que estallaran los aplausos, densos y materiales, como una ola monstruosa, como algo que al final la gente no había podido controlar.

El acto había tenido lugar en una villa grande y antigua a las afueras de Berlín, en un centro literario con suelos de parqué que crujían al caminar y paredes recubiertas de madera oscura. Entraron en el edificio a través de un ascensor situado en una entrada lateral, que un trabajador de la casa tuvo que activar con una llave especial. En las salas reinaba un silencio un tanto espectral, aunque no eran pocas las personas allí reunidas. Resultaba extraño encontrarse de repente en medio de aquella calma después del viaje, los nervios, la agitación por el elevador del tren, los tranvías y los metros que no podían perder. Pero ahí dentro daba la sensación de que se movieran todos a cámara lenta.

Enseguida empezaron las lecturas. No era un concurso tan pomposo como el premio Ingeborg Bachmann, que Jupiter seguía cada mes de junio *online* y solía dejarlo maldiciendo durante cuatro días, meneando la cabeza o más o menos tranquilo en su silla de ruedas. Ese concurso no se retransmitía en directo por la televisión ni tampoco por la radio, por eso había pocos periodistas presentes, según le contó Jupiter antes de empezar. Era bastante relajado. Pero

también habría un premio en metálico, quince mil. La cifra sonaba como una fanfarria.

Cuando llegó el turno de Jupiter, Juno dirigió la silla hacia la mesa de lectura. Los pensamientos del público se hicieron visibles como los bocadillos de los cómics.

Oh, qué valiente. Oh, qué triste. Oh, qué bonito que ella lo acompañe. Oh, qué pareja tan interesante. Oh, menuda carga. Y un par de frases más con «oh». Juno se había puesto con toda intención un vestido estrecho, con las mangas remangadas por encima de los codos para que se pudieran ver los tatuajes de sus antebrazos. Además, llevaba una sombra de ojos color rosa fosforito, de la obra musical con Tristan y Phoebus. Para la actuación se había aplicado la sombra rosa como dos alas generosas alrededor de los ojos, hasta las sienes, alas que brillaban bajo los focos. Con ellas Juno tenía unos enormes ojos de gato.

Ahora el efecto era más discreto, tan solo una leve línea fluorescente sobre los párpados, pero lo bastante visible.

Las demás autoras y autores estaban sentados en primera fila, delante de Juno. Todos eran bastante conocidos, según le había dicho Jupiter. Se oía el siseo de las hojas de sus manuscritos. Juno veía, y oía, al autor sentado justo delante de ella arrastrar el pie sobre el suelo una y otra vez, como para hacer audible su impaciencia. «Pero ¿qué tipo de impaciencia es esta? —pensó Juno —. ¿La provocada por la situación, es decir, la que surge como protesta de tener que competir por esos quince mil y soportar los nervios y tal vez la humillación, o será que el hombre se muestra intolerante con la persona que está leyendo en este momento?».

Cuando el jurado se retiró a deliberar, ofrecieron un pequeño bufé: dos grandes cazuelas con un potaje vegano y una cesta con gruesas rebanadas de pan. Juno se sintió un poco decepcionada; tenía hambre, había desayunado poco esa mañana y había esperado que el bufé fuera más generoso. Tomó dos platos hondos de una mesa y se colocó en la fila. Jupiter permaneció en la entrada de la sala. Juno apenas llevaba un minuto allí cuando alguien le tocó el hombro: la autora que había leído en último lugar. Su texto le había gustado; era una historia sobre una mujer que, después de una tormenta catastrófica, vivía en el bosque, en una casa en los árboles. Era una distopía medioambiental; tenía algo oscuro, con un toque terrorífico. Tal vez porque la historia sonaba bastante realista.

—Lleva usted un vestido precioso —dijo la autora, y Juno le dio las gracias y le dijo que lo había comprado muy barato en Humana, la tienda de segunda mano. Entonces se produjo una pausa; al parecer, ninguna de las dos sabía qué más decir. La mujer tendría más o menos la edad de Juno. Llevaba el pelo cortado a lo paje justo por encima del hombro, con trazos irregulares; Juno se dio cuenta enseguida de que se lo había cortado ella misma. Como Juno también se cortaba siempre el pelo, había aprendido a reconocerlo en los demás. La fila había avanzado y se había formado un hueco entre Juno y la persona que había delante de ella. La autora dirigió una mirada preocupada a las cacerolas.

—¿Está nerviosa? —preguntó Juno—. Me refiero al premio.

—Ah, no —respondió la mujer—. Hace mucho que dejé de ponerme nerviosa.

Juno no se atrevió a preguntar por qué.

Como si hubiera leído sus pensamientos, la mujer añadió:

—No merece la pena ponerse nerviosa por premios como este. Nunca he ganado ninguno y ya me da lo mismo. Al final vamos a morir todos, con premio o sin él.

Entonces volvió a fijar la vista en la mesa de la comida.

—Solo espero que quede bastante guiso para nosotras.

Justo en ese momento entraron cuatro jóvenes con dos nuevas cacerolas, como en una procesión festiva, y las intercambiaron por las que estaban en el bufé.

—Perfecto —dijo la mujer.

—A lo mejor es una buena señal —dijo Juno—. Esta vez va a ganar usted el premio.

La mujer se rio.

—¿Y usted a qué se dedica? —preguntó—. ¿También es escritora?

Ahora le correspondió a Juno reírse.

—No, por Dios —dijo.

Y de nuevo el típico momento azaroso. ¿Cómo nombrar y describir su profesión? Si decía que era artista de *performance*, solía provocar las reacciones más peregrinas. «*Performance*, ah, eso es por ejemplo como cuando uno se exhibe desnudo en un museo, ¿no?».

—Hago algo de teatro —le dijo Juno a la mujer; al fin y al cabo, era cierto.

—Estupendo —dijo esta—. A mí también me gusta mucho el teatro.

Habían llegado a la mesa y Juno le hizo una inclinación de cabeza en señal de despedida.

—Hasta luego —le dijo—. ¡Y suerte!

Aunque en realidad no sabía si quería desearle suerte a aquella mujer. Deseaba que ganara Jupiter. Llenó los dos platos y los llevó

hacia la entrada. Comieron allí mismo, Juno de pie y Jupiter en la silla de ruedas, con el plato sobre las rodillas. Habían avisado que sería un descanso largo, alrededor de una hora. Dos hombres, tal vez periodistas, se acercaron a Jupiter y comenzaron a charlar con él. No le hicieron ningún caso a Juno, lo que a ella le pareció muy bien. Tomó el plato vacío de Jupiter y lo llevó de vuelta a la sala del bufé. La fila delante de las cacerolas había desaparecido.

Una puerta de cristal conducía al jardín. Juno giró el picaporte; estaba abierta.

Era un jardín grande, con árboles altos que levantaban sus ramas desnudas hacia el viento y se balanceaban levemente. Al fondo había un estanque, no muy pequeño, y en el agua flotaba un grupo de fochas. Juno se acercó. Pensó que podría hacer una foto y mandársela a Benu. A veces tenía esos impulsos de mostrarle una impresión rápida de su entorno: paisajes, calles, ciudades, habitación.

Un penetrante olor invernal, a pimienta, flotaba en el aire.

Juno se acercó a la orilla. En el agua estancada a sus pies descubrió un pájaro muerto. No era una focha, sino otro más pequeño, aunque más grande que un mirlo. El pájaro tenía el color del barro, puede que fuese por los sedimentos del estanque. Parecía dormido, pero al mismo tiempo desamparado y totalmente fuera de lugar. De todas formas, sacó el móvil del bolso.

En la aplicación de fotos tenía una colección con animales muertos, a primera vista intactos. Un estornino con plumas oscuras y coloridas en el patio trasero de su casa. Una paloma en un bosquecillo a la orilla del río, un poco apartado del camino. Una araña de jardín paralizada en el alféizar de la ventana del baño.

Incluso un pato salvaje, sin heridas aparentes y todavía hermoso, en la acera, cerca de un cruce, junto a un cubo de la basura. Era una colección algo inquietante, pero Juno había oído de varias personas que tenían una parecida, así que estaba bien. Tal vez mucha gente quisiera fotos de ese tipo porque no contenían ni una pizca de ironía, y tampoco de cursilería sensiblera. Estaban llenas de realidad.

Juno se acercó un poco más al agua. Un poco más. Y más. Entonces perdió el equilibrio, cosa que no le pasaba a menudo.

Por suerte, el terreno de la orilla estaba húmedo, pero el agua no le llegaba ni al tobillo.

Aterrizó con un pie al lado del pájaro y notó de inmediato el frío del agua.

Se volvió hacia la terraza. Allí estaba Jupiter, los dos hombres de antes a derecha y a izquierda. Debían de haberlo ayudado con la silla, porque la puerta hacia el jardín tenía un escalón. Fumaban.

Juno los saludó con la mano, con un pie en el agua. Jupiter estaba muy lejos y le devolvió el saludo. Juno no estaba segura de que hubiera notado que se había metido en el estanque. Tampoco era tan importante. En ese momento, tuvo claro que Jupiter iba a ganar el premio. Imaginó cómo avanzaría empujando la silla con un zapato mojado que rechinaría en el parqué, lo llevaría hasta el podio, donde le entregarían un ramo de flores y recibiría varios apretones de manos.

Y exactamente así ocurrió.

En realidad, fue el mejor momento del día, pensó Juno más tarde. Su zapato había ido dejando huellas relucientes tras de sí.

Cuando un miembro del jurado pronunció el nombre de Jupiter en la sala, tras una pausa corta, la autora de la cola del bufé se giró

hacia Juno y sostuvo en alto la palma de la mano. Chocaron los cinco.

Seis

Había un montón de círculos rojos con números en su interior en las *apps* de mensajería.

WhatsApp (2)

Telegram (4)

Facebook Messenger (1)

Cuenta de Gmail (2)

Los dos mensajes de WhatsApp eran de Benu.

Seguramente preguntándole qué hacía.

Juno contestaría más tarde.

Nada especial.

En realidad, estaba viendo un documental que, en cierta manera, también trataba de él.

Trataba sobre mujeres alemanas engañadas por estafadores del amor. Todas eran mayores que Juno; la mayoría tenía más de sesenta años, eran viudas o separadas. En sus salitas había armarios que cubrían toda la pared, sofá y sillones a juego, visillos en las ventanas. Un cosmos lleno de imágenes ajenas y tristes. Habitado siempre por una única mujer solitaria.

Una de ellas se había quitado la vida, con sesenta y pocos años.

Su mejor amiga visitaba su tumba, así comenzaba el documental. *Zoom* a la lápida. Allí yacía ella.

Su casa había salido a subasta pública, había perdido su trabajo. Le había mandado al estafador del amor más de 250000 euros

porque él le había prometido que iría pronto a Alemania, según contaba la amiga.

Querían casarse, él hablaba entusiasmado de su futuro común y de la boda. Una romántica boda de blanco, después de un año chateando.

La amiga seguía contando que el supuesto amante de repente tuvo problemas. Que le habían bloqueado la cuenta y estaba desesperado; no podía acceder a su dinero, pero tenía que planear el viaje a Alemania. Dijo que necesitaba un abogado, según contaba la amiga de la mujer. Por eso necesitaba que le echara una mano de forma temporal. La aduana, el visado, los gastos médicos, un coche nuevo para Europa. Y la mujer pagaba. El amante decía que, por supuesto, lo recuperaría todo en cuanto se solucionara el problema con la cuenta. Y así continuó la historia: tenía que ir a la administración, al notario y, por último, necesitaba dinero para el vuelo. Eso dijo.

Benu volvió a escribir.

Juno vio iluminarse la pantalla del móvil con su mensaje; mostraba que había enviado una foto.

Juno no podía verla, pues para eso tenía que abrir la aplicación de WhatsApp. Apartó el móvil a un lado.

Entonces resulta que el tipo tuvo un accidente de coche, continuaba el documental. Con un brazo y una pierna escayolados, hacía el signo de la victoria en la cama del hospital (en la pantalla mostraban la foto que le había enviado a la mujer). Seguía sin acceso a la cuenta, tenía que pagar el hospital, además de las tasas del banco para que por fin se solucionara el problema de la cuenta bloqueada. La mujer seguía enviando dinero. Pagaba y pagaba.

Otro mensaje de Benu.

¿Qué te parece?

La pregunta se refería a la foto que le había mandado antes. Juno la miraría más tarde.

Como siempre, Juno hacía un par de estiramientos mientras veía el documental. Era un poco irrespetuoso. Bajó el tronco hacia el suelo y apretó el esternón contra el parqué. Ella no tenía sofá. Tampoco un armario que ocupase toda la pared.

Tuvo que pensar en la mujer del documental, que ya no vivía. En cómo tal vez había esperado nerviosa en la puerta de llegadas del aeropuerto. Pronto se encontraría frente a ella su futuro marido, un consultor de empresas blanco, de pelo canoso, con una cuenta bloqueada, que dejaría su maleta con ruedas y la tomaría entre los brazos. Como por arte de magia, se sacaría de la manga una rosa o tal vez un anillo del bolsillo del traje.

Justo lo que la mayoría de las mujeres habían aprendido a imaginar cuando se trataba del *amor*.

Por la puerta saldrían multitud de rostros desconocidos.

Entre ellos no había ninguno que se pareciera a él, su amante blanco y canoso de la pantalla, con un par de botones de la camisa desabrochados, las gafas de sol en la frente.

A su alrededor la gente caminaba apresurada, todos sabían hacia dónde iban, todos tenían un objetivo.

La mujer debió de haber comprendido en algún momento que el mundo a su alrededor era real y vulgar. Mostradores de aeropuerto, cintas de equipaje, tiendas de *duty free*. Personas con equipaje de mano, personas reales en un aeropuerto real. Pero ella estaba fuera

de todo eso, en un páramo donde no había nada, ni siquiera una calle, ni siquiera una casa, ni siquiera un sonido.

Desde aquel día no había sabido vivir en la realidad, dijo la amiga de la mujer mientras la grababan regando las flores de la tumba con una regadera verde.

El estafador había borrado su perfil ese mismo día.

A veces a la mujer sí que le había parecido todo un poco raro, contaba la amiga. En algunos momentos había tenido malas sensaciones. Pero, en última instancia, había creído en la bondad, había esperado que todo saliera bien. La esperanza, ese malvado superpoder.

Luego quedó claro: ella solo había servido como máquina de escupir euros, esa había sido su única función.

Y ahora estaba vacía.

Bam.

Claire, en *Melancolía*, no quería aceptar la certeza de que el planeta chocaría con la Tierra.

Consultó en internet el cálculo de su trayectoria. Decían que la salvación era imposible.

Pero Claire prefería creer a John, su marido, que había comprado un telescopio y lo había colocado muy contento en el jardín. Era un telescopio de aficionado, mediano, con pretensiones, pero no le iba a garantizar nada con plena seguridad.

John dijo que Melancolía se encontraba de regreso hacia el espacio exterior. Cuando él mismo dejó de creer en sus palabras, tomó pastillas y se fue a dormir para siempre.

Claire lo encontró en el establo junto a los caballos.

Claire: Tengo miedo de este planeta estúpido.
John: No va a chocar con nosotros.
Claire: ¿Me lo prometes?

Mujer mayor: ¿Eres real, querido estafador?
Estafador: Sí, por supuesto.
Mujer mayor: ¿Me lo prometes?

Cuando terminó con los estiramientos, Juno tomó el teléfono y abrió WhatsApp. La foto que había enviado Benu era un dibujo hecho con el ordenador.

Era una figura en tonos verdes, mitad persona mitad nube, una especie de genio de la botella, que se elevaba del suelo.

Ese espíritu tenía un porro enorme en la boca y parecía satisfecho.

Ja, ja, ja, muy gracioso.

Smiley llorando de risa
Lo he hecho yo.

Cool.
Smiley

Hacía frío en su habitación, Juno había olvidado volver a subir la calefacción después de ventilar. No sabía si en realidad le gustaba ese espíritu. Ni si el porro necesitaba tanta atención. Tampoco sabía qué era lo que quería decir aquella imagen. Tal vez no quisiera decir nada.

¿Es un espíritu?

Quizá más bien el humo de la hierba.

Ah, claro.
Me gusta todo lo que tiene que ver con espíritus.
Smiley

¿Entonces crees en los espíritus?

En la vida real, no, claro. Pero me gusta la
idea. Y además tuve una experiencia extraña. Cuando mi padre estaba ya muy enfermo
y era evidente que le quedaba poco tiempo,
unas amigas de mi madre la convencieron para contratar a una sanadora espiritual.
En mi pueblo, todos los mayores van a la
sanadora cuando están enfermos. También van al médico o la médica, claro.
Incluso algunos doctores te mandan que
vayas a la sanadora. Siempre son mujeres.

¿Y tu padre se recuperó?

No; por desgracia, no. Pero se quedó muy
tranquilo después de que la sanadora hiciera algo por él. Eso me contó mi madre.

¿Y qué fue lo que hizo?

Ni idea. Eso no lo sabe nadie. Mi padre estaba en el hospital y la sanadora ni siquiera lo
visitó en persona. Le bastó con entrar en su casa.
En cualquier caso, mi madre dice que mi padre se tranquilizó de repente. Hasta ese momento había padecido enormes dolores.
Murió esa misma noche. Mi madre dice que se durmió plácidamente y que no sentía ningún miedo.
A veces pienso en ello. En qué pasaría ahí.

Probablemente hubiera ocurrido todo igual sin la sanadora espiritual. Aunque siempre queda ese resto de inseguridad. De duda.

A lo mejor fue solo que tu madre estaba a su lado. Su amor lo ayudó.

Sí, tal vez fuera eso.

«Pero, cambiando de tema…», escribió.

Juno pensó después que habría sido mejor no haber sacado ese asunto, pero entonces ya era demasiado tarde.

Te quería preguntar algo sobre las mujeres, ya sabes, el asunto de las estafas.

Pausa larga.

Me resulta incómodo hablar de eso. Me avergüenzo.

No te avergüences. Mi interés es puramente formal.

¿Qué quieres decir con eso? No puedo hablar mucho sobre eso.

Ok. Entonces, perdona. No es tan importante.

Hay otras cosas importantes.
Smiley

¿Qué has comido hoy?

Una manzana, un bocadillo de queso, un tomate y ensalada. De cena, la ensalada.

¿Y en qué has pensado hoy?

Ya no me acuerdo. Más bien, no sé si es algo tan importante como para guardarlo en la memoria.

Yo he pensado en ti. En que quería mandarte la foto.

Ah.

Juno escribió algo más: *hasta pronto, buenas noches*. Y luego dejó el móvil a un lado.

Los días siguientes, Benu le mandó más dibujos con seres salidos del humo de los porros que fumaban.

«Va a ser una serie», le dijo.

Algunos estaban de pie a la pata coja, la única que tenían. Otro salía de una gran planta que parecía un rocío de sol. Juno no sabía si en Nigeria crecían esas plantas carnívoras. Estaba enroscado en un rincón de una habitación, tenía cuatro manos, y en una de ellas levantaba el porro para encenderlo con un sol que colgaba del techo.

Estoy pensando en hacer unos cuantos más e imprimirlos.

Claro, por qué no. ¿Para venderlos?

Sí, ya veremos.

Tenía muchos planes, lo que tal vez era normal a su edad. Un día quería abrir una tienda de vaqueros, al siguiente una tienda de perfumes *online*. Le mandaba a Juno fotos de frascos que quería

comprar y revender por el doble: frascos barrigudos con tapones dorados y etiquetas en las que se leían nombres como Misty Love o Gold Dust. Juno ya sabía que era uno de los trucos más habituales de los estafadores del amor cuando eran descubiertos. Mantenían el contacto con las mujeres y decían que iban a ser mejores. Que querían abrir un negocio y encontrar una perspectiva de futuro para no tener que estafar nunca más.

Solo les hacía falta un poco de capital para empezar.

Pero Benu no decía nada de capital inicial.

A lo mejor ya la había llevado a un punto en el que sería ella misma quien preguntaría.

¿Necesitas dinero? ¿Puedo ayudarte?

A veces, Juno se preguntaba si le ofrecería dinero a Benu en caso de tener treinta mil en la cuenta.

Y en caso afirmativo, ¿cuánto? ¿Cincuenta euros? ¿O mil?

A ella nunca le había importado el dinero, y no porque le sobrara, precisamente.

«Para ser artista lo primero que hace falta es tener talento». Ese tipo de frases le hacían reír.

La única condición era ser capaz de sobrevivir mucho tiempo alimentándose de copos de avena sin quejarse.

Después se dio cuenta de lo despectivos que eran esos pensamientos. Lo de los copos de avena tampoco era una muestra especial de carácter, cuando era evidente que si la cosa se ponía fea una no se iba a morir de hambre.

—Voy a la compra, ¿quieres algo especial?

Jupiter estaba en la cama. Había conectado al ordenador la lamparita de lectura, que le iluminaba la cara desde abajo. Giró la cabeza hacia ella. Parecía transparente, a pesar de la niebla espesa a su alrededor, con un ojo ligeramente enrojecido, el otro oculto tras un mechón de pelo.

—A lo mejor chocolate —dijo.

—¿Algo más?

Jupiter se quedó un buen rato pensando.

—Nada más. Cualquier cosa. Lo que se te ocurra.

—Vale —dijo Juno. Sabía que no se le ocurriría nada. Nunca se le ocurría qué comprar. Era una observación curiosa, pero la verdad es que ir a la compra constituía una parte no pequeña de su vida: deambular sin ideas por los pasillos del supermercado. La zombi Juno Isabella Flock recorría las hileras de expositores y agarraba cualquier cosa que le pareciera comestible.

Al hacer la compra se descubría detectando a las señoras mayores, ahí había una, y ahí otra, y más allá otra junto a las tartas precocinadas. Una iba muy maquillada y con ropa de muchos colores, las otras tres, más bien discretas, vestidas en tonos poco llamativos.

Juno pasó con su carrito junto a una de ellas.

Seguramente no se llevaran más de diez años. Se detuvo frente a los congeladores con puertas de cristal, su rostro se reflejaba en una de las hojas. Un *smiley* ovalado, cuyas comisuras luchaban para no apuntar hacia abajo.

En secreto pensaba qué tontas eran aquellas mujeres que se dejaban engañar por los estafadores del amor.

Hola, cielo, ¿cómo estás?

Las mujeres habían aprendido que eso era hermoso.

Hermoso: flores y halagos.

Hermoso: *te quiero*.

En la caja se le subió un poco la manga de la chaqueta al colocar los productos del carrito en la cinta, dejando a la vista el tatuaje de su antebrazo derecho. Era una palabra. *Euphoria*, en letras flotantes con doble trazo, y cuatro pequeñas mariposas volando alrededor. Encima, un pequeño ciervo, similar al Bambi de la película.

La mujer de la caja tenía las manos tatuadas hasta los dedos; también el cuello estaba cubierto hasta la barbilla de dibujos y estampados. Los tatuajes eran antiguos, las líneas un poco borrosas y la tinta negra se había transformado en el azul vaquero habitual. La cajera se fijó en la palabra. Sus miradas se cruzaron un momento.

Sus tatuajes eran recientes. El pasado noviembre había visto en Instagram una Flash Sheet de un tatuador al que seguía. Hasta entonces o no se había atrevido o los diseños no le habían gustado, como aquellos en zigzag típicos de los 90, que eran demasiado grandes para sus brazos.

Pero ahora *Euphoria*. Una tipografía como un riachuelo juguetón, tal vez el que pasa por su pueblo. Como una noche sin sueño. Las pequeñas mariposas alrededor servían de adorno.

Le escribió un mensaje al tatuador.

Él le contestó y le dijo que lo habían invitado dos semanas más tarde a un estudio de tatuaje de Berlín. Juno había tomado un tren rápido. Además, se había enamorado de una pluma de pavo real,

compuesta de cuatro líneas delicadas, para el interior de su antebrazo izquierdo. Quería ver los tatuajes al bailar.

Al secarse las lágrimas de los ojos.

Al levantar la mano para saludar a alguien.

En el primer mensaje había escrito directamente su edad. No quería encontrarse con una mirada sorprendida cuando el tatuador abriera la puerta.

Además, Juno tenía miedo de que su piel fuera demasiado vieja, la tinta se corriera y las líneas se desdibujaran.

«No te preocupes», le había dicho el tatuador. «Eso solo pasa con las personas muy mayores, y no en esta parte del cuerpo».

En el estudio, Juno se había subido a la camilla antes de fijar la vista en una pequeña imperfección del techo. La máquina de tatuar inició su ligero zumbido. Luego la aguja entró en contacto con su cuerpo por primera vez.

Pinchacitos agudos como recuerdos.

Que su piel era tersa como la de una mujer de treinta años, le dijo el tatuador en algún momento, por encima del murmullo de la máquina.

Dos horas después, se había levantado de la camilla con un par de gramos de tinta en el cuerpo. Se había mirado los brazos en el espejo de pie situado junto a la puerta de entrada. Se veían bien. El tatuador había tomado unas fotos con el móvil para su documentación y se las envió a ella también.

«Ha quedado genial», le había dicho, y Juno notó que se alegraba de verdad. Le entregó una tarjeta de abono: si se hacía seis tatuajes más, el séptimo le saldría gratis.

Antes de marcharse, Juno le aseguró que iba a volver. Y lo cumpliría.

Al llegar a casa se remangó y le enseñó a Jupiter los tatuajes.

«Guau», había dicho Jupiter. Y añadió que le daba un poco de envidia y que no sabía si se atrevería a hacerse uno, por el dolor. Seguramente tampoco fuese buena idea, por su enfermedad. Tal vez después de los pinchazos y la tinta de un tatuaje, los nervios se volverían aún más locos. «Además, casi no salgo, quién iba a ver los tatuajes».

«Yo», había dicho Juno.

Y así iban pasando los días. Otra vez a comprar, como siempre.

En la sección de panadería cogió dos muffins de arándanos con la mano y la dependienta le riñó, y le indicó que usara las pinzas.

«Perdón», dijo Juno.

Compró un par de minipizzas poco saludables para Jupiter, porque le gustaban mucho. Hacía unos diez años que no había visto el supermercado por dentro y no sabía cómo era ni dónde estaban los productos. Por eso tampoco se los podía imaginar.

No te olvides de las pinzas, Juno.

Pronto sería primavera, pronto llegarían las fresas. ¿Qué más llevarle a Jupiter? ¿Con qué podría darle una alegría? Tampoco es que pudieran permitirse grandes lujos. En los dos últimos años habían tenido dinero, sobre todo gracias a las ayudas y fondos especiales de la pandemia. A Jupiter le concedieron una buena beca para su novela y a Juno varios paquetes de ayuda de los fondos para las artes escénicas, y en el último año una beca muy bien dotada de

la Academia de las Artes de Berlín para la pieza musical. Phoebus y Tristan también la recibieron. Aparte de eso, de vez en cuando impartía un par de talleres e incluso algunas clases en la Facultad de Artes y Diseño Burg Giebichenstein, en Halle, en el marco de las disciplinas artísticas *time-based*, en las que cada vez había más interés por el arte de la *performance*. Los honorarios no eran muy altos, pero, junto a todo lo demás, sumaba un total que no se reduciría con tanta rapidez. No siempre que iba a la compra tenía que renunciar, a veces compraba la limonada cara, unas botellas pequeñas con etiquetas muy bonitas, a tres euros. Incluso en el último invierno —que había habido confinamiento de nuevo y no había podido llevar a cabo su trabajo como *performer* en la obra de una coreógrafa, pero de todas maneras había percibido un honorario de compensación— había comprado un par de veces un mango de importación a cinco euros la unidad, por pura cabezonería.

Esos fondos ya se habían terminado, habían cerrado el grifo. Por el momento, vivían de los quince mil del premio literario de Jupiter.

Eso no era mucho más que el salario de dos meses de alguien con un buen puesto en el Deutsche Bank o en Porsche, según le había dicho Jupiter.

A veces, Juno incluso cocinaba: judías pintas de bote con arroz y zanahorias. Otras veces comían una semana entera solo tostadas con mantequilla y queso, acompañadas de un puñado de tomatitos.

Cuando había judías con arroz, Juno siempre le dejaba a Jupiter más de la mitad en la cazuela, pero él se servía exactamente la mitad. Y luego se decían el uno al otro que terminara lo que quedaba. Jupi decía: «Necesitas energía», y Juno le decía lo mismo a él. No pasaban hambre, pero había que mirar cada euro.

Durante los próximos veintitrés años, si todo iba bien.

Cuando, un par de horas más tarde, en mitad de la noche, charlaba con Benu —nada en particular, uno de sus chats habituales—, Juno le preguntó en un impulso qué había cenado. Enseguida se arrepintió de la pregunta, tal vez fuera una ingenua insensible.

Pero a Benu no le pareció mal.

Fufú, una especie de gachas de plátano verde y yuca, con pollo frito, arroz y verdura. Normalmente comían pollo solo cuando no estaba muy caro y lo encontraban en el mercado. Era algo más propio de días especiales, sobre todo en Navidad. Y en esas ocasiones también eran cantidades más abundantes. De todas maneras, su madre había hecho pollo ese día.

«Me encantan las Navidades —escribió Benu—. Buena comida, todos juntos. Pero en la calle se bebe demasiado». Le preguntó si ella bebía alcohol.

No muy a menudo, no lo tolero bien.

Yo nunca bebo alcohol.
El alcohol no es bueno.
Tú tampoco deberías beber.

No te preocupes.
Smiley guiñando un ojo

Lo digo en serio, el alcohol es diabólico, por favor, ni lo toques.

Bebo muy pocas veces, ya te digo, y cuando bebo solo una copita de espumoso.

No bebas ni una gota. Prométemelo.
Emoji con las manos juntas

¿Qué? ¿Por qué?
Sé lo que hago, no te preocupes.
Smiley

Benu respondió que eso esperaba.

Después, tres días de silencio.

Hacía unos días se había instalado una abeja en el hotel para insectos, y desde entonces se oía su zumbido en la ventana de vez en cuando.

Juno no se había dado cuenta, pero, al entrar en la habitación de Jupiter, este le pidió que no hiciera ruido.

Estaba en la silla de ruedas cerca de la ventana, con la cabeza inclinada.

«Es una abeja silvestre», dijo, mientras escuchaba.

Juno también lo oyó, un leve zumbido que a veces se acercaba mucho a la ventana. Poco después vio un cuerpo diminuto que salía volando del hotel de insectos y se perdía por el aire.

«Es muy pronto», dijo Juno, y Jupiter dijo que los insectos venían antes debido al cambio climático. Las abejas silvestres volaban ya a principios de año.

La abeja construiría su nido en uno de los agujeros del hotel y allí pondría sus huevos. Pronto tendrían toda una colmena.

Jupiter solía dejar la ventana abierta, a veces incluso por la noche; decía que ya no hacía frío. Su dormitorio daba al balcón, frente al

que se elevaba un abeto alto y viejo. Daba la sensación de que vivían en medio del bosque.

De vez en cuando entraban en el piso arañas grandes, puede que incluso alguna fuera la araña Nosferatu. Según decían, cada vez había más en Alemania. Era una especie de gran tamaño que hasta ahora solo se encontraba en el sur de Europa.

Durante el otoño Juno ya había sacado del piso varias arañas grandes. Antes lo hacía Jupiter, cuando todavía podía dar un par de pasos sin el andador y permanecer de pie unos segundos.

Cuando aquello ya no fue posible, Juno llamaba a Dorian, el del segundo piso, de metro noventa, que casi llegaba a coger las arañas del techo con la mano. Pero Dorian se había mudado, y desde hacía un año vivía en su antiguo piso una mujer a quien Juno no conocía lo suficiente como para pedírselo. Se había obligado a hacerlo ella misma. Primero les daba con una escoba y, cuando caían al suelo confundidas, les colocaba encima un vaso de cristal. Ahora ya se atrevía, con relativa tranquilidad, a colocar una hoja de papel por debajo del vaso y sacarlas al patio. La primera vez estuvo a punto de darle una taquicardia, pero ahora funcionaba mejor.

Ahí estaba de nuevo la abeja. Juno se quedó quieta en el medio de la habitación sin atreverse a moverse.

Ahí estaba el zumbido. Escucharon.

Juno notó que Jupiter aguzaba el oído como alguien que escucha música, con los ojos cerrados y una leve sonrisa.

Salió de la habitación sin hacer ruido.

Recorrió el largo pasillo hasta el baño y al llegar no sabía qué había ido a hacer allí. Era la habitación de la casa más alejada del cuarto de Jupiter.

Se sentó al borde de la bañera y lloró.

Empezaron los ensayos para la función de Múnich. Querían reelaborar un par de escenas y se encontraban cada mañana en un estudio que habían alquilado en un barrio industrial a las afueras de la ciudad. Tenía una pequeña tribuna y Juno sentía que sus tatuajes apuntaban hacia allí, como si fueran unos focos pequeños y extraordinarios.

Pronto habría gente sentada en una tribuna similar y verían los tatuajes. Juno se había comprado un top sin mangas que se pondría debajo de la sudadera con capucha y lentejuelas. En un momento concreto de la obra, se quitaría la sudadera.

Los tatuajes eran el vestuario más especial que había llevado nunca.

Cool, dijo Phoebus, y se rio. Él tenía una manga: el brazo derecho entero estaba tatuado con un solo diseño.

«Me voy a hacer más», dijo Juno, y Phoebus sonrió satisfecho.

«A lo mejor la gente piensa que los tatuajes no son de verdad», le dijo al día siguiente Ariane, una artista de *performance* amiga suya que había ido como espectadora a los ensayos. Lo había dicho en tono de admiración y Juno no entendió qué había querido decir. Al cabo de unos segundos le quedó claro.

Nadie podría imaginarse que los tatuajes eran reales, porque Juno era demasiado vieja para eso.

Y, sin embargo, se moriría con aquellos tatuajes, como cualquier otra persona que los llevara.

Le mandó fotos de los tatuajes a Benu y él le envió fotos de los suyos; tenía dos. Una figura redonda en el brazo izquierdo, muy delicada, como de hierba trenzada. Y una estrella pequeña en la mano derecha, entre el índice y el pulgar.

La estrella la he hecho yo mismo.
Smiley llorando de risa
¡Nice, tus tatuajes!

¡Gracias, los tuyos también!

¿Quieres hacerte más?

¡Claro! Tal vez estrellas, o la palabra melancolía,
emoji de planeta
simplemente algo bonito que me encuentre por ahí.
Solo hay que mantener los ojos abiertos para encontrar.
Eso me digo a menudo, pero solo lo digo.

Piensas demasiado. Energía negativa; no es bueno. Y acuérdate de no beber alcohol, ¿ok?

¿Por qué estás siempre con lo del alcohol?
Tú también fumas hierba.

Eso es muy distinto, no se puede comparar. La hierba es medicina, algo positivo.
El alcohol es energía negativa, diabólico, no lo hagas, por favor.

Al final me voy a sentir como una alcohólica, si sigues diciéndome esas cosas.
Emoji con dos vasos de cava

Solo me preocupo por ti.

No tienes por qué.

Smiley con una corona de santo
No te preocupes.

Con eso no se hacen bromas.

Ok.

Ten cuidado cuando salgas. Te vas a quemar, esa es mi impresión.

(En cierto modo, tenía razón.)

Tendré cuidado, prometido.
Ya no salgo tanto como antes.
No me voy a quemar.

(Ya no me quiero quemar.)

Juno se arrepentía de haber mentido tanto a Benu en los primeros chats. Que salía siempre con tipos nuevos. Que se pasaba las noches en la cantina del teatro. Era una imagen de sí misma que a ella tampoco le gustaba, pero que de todas formas le había parecido atractiva en ese momento.

Una especie de imagen opuesta, pero ¿opuesta a qué, exactamente?

Y ahora no tenía ganas de seguir alimentando aquella mentira. Mejor introducir la normalidad en la conversación, hablar de algo verdadero.

¿Sabes? En mi balcón vive una abeja silvestre.
¿Tenéis abejas ahí también?
Me gusta mucho ese tipo de abejas, no se unen en colmenas.
Son las solitarias entre las abejas, eso me gusta.

En el jardín de mi tía hay abejas, amarillas y gordas.
Hay que tener cuidado, porque te pican a la mínima.

A lo mejor convivir en una colmena las vuelve agresivas.
O tener que trabajar tanto.

Smiley

Smiley riéndose
Emoji de abeja

Siete

Algunos acontecimientos astronómicos se pueden calcular con antelación, como los eclipses solares o el momento en que los asteroides y cometas pasarán cerca de la Tierra. Otros, sin embargo, son impredecibles, como las tormentas solares. En este último caso, solo cabe registrarlas y, después, estipular con exactitud cuándo alcanzarán la Tierra sus ecos. La radiación de la llamarada tarda ocho minutos en alcanzar nuestro planeta. La nube de plasma, dos días.

Estos efectos no son tan fuertes como para perturbar el sueño, pero quién lo sabe con exactitud.

A lo mejor ya estaba escrito en las estrellas. En unos doscientos días volvería a ser otoño, habrían recorrido junto con la Tierra la mitad de su órbita alrededor del sol. Las abejas silvestres del planeta habrían producido al menos una nueva generación más y Orión habría regresado de nuevo después de su sueño estival.

Juno se encontraría en los pasillos del supermercado Konsum, eso era una certeza pequeña y mezquina que había que aceptar. Tomaría un paquete de galletas *Spekulatius* de la marca blanca a un euro cuarenta y nueve de una de las mesas con las ofertas de dulces navideños.

Eso sería a mediados de septiembre, más exactamente el 14 de septiembre; Juno se fijaría en la fecha.

Como cada año a mediados de septiembre, llegaron a las tiendas el pan de jengibre, el dominó de chocolate, las estrellas de canela y los *Spekulatius*. Y todo el mundo, como cada año, protestó. Siempre había alguien quejándose sobre el *timing* de las cosas.

En septiembre las historias de Instagram se llenaban de fotos de los puestos de pan de jengibre. Los comentarios decían «wtf???» o algo sobre el *fucking* capitalismo.

Pero a Jupiter le encantaban esas galletas especiadas. Cada septiembre, cuando Juno le llevaba a su cuarto el primer paquete, se le iluminaban los ojos. Compraba casi uno diario hasta diciembre.

Porque, por un momento breve cada día, hacía la vida más fácil.

Porque podía darle una alegría a Jupiter sin tener que pensarlo mucho. Y a ella le daba igual que en Leipzig todavía fuera verano y que la gente en el supermercado llevara vestidos cortos y camisetas sin mangas y sandalias sin calcetines.

En aquel futuro y soleado 14 de septiembre Juno oiría a una chica desconocida —que, con las gafas, vestido de flores y mirada severa parecía mucho mayor—, decirle a otra joven que ahora todos los viejos empezarían a comprar las idioteces navideñas. Que qué horrible era. Lo diría con el desprecio de los que solo han experimentado cosas buenas en la vida, nunca cosas malas.

Eso ocurriría dentro de más o menos doscientos días, pero Juno ya lo intuía, igual que se intuye la llegada de una tormenta, cuando el aire se vuelve pesado y el viento arrastra muchas más hojas de lo habitual. Y Juno también intuía cómo terminaría la escena.

Con ella llorando en los pasillos del supermercado Konsum de Leipzig.

¿Qué comprar en ese supermercado, en qué estantería, qué productos? Acudía allí desde hacía quince años a hacer la compra para alguien que ya no era capaz de hacerlo por sí mismo. Que desde hacía quince años quería que le llevaran casi siempre queso, pan, y minipizzas. Y para quien un paquete de galletas en septiembre era una verdadera alegría. Juno no le diría todo eso a las chicas jóvenes y severas, lo tenía claro. De todas maneras, no lo entenderían.

Tal vez a partir de ese momento todo lo que iba a suceder en esos doscientos días no fuera más que una preparación para el 14 de septiembre.

Benu ya se habría esfumado. Eso también lo intuía.

Benu. Un satélite que se habría perdido.

En el alféizar de la ventana del estudio de baile había una avispa inmóvil; su cuerpo permanecía allí desde el último verano.

Juno se la llevó a casa y tomó una foto para su colección antes de introducir el insecto en una caja de cerillas vacía. La cajita la colocó en su escritorio; no sabía qué otra cosa hacer con ella.

Había vuelto a bailar tanto como antes de la pandemia, a veces incluso se sentía cansada por la noche de tanto bailar. Seguía teniendo buenos músculos abdominales, se le marcaba un pequeño *six pack*; también las pantorrillas eran estupendas, se distinguían claramente los dos paquetes musculares, y sus brazos siempre habían sido largos y bien definidos.

En la espalda se veía el Latissimus dorsi y los músculos más pequeños dispuestos a lo largo de la columna, como hojas de helecho al viento; la musculatura autóctona de la espalda mantenía

el cuerpo erguido, siempre hacia arriba, arriba, lo que nos distingue de los animales.

A veces Juno pensaba que tenía un cuerpo bonito y que era una pena no poder mostrarlo más en las discotecas. Una mujer a partir de los cuarenta y cinco ya no podía desmadrarse y bailar toda la noche sin llamar la atención. O se convertía en una mascota que los jóvenes consideraban «cool», o en una vieja solitaria con ganas de pillar a alguien para esa noche. Eso es lo que había que aguantar, y muy pocas lo lograban. Juno no era capaz. Solo soportaba llamar la atención, si acaso, sobre el escenario.

De nuevo se encontraba en una mala fase. Aunque, bien mirado, qué quiere decir mala. Tal vez otros la hubieran denominado así, pero quizá encajaba más llamarla agotadora-eufórica.

Juno dormía tres horas como máximo, más o menos desde las cuatro de la madrugada hasta las siete. No soñaba, pero permanecía alerta, escuchando, ligeramente en tensión. Después, se obligaba a levantarse porque quería ir a la clase de baile. Primero preparaba el café para Jupiter y lo introducía en el termo para mantenerlo caliente, porque Jupiter solía dormir hasta las diez.

Ese tipo de rutinas eran aburridas, pero también necesarias; una especie de apoyo, como el andador para Jupiter. Los mensajes que le escribía a Benu desvariaban, pero a él no parecía molestarle.

> A veces me pregunto por qué en Melancolía es un planeta el que choca con la Tierra, y no un asteroide. Pero tal vez para la película eso dé igual.

Mmm. Todavía no he visto la peli.

Al final, Justine construye con el hijo de Claire una casita de ramas. Justine ayuda a Claire a
entrar en la casita; Claire casi no es capaz, está como paralizada por el miedo. Pero Justine
permanece tranquila. Poco antes era justo al
revés, Claire había tenido que ayudar a Justine a entrar en la bañera, porque Justine apenas podía levantar los pies.

¿Crees en Dios? Yo sí.

Antes sí, ahora ya no. Creo en el universo. Me hubiera gustado ser astrofísica.

Lol.
Emoji de estrella roja explotando

Luego Benu le envió un GIF.
Jerry, el ratón de la serie Tom y Jerry, partido en dos de la risa.
Juno no sabía si era irónico.
Le envió un *smiley* normal de vuelta.
Luego Benu le mandó el *emoji* de las llamas.

La verdad es que estás un poco loca.
Eso me gusta.

Justo después el *emoji* de una mariposa azul.
Luego el capullo de rosa. Luego la estrella fugaz.
Otro *emoji* con la estrella fugaz.
Y otro.

Juno no sabía si le gustaba que a Benu le gustara que ella estuviera un poco loca.

O, mejor dicho, que escribiera que le gustaba.

Le había gustado brevemente. Lo había sentido como cuando uno sueña que se cae de una gran altura. En los primeros segundos te sientes bien. Luego viene el pánico. Y al final te despiertas.

La normalidad del día a día poseía su propia belleza. Era frágil, encajaba con el invierno, que a veces se mostraba y otras no. Cosas normales que eran al mismo tiempo terribles y misteriosas; uno podría sumergirse en esa normalidad e intentar vivir en ella con más intensidad. Tal vez de vez en cuando funcionara.

Hacía un par de días habían ido los del seguro médico a hacer una visita de control. Pasaban una vez al año para comprobar si Jupiter seguía necesitando ayuda o si, de repente, por algún milagro, había recuperado la salud o lo había sanado un curandero.

Había que probar que las razones para su grado tres de dependencia seguían siendo válidas.

Jupiter recibía quinientos euros al mes de ayuda por dependencia.

Según algún formulario, para ello tenía que alcanzar entre 42,5 y 57 puntos. Los puntos se otorgaban por todas las cosas que no podía hacer solo. No ser capaz de ir solo al baño, no ser capaz de lavarse. Eso era lo que más puntos daba.

Una mujer había llamado a la puerta y avanzaba por el pasillo; llevaba unas gafas cuadradas de montura pesada y sonreía de una forma en la que se notaba que no quería parecer agradable, pero tampoco maleducada.

Se sentó en una silla que Juno le había preparado en la habitación de Jupiter, sacó una carpeta de su bolso, la abrió y comenzó a

escribir en un formulario, seguramente la fecha y el nombre de Jupiter.

Luego hizo preguntas sin apenas levantar la cabeza del papel. Tras cada respuesta marcaba con una cruz rápida y enérgica.

Si Jupiter podía lavarse solo.

Si Jupiter podía preparar desayuno, merienda y cena solo.

Si Juno cocinaba para Jupiter.

Quién le ponía los calcetines a Jupiter.

Quién le ponía los zapatos a Jupiter.

Quién peinaba a Jupiter.

Quién duchaba a Jupiter.

Jupi y Juno decían la verdad, pero al mismo tiempo mentían.

Si hubieran dicho exclusivamente la verdad, por ejemplo, que Jupi casi siempre se ponía solo los calcetines porque no quería que Juno lo ayudara, le habrían quitado puntos.

En cada pregunta, Juno quería responder que lo importante era la situación en general.

Que sus preguntitas y nuestras respuestas no reflejaban para nada la realidad.

Claro que Jupiter puede hacerse el café solo, pero ¿qué ocurriría si yo no estuviera siempre ahí?

¿Si Jupi tuviera que hacerse siempre el café solo y entonces en algún momento ya no fuera capaz de hacerlo, porque era muy agotador tener que hacerlo siempre?

Si la Tierra por ejemplo se desviara de su órbita solo un centímetro, durante solo un momentito, un pequeño desliz, ¿sabe usted lo que pasaría?

Y, además, si yo no estuviera ahí, tendría que venir un servicio de ayuda a domicilio, y eso costaría el doble que la ayuda por dependencia.

De lo que se trata es que yo soy la red de seguridad.

Y eso no es poco, ¿sabe usted?

Juno no había dicho todo eso en voz alta, pero de todas formas la mujer levantó la vista del formulario.

Había estado mirando ese papel durante todo el tiempo y habían surgido arrugas en su barbilla. Juno no la había dejado de observar ni un instante.

—¿Y qué cocina usted? —preguntó la mujer de repente, mirando de verdad a Juno por primera vez.

Juno no supo interpretar qué tipo de mirada era aquella, si amable o gélida, y pensó que ella misma no estaba sentada en la silla, sino que flotaba justo sobre la superficie del asiento, con las piernas dobladas en posición del loto.

Soltó una retahíla de platos que había cocinado alguna vez en su vida. Antes.

—Risotto de verduras, patatas al gratín, ensaladas y mucha verdura. Lo más importante es que sea sano —dijo Juno. Y añadió que Jupiter y ella eran vegetarianos.

—Están los dos muy delgados —dijo la mujer—. ¿Prepara usted suficiente cantidad?

Pausa.

—Es nuestra constitución —dijo Juno—. Somos personas delgadas. A mí me parece bello.

La mujer pareció confundida un instante, pero enseguida volvió a inclinarse sobre el formulario y estampó su firma lenta y

cuidadosamente.

Dijo: «Pues entonces estamos listos», y cerró la carpeta.

Que todo estaba en orden.

Que no había cambiado nada.

Que deseaba que les fuera bien.

Se despidieron y Juno la acompañó a la puerta.

Solo entonces se dio cuenta de que la mujer llevaba una falda plisada a media pierna con mucho vuelo acompañada por unos zapatos muy peculiares.

De esos que, en lugar de una puntera normal, tenían la forma de los dedos.

Como las garras de un monstruo de tebeo, patoso y entrañable.

Al regresar al cuarto de Jupiter vio que una lágrima se deslizaba por su mejilla.

Juno se sentó en la silla y permanecieron un rato en silencio. Era como si la señora del seguro siguiera allí, invisible, en espíritu. Luego Jupiter dijo que iría a una residencia, en el futuro.

—De ninguna manera —dijo Juno. La respuesta salió de su boca disparada como un rayo.

Cuando más tarde recordó esa conversación, pensó en su insoportable banalidad. Las feas imágenes de un mundo con palabras como «residencia».

Le preguntó a Jupi cómo se lo imaginaba.

Menuda frase vacía.

—¿Cómo te lo imaginas?

—Como en una serie.

A Juno no le gustaban las series, siempre le daba la sensación de que la tomaban por tonta.

Ella le dijo que tendría que mudarse con él a la residencia y la verdad es que no se veía allí.

—¿Por qué? No tienes que mudarte conmigo. —Parecía que Jupiter lo decía en serio.

—¿Acaso te crees que te voy a dejar solo en ese infierno?

Juno ni siquiera tuvo que decirlo en voz alta.

Jupi no debía pensar cosas como que ella se quedaría sola en el piso e iría a visitarlo cada día; que eso sería absurdo. Ese tipo de frases que sonaban infernales.

Frases que no existían en el mundo real de ahí afuera, donde existía la música, las canciones, el trino de los pájaros, el canto del gallo por la mañana y cosas así. O los gritos de una revolución, algo que oyera mucha gente. Pero esas frases se quedaban en el interior del piso, y Jupiter y Juno eran los únicos que las escuchaban.

El espíritu de la mujer del seguro médico estaba sentado en la otra silla y paseaba la vista de Jupiter a ella y viceversa.

—Por mí, nos vamos a vivir a un hotel —dijo Juno—. Como las abejas silvestres.

Jupiter dijo:

—¿No puedes hablar por una vez en serio de esto conmigo?

—Estoy hablando en serio —dijo Juno—. Nos quedamos aquí y punto. ¿Qué grandes cambios crees que va a haber? Ninguno. Todo va a seguir como está.

Fue a la cocina y sacó las cosas del friegaplatos. Hacer algo, hacer algo con las manos, algo que hiciera ruido, que espantara a los malos espíritus de la casa. Después, no volvieron a hablar del tema.

Y justo ahora, en esta fase eufórica de la normalidad, cuando de nuevo no podía conciliar el sueño —cuando casi cada noche se preparaba un té en la cocina y a veces se descubría a sí misma parada durante minutos entre dos movimientos, contemplando su imagen reflejada en el cristal de la puerta del balcón, se veía deformada, como una figura de un cuadro de Francis Bacon—, justo ahora volvían a llover los mensajes en Instagram.

Ninguna petición de los estafadores del amor. Alguna llegaba, pero Juno respondía muy de vez en cuando.

Le escribían también personas reales con perfiles reales, algunos tipos que la seguían desde hacía tiempo, pero que no conocía personalmente.

Aunque hacía mucho que ella había alcanzado esa edad en la que se desaparece.

Tenía un perfil público, lo cual parece que a algunos los atraía o les presentaba un desafío.

Se había vuelto algo conocida en Leipzig gracias a la obra musical y eso había prendido en Instagram como un pequeño reguero de pólvora que se había extendido un poco más allá de la ciudad y le confería una mínima celebridad. No duraría mucho, eso estaba claro.

Dos o tres le escribían desde Leipzig, otro desde Frankfurt, uno de Berlín.

Los mensajes eran todos parecidos.

Decían que tenía una bonita figura. Que era tan interesante lo que hacía.

Uno de Leipzig le decía que era una artista estupenda. Que la había visto una vez en una *performance*. Que si a Juno le apetecía llamarle.

Otro le enviaba mensajes de voz largos y enrevesados que Juno no entendía, hablando de temas pseudofilosóficos que solían terminar anunciando que estaría pronto en Leipzig. Y que tal vez pudieran quedar.

Otro le mandaba de vez en cuando un poema.

A veces Juno contestaba a uno o a otro.

Y mentía, más o menos igual que hacía con los estafadores del amor.

Y a veces se lo pasaba bien haciéndolo.

> Mi padre hacía teatro. Era actor aficionado en el grupo de teatro de los bomberos
> voluntarios de nuestro pueblo. ¿Y tu padre?
>
> Cuando era niña me dejaban vivir en verano en una casita de árbol, en el jardín. Teníamos un jardín muy grande.
>
> Yo plantaba en el jardín zanahorias y rabanitos. Por la noche era muy chulo, se oía
> a los erizos resoplar. Sabía que eran los erizos, pero yo fingía que era un monstruo.
> Y tú, ¿qué hacías de niño?

Describía lo que se imaginaba como una infancia feliz. No era nada que se hubiera propuesto, ningún tema elegido con premeditación. Le salía así y solo era consciente de ello al enviar los mensajes. A la mayoría de aquellos tipos no les interesaba su infancia, inventada o no. Algunos se despedían a toda prisa, otros se quedaban un tiempo sin decir nada y volvían a escribir al cabo de un par de semanas.

Mentir a aquellos hombres era una pequeña y deliciosa maldad.

O una manera de escabullirse de aquellas conversaciones sin tener que recurrir a la mala educación.

Lo mismo había hecho con Plutos, un hombre de su edad con el pelo cortado a capas exageradas.

Le había mentido y notó que eso le provocaba una grata sensación de maldad, casi de odio, pero un odio que podía descargarse de forma inocente a través de las mentiras.

De vez en cuando acudía a otro estudio de baile, un grupo que bailaba Contact Improvisation. Los participantes vestían pantalones amplios y como saludo intercambiaban abrazos largos y estrechos. A Juno le gustaba bailar de vez en cuando con ese grupo. Aquel tipo de baile era lo contrario del *ballet*, cada uno hacía lo que quería junto al cuerpo de los demás, se enredaba con el otro, lo levantaba en alto, se apretaba contra el cuerpo de otra persona.

Y si alguno no tenía ganas de bailar, se quedaba simplemente en un rincón perdido en sus pensamientos sin hacer nada.

La mayoría eran jóvenes; en cualquier caso, más jóvenes que Juno. Además de ella solo había una persona mayor, Plutos. Ya en la primera tarde en el estudio le había pedido su dirección de correo. Eso fue antes de Navidad. Se habían quedado después de la clase a tomar vino caliente y galletitas; él se había sentado a su lado en el suelo y le había preguntado a qué se dedicaba. Por su aspecto, parecía que no tenía un mal sueldo. Juno pensaba que a la gente siempre se le notaba la riqueza relativa, sobre todo a los hombres. Si ganaban bien, siempre tenían la tez tostada, pues tenían tiempo de hacer viajes en bicicleta o salir a navegar. Y tenían barriga, aunque estuvieran delgados, porque bebían vino regularmente.

Juno, por educación, no rechazó la petición, lo cual después lamentaría.

Cuando llegó el correo de Plutos diciéndole que se alegraría de volver a bailar con ella y preguntándole qué hacía en su tiempo libre, ella respondió brevemente que nunca tenía tiempo libre.

Creía haber sido lo bastante clara.

Pero ahora, después de bailar, cuando todos se pusieron las chaquetas y los zapatos, Plutos se le acercó y le preguntó qué planes tenía.

Juno dijo que tenía que ir al observatorio astronómico.

—Trabajo allí —le dijo mirándole a los ojos.

Un par de personas lo oyeron también y se volvieron un momento hacia ellos, con sonrisas un tanto dubitativas. Le pareció que Plutos al principio no se lo creía, pero después sí, y le dirigió una mirada llena de respeto. Que al instante volvió a transformarse en duda.

Juno sintió la tentación de liberarle de su carga y terminar con el juego.

«Es broma», quiso decir. Pero en realidad no se trataba de una broma, sino de una forma de consideración hacia él. A veces las personas soportaban peor la verdad que una mentira evidente y descarada.

Todas las mujeres que caían en las mentiras de los estafadores, por ejemplo, no querían ver la verdad, aunque hacía mucho que la conocieran.

Plutos tampoco quería verla; si no, no le habría preguntado qué hacía esa noche.

Nadie quería admitir que era mortal ni mucho menos reconocer que se sentía solo. Los estafadores del amor tampoco querían

admitir que, en realidad, se hacían pequeños y se rendían a los mecanismos de explotación y codicia occidentales, ya que ellos también repetían el patrón: se aprovechaban de la gente y luego la descartaban.

—Astrofísica —le dijo a Plutos—. Dirijo un proyecto que investiga los exoplanetas.

—En el observatorio. —Plutos pronunció aquello en un tono confundido.

Los demás estaban ocupados atándose los zapatos o poniéndose las botas.

—Allí solo me dedico a la divulgación para las escuelas —dijo Juno articulando cada palabra meticulosamente—. Los fondos que recibimos para nuestro proyecto nos obligan a dedicarnos también a la divulgación.

Otra pausa incómoda en la que se filtraba todo lo que no estaba bien en el mundo.

Por supuesto, en primera línea se trataba de una maldad de Juno, una microagresión, y no una forma de consideración.

De camino a casa se quedó un buen rato detenida en el puente Karlbrücke e hizo fotos con el móvil.

La cinta oscura y resplandeciente del Elster Blanco, la luna en el cielo.

La cámara ya no funcionaba bien, en la foto se veía un destello alargado en diagonal sobre el satélite. En la pantalla parecía como si le hubiera alcanzado un rayo.

Tener una abeja silvestre como animal de compañía era algo sorprendentemente maravilloso.

Era similar a un huésped silencioso, cuidadoso y, de alguna manera, amable. A veces a Juno le preocupaba que la abeja no encontrase ahí fuera el néctar suficiente. A finales de un febrero que hasta entonces había sido bastante cálido y a veces soleado, un par de campanillas ya asomaban entre la tierra, y en el aire circulaba el primer polen, pero tal vez no fuera suficiente.

En el cielo brillaba Orión, que ahora solo se veía en las últimas horas de la tarde, antes de desaparecer por la noche bajo la línea del horizonte.

Júpiter, que se encontraba directamente sobre la luna, era fácil de localizar, solo había que levantar la vista bien alto para descubrirlo, por ejemplo, en la calle Industriestrasse, que unía con un puente los dos barrios a sendas orillas del río.

«¿Hacemos una videollamada?», escribió Benu.

«Vale —tecleó ella en la burbuja de diálogo—. Estaré en casa dentro de diez minutos».

Recorrió la calle en dirección contraria y entró sin hacer ruido en el piso. No había luz tras la puerta del cuarto de Jupiter.

Contempló su reflejo en el cristal de la ventana.

Estaba bien así.

Intentó adoptar una expresión neutra.

Sin sonreír, si era posible.

—Hola —le dijo a Benu poco después. Y al final sí sonrió a la cámara.

—¿Qué estás haciendo?

Hablaron un rato. Benu le preguntó por la abeja, ella le respondió que estaba bien.

De fondo oyó reír y jugar a varios niños.

No preguntó de quién eran aquellos niños.

Como si le hubiera leído los pensamientos, Benu le contó que era el cumpleaños de su madre y toda la familia había ido a celebrarlo.

Le preguntó si le parecía bien que llevara el teléfono a la cocina.

—Podría presentarte a mi familia.

—Oh —dijo Juno—. No sé.

—Están muy locos, ¿sabes? —dijo Benu.

Juno recordó después que había levantado las cejas y vuelto los ojos al techo, como actuando, pero también un poco en serio.

—Prefieres que no lo haga, ¿verdad? —Benu sonrió—. No pasa nada, era solo una idea.

—Sí —dijo Juno—. Tal vez la próxima vez.

Solo telefoneaban por la noche, cuando Jupiter dormía o veía sus series o el fútbol. A veces, cuando estaba despierto más tiempo e iba varias veces al baño, se citaban para más tarde, a las tres de la mañana, y Juno se ponía el despertador. Por si acaso se dormía. Se sentía ridícula y se avergonzaba.

Se convencía de que se trataba de curiosidad artística. Quién sabe para qué podría servirle hablar con Benu. Tal vez para una obra de teatro que llevaba mucho tiempo queriendo escribir.

Sin embargo, todos aquellos chats y llamadas eran un error. Una conexión basada solo en mentiras o, mejor dicho, en la falta de verdad. Y de la falta de verdad solo resultaba explotación. Porque

aquello no era otra cosa: ella se estaba aprovechando de Benu y daba igual que tal vez él siguiera intentando aprovecharse de ella. Una explotación no justificaba la otra.

El algoritmo había sido consecuente y le había sugerido varios documentales en la lista de YouTube. Mujeres europeas blancas de mediana edad o incluso mayores que, solas o en grupos, viajaban a Gambia, Kenia, Tailandia o Bali.

En una playa de Kenia, un hombre llevaba de la mano a una señora blanca. Avanzaban entre las olas y luego se los veía en una mesa en un bar de la playa, bebían cerveza y comían algo en unos platitos blancos. La mujer llevaba un bañador de color rosa y se le veía la piel arrugada en las axilas y el cuello. Era mucho mayor que el hombre, que parecía joven, de treinta y tantos.

El hombre le decía *I love you* a la mujer mientras la tomaba de la mano. La abrazaba, le besaba la frente. La mujer resplandecía y lucía una expresión de felicidad.

¿Y si tal vez era auténtico? Juno alejó aquel pensamiento de su mente. El hombre sonrió y después se apartó de la cámara.

Bastantes mujeres blancas occidentales realizaban todos los años ese tipo de vacaciones, según contaba el documental. No se trataba de sexo rápido de una sola noche y al día siguiente lo mismo con otra persona, como hacían los hombres europeos que viajaban a Tailandia o a Filipinas y se acostaban, de media, con dos mujeres al día.

Las mujeres que iban a Ghana o Kenia tenían un mismo *boyfriend* durante dos semanas y, a veces, volvían a verlo cada año. Le

pagaban un móvil, el colegio de sobrinos y sobrinas, les compraban camisetas, pizzas, relojes dorados. Parecía no importarles tener que pagar tanto.

Juno se preguntó si alguien miraría su cuerpo y su cara y los encontraría feos.

«Es una buena cosa que se acabe el mundo», decía Claire en *Melancolía*.

Un tatuaje en diagonal sobre la espalda: *White Bitch*.

Un tatuaje en el brazo: *kartoffel**.

Juno escribió esas frases en su portátil, en un documento nuevo. Notas para algo, tal vez para la obra de teatro.

En los días siguientes, cada vez que se cruzaba con un hombre negro apartaba la vista. Ahora entendía de verdad el significado de «vergüenza ajena».

Bastaba con tener dinero suficiente para viajar a Kenia, Bali o Gambia y alquilar a un *loverboy*. Invitarle a pizza, regalarle un móvil nuevo.

Juno necesitaba un móvil nuevo. La pantalla estaba a punto de morir; desde el interior del aparato se quemaban pequeños agujeros que formaban burbujas.

Notas en el documento:

> Venga, un móvil nuevo, con el brillo de las tierras raras del suelo de un país africano.

Otra nota en el documento:

> Frase para el tatuaje (robada a Ingeborg Bachmann):
> «La verdad es exigible al ser humano».
> Me gustaría tatuármela cruzada sobre los pechos.

Juno también había vivido varios meses a costa de alguien. Achyls, con quien estaba entonces, le hacía una transferencia mensual de mil marcos. Ocurrió en el periodo que vivió en Berlín, acababa de cumplir los veinte. Participaba en producciones de danza pequeñas, y a veces grandes, donde apenas ganaba dinero; por las mañanas tenía que impartir cursos de gimnasia para la espalda en la Universidad Popular.

Al principio le resultó muy cómodo no tener que dar aquellas clases.

No se había sentido explotada por Achyls, aunque él era once años mayor y hubiera encajado perfectamente en el esquema típico.

Pero Achyls era igual de generoso con todas las personas de su círculo de amistades. Para Juno no tenía ningún significado especial que le diera dinero. Él estaba siempre ayudando a algún amigo cuando tenía apuros financieros. A menudo no quería que le devolvieran el dinero. Juno a veces se enteraba. Ella no sabía por qué tenía tanto dinero, tal vez fuera una herencia; nunca se lo preguntó. Achyls tampoco presumía de su riqueza, no era de esos que en los bares pedía champán para todos o conducía un descapotable. A simple vista, no se le notaba la riqueza.

Juno no sabía por qué salía con él. La verdad es que apenas se veían.

Tal vez fuese solo por los mil marcos.

«No pasa nada —le dijo Achyls un día que ella le sacó el tema—. No tienes que quererme. De todas maneras, el amor no existe».

Por eso él lo arreglaba todo con dinero. Si no llevaba aparejada ninguna expectativa, era incluso cómodo. Lo hacía todo más fácil.

«Pero ¿qué harías si te quedaras sin dinero?», le preguntó Juno, y Achyls respondió que era una pregunta superflua. Eso nunca ocurriría. No tenía que pensar en esas cosas.

Entonces Juno terminó con la relación y volvió a atravesar la ciudad de un lado a otro para impartir los cursos de gimnasia. El barrio de Spandau, los jueves; Marienfelde, los viernes, deporte y juegos para mayores de cincuenta años. En la SiemensStadt, *aqua fitness* en la piscina, los martes. En verano, carreras con los jubilados de Siemens en el estadio de la empresa. En sus cursos y a su alrededor todo era normal. La gente caminaba con sus bolsas de la compra y sus chubasqueros. Pelotas de gimnasia. Una panadería con un par de mesas para tomar café en la estación de cercanías de Lichtenrade. Ninguna locura. Siempre los mismos horarios. La gente acudía a los cursos de Juno, con puntualidad y regularidad, eran amables con ella y se alegraban de que les prestase atención.

Normalidad. Algo que Juno deseaba para sí misma.

Impartir aquellos cursos era mucho más normal que recibir mil marcos al mes de Achyls.

Al final toda aquella normalidad de los cursos de gimnasia y todo lo demás no había servido para nada.

Cada vez pensaba más a menudo en su pueblo de las montañas, en el Vils, el riachuelo que burbujeaba en el valle con su color verde profundo. Recordaba cómo de niña nadaba allí en secreto, en verano, y sentía debajo de ella un frío incomprensible, especial, que apenas le acariciaba la punta de los dedos del pie.

Cómo se sentía entonces, sin ser observada ni molestada.

Juno se mudó de nuevo a las montañas.

Trabajó durante tres años en el único gimnasio del pueblo, de recepcionista tras el mostrador; entregaba las llaves de las cabinas del vestuario y servía a los clientes bebidas isotónicas. Le habría gustado dar clases de baile en la sala de gimnasia, pero la mayoría de los clientes quería asistir a cursos para perder peso y estar delgados. Entonces Juno pasó a darles órdenes en un curso intensivo de *crossfit*, donde los obligaba a hacer ejercicios duros y los trataba con aspereza. Sin embargo, resulta que lo que la gente quería era una persona con una alegría de vivir contagiosa que les ofreciera un espectáculo.

Juno tendría que haber fingido serlo, pero no le gustaba ese papel. Entonces descubrió una revista de viajes Merian dedicada a Leipzig, abandonada en la zona de descanso con las tumbonas delante de la sauna. Leipzig, una ciudad que se parecía al río Vils. Verde y con aire de cuento encantado.

Una ciudad en la que nadie la conocía, en la que podría estar sola sin sentirse observada.

Seguro que allí también había Universidad Popular y gimnasios.

Como era de esperar, volvió a nevar. Nieve blanca y alemana. Nieve que era bonita al principio, pero que no cuajaba en las calles.

Que mataba a los insectos descuidados y amantes del verano.

La abeja silvestre había muerto. En algún momento Juno se dio cuenta de que ya no la veía volando, que no escuchaba su zumbido en el balcón cuando pasaba un rato sentada en la habitación de Jupiter.

Jupiter le dijo que llevaba mucho tiempo muerta.

Desde hacía unos diez días.

Las abejas silvestres no viven mucho, unas cuatro semanas. Juno quedó conmocionada, pensaba que la abeja se quedaría más tiempo, tal vez tanto como otros animales de compañía.

Le preguntó a Jupiter si vendría otra y él respondió que primero tendrían que salir las crías de los huevos.

«Pero no se quedarán aquí», dijo Juno.

«No —dijo Jupiter—, no se quedarán aquí. Se buscarán otros hoteles».

También en *Melancolía* se puso a nevar de repente, comenzó un invierno poco antes de la colisión. La banda sonora de la película incluía una versión muy modificada del preludio de Tristán e Isolda, de Richard Wagner; por ejemplo, habían incluido un chelo que no aparecía en el original. Juno sentía que tenía que escuchar ese preludio cuando salía a pasear por las calles.

Se avergonzaba de escuchar a Wagner, pero no podía evitarlo.

A las ocho de la tarde todo estaba iluminado, las luces de neón de la tienda ecológica, el Subway, el Volksbank.

Pasó por delante de un bar con gente en su interior; a través de un gran ventanal se veían jóvenes riendo y gesticulando, resplandecientes. Todavía.

Dentro de sesenta años serían mucho mayores de lo que ella era ahora. Sesenta años, casi nada.

De todas formas, a ella solo le quedaba un cuarto de su estancia en la Tierra.

Era como ese *emoji* de una cara con el contorno de puntitos.

De nuevo había que llevar una carta al buzón. Era urgente; de hecho, Juno llegaba muy tarde. Esa vez la carta era suya, dirigida a la Consejería de Cultura. Contenía las facturas de la pieza musical y ya le habían advertido que no podía retrasarse más. El sobre incluía varios formularios: la estadística de los asistentes, el presupuesto definitivo, la lista de pagos, los costes de personal y material y el informe final.

Al llegar al buzón sacó el sobre del bolsillo; tenía una gran mancha de café. Es posible que los papeles en su interior también se hubieran manchado. Podría haber descargado un nuevo formulario de la página web del ayuntamiento y haberlo impreso otra vez, pero entonces tendría que haberlo rellenado de nuevo. Los números se verían así, de todas formas. Tal vez le escribiría un email a la encargada al día siguiente y se lo explicaría todo.

La luz sobresalía tanto por encima de las calles que nada podía suavizarla, calmarla.

Muchas horas antes, sobre las nueve de la mañana, Jupiter había tenido dolor de muelas.

Juno oyó a través de los cristales de la puerta cómo se dirigía al baño apoyado en el andador rechinante y de nuevo a su cuarto, protestando porque se había acabado el ibuprofeno.

Juno se calzó las zapatillas de deporte y se apresuró a la farmacia. Entre medias le había escrito Benu.

Hey.

Ahora no tengo tiempo.

Ok, sorry. Cuídate.

Sí, no te preocupes.

De nuevo en casa, el dolor de Jupi aumentó de intensidad y el ibuprofeno no lo alivió nada. «Tendría que ir al dentista», dijo Jupi.

Eran sobre las diez de la mañana. Juno había rellenado el formulario del informe final y lo dobló a toda prisa. Lo metió en un sobre que tenía preparado sobre el escritorio y lo dejó allí para después. «Vale», dijo, y se preparó para llamar a la puerta de un par de vecinos.

No le gustaba llamar al timbre de los vecinos.

No era porque en general no quisieran ayudar, sino porque siempre hacían un pequeño gesto de sorpresa después de abrirle y soltar un «hola» animoso.

O Juno notaba esa pequeña desilusión en su mirada después de abrir la puerta contentos, creyendo que se trataba de otra persona.

La silla de ruedas de Jupiter pesaba al menos cincuenta kilos; sin ayuda era imposible bajarla por las escaleras desde el entresuelo a la calle. Hacía falta otra persona, y además había que ayudar a Jupiter a descender como podía por las escaleras. A veces la rodilla derecha no se doblaba y no lograba colocar el pie en el siguiente escalón.

Una de las maravillas de esta historia es que los vecinos de su edificio al menos eran amables y algunos incluso estaban en casa durante el día. Hippolyta, la del primer piso, la ayudó. Bajó ella sola la silla de ruedas hasta la calle. Por la noche limpiaba un edificio de oficinas y tenía mucha fuerza en los brazos. Jupiter luchó con sus piernas rígidas escaleras abajo. En el último peldaño Juno le agarró el tobillo derecho con las dos manos y tiró del pie hasta que la

pierna cedió y descendió el escalón. Después de eso, Jupiter se dejó caer en la silla de ruedas que lo esperaba abajo.

La consulta del dentista se encontraba en un edificio de una calle principal y tenía ascensor. Juno se sentó en la sala de espera mientras atendían a Jupiter y miró por la ventana; era un cuarto piso. El cielo estaba despejado, por la noche se podrían ver las constelaciones. Orión tensando su arco. A Juno le vino a la cabeza la historia de Artemisa, la diosa de los bosques y la caza, quien mató a Orión de un flechazo engañada por Apolo, que le había dicho que apuntara a un punto luminoso que se encontraba en el mar, a lo lejos. Movida por la tristeza, Artemisa lo colocó en el cielo en forma de constelación.

Al volver a casa, Juno tuvo que llamar al timbre de otro vecino, Hagen, en el tercer piso, porque Hippolyta ya se había ido a trabajar.

Todo salió bien, al final Jupiter volvió a su cuarto con una muela empastada y sin dolor.

Y sobre eso no hay nada más que contar. Es todo. Nada que ver con una historia de la mitología griega.

Más tarde Juno tuvo que salir a comprar papel higiénico.

Más tarde se sentó en el escritorio a comenzar la obra de teatro; de hecho, tecleó un par de palabras, algo que sonaba a gente enfadada hablando todos a la vez, un coro de explotados, así se lo imaginaba, en principio daba igual en qué consistía esa explotación.

Más tarde estudió su texto para la pieza musical con Phoebus y Tristan.

Más tarde practicó en su cuarto unos ejercicios de baile cortos, bebió café sentada frente al escritorio, recogió un par de cosas de la

mesa, empujó la taza sin querer y el café salpicó un poco el sobre con las cuentas para la Consejería de Cultura.

Juno lo retiró rápidamente.

Y no hay nada más que contar sobre este día normalísimo en el que el nivel de peligro para Juno y para Alemania en general era igual a cero.

Comparado con los apuros de Benu causados por la reforma monetaria, el problema de la carta era nulo.

Pero el dolor de muelas de Jupi, no. El estrés con la silla de ruedas y las escaleras a la calle, bien mirado, tampoco.

Y tampoco que, de nuevo, algo había vuelto a descarrilar. Que había vertido el café porque antes de eso ya se estaba tambaleando todo.

¿Cómo se puede medir qué historia es menos importante?

Pues había que mirar quién estaba en peligro de muerte y quién no.

¿Y a partir de qué momento exactamente está uno amenazado por la muerte?

Ahora, por la noche, en la calle, no estaba en peligro.

El aguanieve, anaranjado por la luz, repicaba contra el suelo. Por la tarde había llegado un frente frío procedente del oeste, Orión no se veía. Ningún guerrero con arco a la vista.

Sonó el móvil. Era el sonido cascabel de una videollamada.

Una videollamada en la calle, sin wifi, usaba demasiado volumen de datos.

Incluso antes de mirar a la pantalla, gritó justo eso al móvil: que la llamada consumía demasiados datos y que no podía hablar. De todas maneras, no colgó. Apareció la imagen, la cara de Benu se hizo visible por un momento. Después él llevó la cámara por una habitación que Juno no conocía. Una especie de cocina, una estantería en la pared con cacerolas y latas de conserva, una mesa con una placa eléctrica para cocinar y, sobre ella, una cazuela de aluminio. En alguna parte había una cortina hecha con cadenas de cuentas de colores o flecos.

Benu ocupó la imagen. Al principio solo se le veían la frente y los ojos, luego toda la cara hasta que, de repente, un segundo rostro se apretó contra él, un hombre de su edad que también sonreía y miraba a la cámara con curiosidad. Los dos saludaron con la mano y Benu dijo: *«Hi! How are you?»*.

Juno se vio a sí misma en el cuadradito inferior, con expresión confundida. Benu y el otro se rieron, al parecer les parecía gracioso que estuviera confundida.

«Este es Feomi —dijo Benu—. Un amigo».

Benu abrazó a su amigo y le dio un capón. A Feomi no le importó y se volvió a reír.

«Hi», dijo Juno, e intentó saludar con la mano.

Iba caminando por una calle de Leipzig, nevaba y ella tenía una videollamada que consumía muchísimo volumen de datos con dos tipos de Nigeria, y todo esto bajo el Hexágono invernal, que, debido a las circunstancias atmosféricas de Leipzig, nadie veía.

Hablaron sobre el tiempo, Juno levantó el móvil contra la luz de una farola; se veían las sombras de granitos brillantes del aguanieve, grabó a un coche que pasaba y un poco de una casa.

Benu apuntó con la cámara del móvil hacia la ventana, donde Juno reconoció el cielo oscuro.

«¿Veis las estrellas?», preguntó.

Después recordaría haber hecho esa pregunta.

Feomi soltó una carcajada, no estaba acostumbrado a ese tipo de cuestiones.

«Está nublado —dijo Benu—, no hay estrellas».

Lo dijo en un tono tranquilizador, como quien habla con un animal nervioso.

Juno no recordaba qué había respondido ella.

En uno de los documentales sobre los *loverboys* se veía a un joven sentado en el salón de su casa. A su alrededor había algunas personas, madre, tías, hermanos; el joven les había enseñado una foto.

Su *lady* blanca.

La foto pasó por todas las manos.

Los hermanos más jóvenes y sus amigos miraban maravillados; la madre y las tías dijeron algo que Juno no entendió, en el documental no lo tradujeron. La madre abrazó a su hijo y le dio un beso en la mejilla.

Al parecer a nadie le chocaba aquello. En algunas familias estaba bien considerado que un hijo tuviera una *lady* blanca, según mencionaron en el documental. Era como tener un buen trabajo.

Juno se preguntó si aquel documental estaba rodado con rigor periodístico.

Recordó que poco antes Benu había querido presentarle a su madre.

Y ahora a su amigo Feomi, al que le daba capones.

Tal vez ahora mismo ya la estuviera paseando entre todos. Como un trofeo.

No, veía fantasmas. Benu se la había presentado a su amigo y nada más; en realidad, un gesto simpático.

¿Qué era la realidad? El poste del semáforo en el cruce. Sintió el acero frío al tocarlo con la mano; luego le dio unos golpecitos y notó que estaba hueco. La realidad era algo que se podía comprobar.

La realidad el 5 de marzo de 2023 eran tres tatuajes más.

De nuevo hechos por el primer tatuador, el joven estudiante de arte. A Juno le gustaba su estilo, tenía diseños bonitos, animales graciosos y flores serias, y además muchos tipos de letra, palabras o dichos. *Youth*, era uno de ellos.

En el muslo derecho se hizo una estrella y sobre ella con tipografía rebuscada: *Dolce Vita*.

Lo había elegido en el catálogo de tatuajes *flash* que él tenía.

Y de alguna forma, era cierto: tenía una vida dulce.

¿Qué haces?

> Estoy escribiendo en la cama; va a ser una obra de teatro. Es alucinante poder hacer una cosa así, sin más.
> Escribir una obra sobre todo lo que pasa en mi vida y en general.

Es este texto. Lo tenemos delante, ya no es ninguna obra de teatro, y, si se quisiera hacer una basándose en él, habría que

recortarlo mucho.

Juno Isabella Flock escribe siempre por la mañana entre las siete y las ocho, en la cama; poco después se va a bailar, a veces escribe también por la tarde o por la noche.

Un texto sobre tatuajes, sobre el planeta Melancolía, sobre mujeres mayores, estafadores del amor, Nigeria.

Un texto sobre ti, con quien estoy chateando.

¿Y de qué trata el texto?

De mis tatuajes.
Smiley

Nice. Lol!
Smiley riéndose
¿Y con eso puedes rellenar un libro entero?

Bueno, estiro la cosa hacia otros temas, otro día te cuento más.

Esa era la realidad: que Juno todavía no le había dicho la verdad a Benu, con quien chateaba y hablaba por videoconferencia; que no le había dicho aún que el texto trataba de sus conversaciones con él.

La realidad era que seguía mintiéndole.

Lo estaba utilizando, le había dado la vuelta a la relación.

De hecho, debería pagarle una parte a Benu, si es que en algún momento llegaba a ganar algo con él.

El estafador recibiría su dinero. Esta vez por un trabajo justo. Menudo cinismo.

Dos tatuajes más.

Juno acudió a un barrio de las afueras, al sur de la ciudad, y subió a la vivienda del cuarto piso donde se encontraba el estudio de tatuaje. Se saludaron; el tatuador era un joven educado con el pelo corto y muchos tatuajes.

De nuevo se subió a la camilla y de nuevo comenzó el proceso.

Se tatuó una abeja silvestre en el brazo derecho.

Juno había enviado con antelación la foto de una abeja silvestre que había encontrado en internet. Había muchas especies distintas con aspectos diferentes, algunas tenían mucho pelo y otras volaban casi desnudas. Juno eligió una con mucho pelo que en la foto aparecía volando inclinada.

Además, se tatuó en la pantorrilla izquierda la palabra *Truth*.

El tatuador había diseñado la tipografía especialmente para Juno: letras curvas formadas por puntitos independientes.

Juno sintió la aguja que le inyectaba el atrevimiento.

Y el amor. Y la verdad. Y la amabilidad de la abeja.

Era un dolor leve; solo concentración y artesanía. El zumbido de la máquina tatuadora. A veces hablaban un poco mientras el chico trabajaba.

Hablaban sobre música que les gustaba o sobre dinero. De si podían vivir dedicándose a lo suyo.

Más o menos, sí.

No tenían grandes necesidades.

—¿Y por qué una abeja silvestre? —preguntó el tatuador.

—Hace poco tuvimos una en casa como invitada —dijo Juno.

Y añadió que fue bonito hacerle su corta vida un poco más agradable.

Las abejas silvestres, al contrario que las de colmena, no producían nada, solo vivían para poner sus huevos en algún agujero y almacenar alimentos para las larvas.

—Eso es todo —dijo Juno en la camilla—, y luego se mueren.

Y, de alguna manera, aquello la conmovía. Un ejemplo extremo de frugalidad.

—Pero de todas formas son necesarias para la naturaleza —dijo el tatuador.

—Claro. Polinizan las plantas. Las abejas de miel, en cambio, son una especie de variante de lujo; la miel es algo que, en su caso, es un excedente en su vida. Un extra.

—Del que nosotros nos apropiamos, por supuesto —dijo el tatuador.

Una hora más tarde, la abeja silvestre volaba y volaba.

Juno se miró en el espejo. Miró el brazo en el que ahora vivía la abeja.

Y luego la pierna. Sus piernas medían más de un metro. Y ahora una de ellas estaba decorada con una señal. *Truth*.

Una señal de que era cierto. Ella, Juno, existía.

En el estudio de *ballet*, cuando Juno se acercó a la barra, Ursi y las demás evitaron mirar los tatuajes. Al menos eso fue lo que creyó Juno, porque las notó más calladas que de costumbre.

Pero tal vez no fuera cierto.

Llevaba un *maillot* sin mangas y unas mallas que dejaban las pantorrillas al aire. Cuando había llegado a clase con los primeros

tatuajes, tal vez las otras pensaron que seguramente aquellos dos serían los únicos. Pero ahora eran muchos.

Más tarde, en una clase particular con Nais —quería perfeccionar sus piqués en punta porque no impulsaba la pierna de apoyo con la rapidez suficiente y, en lugar de cargar el peso hacia el *passé*, se inclinaba siempre en dirección contraria—, Juno mencionó los nuevos tatuajes.

«Para la actuación los voy a tapar con maquillaje», le dijo a Nais. La escuela de *ballet* planeaba su fiesta de verano, la primera después de la pausa de tres años por la pandemia.

Iban a participar todas las del grupo. A nadie le importaba que tuvieran más de cincuenta.

La clase todavía no había empezado; Juno estaba agachada atándose los lazos de sus zapatillas de *ballet*.

Pero Nais dijo que no, que por qué. Y que los tatuajes se veían bien. «Después de los cincuenta puedes hacer lo que te dé la gana —añadió la profesora—. Da igual lo que piensen los demás».

Juno nunca lo había visto así. Estiró los gemelos, luego hizo zancadas y comprobó que todavía llegaba hasta el suelo. Si miraba su cuerpo en el espejo, veía que no había cambiado mucho.

Se decía que el *ballet* te mantiene joven, porque hay que elevar el cuerpo permanentemente, en dirección a la cara; que, debido a esa postura, siempre mantiene cierta tensión. No había nada en la cara que pudiera caerse, descolgarse, porque todo estaba bien atado.

Luego Nais le contó que la hija de una bailarina se cortaba en los brazos todos los días desde hacía tres años.

«Para eso, mejor los tatuajes», dijo Nais.

Juno se preguntó si los tatuajes tenían para ella una función similar, si eran un sustituto de otra cosa.

Se colocó frente a la barra, dobló los pies con el empeine hacia adelante, se elevó y equilibró el peso de su cuerpo sobre ellos con familiaridad.

Era como convertirse en un álamo mecido por el viento. Una sensación demasiado adictiva.

Se sonrieron y empezó la clase.

Los tatuajes se curvaban sobre los músculos.

Juno tensó el cuerpo y echó a volar.

En la fiesta de verano iban a bailar el *Pas de Quatre* de Jules Perrot. Una pieza famosa de 1854 compuesta para las que entonces se consideraban las cuatro bailarinas más famosas de Occidente: Marie Taglioni, Carlotta Grisi, Lucile Grahn y Fanny Cerrito.

En aquella época eran superestrellas. Aquella premier fue la primera vez que se encontraban y actuaban las cuatro juntas. Fueron la sensación.

Juno iba a bailar en la posición de Marie Taglioni.

La pieza no tenía argumento, solo una situación: cuatro mujeres bailaban juntas. Formas geométricas, cuadrados, círculos, diagonales.

Planetas que se encuentran, que casi colisionan.

Cuatro amigas que juegan, que cazan en un prado, que corretean por un planeta.

Cuatro almas. Cuatro almas todavía vivas.

Juno había leído mucho sobre *ballet* cuando todavía iba a la escuela. Entonces no había internet y tenía que ir a la librería y pedir que le enseñaran los catálogos. *Historia de la danza*, de la editorial Reclam. *La historia del ballet. La danza escénica desde sus inicios hasta el presente*. Durante un tiempo, aquello irritaba a sus padres, porque incluso durante la cena no sacaba la cabeza de los libros y de vez en cuando leía pasajes en voz alta.

También asistía a clases. En la capital de la comarca había una escuela de *ballet*, y entonces se decía que para ser actriz hacía falta saber *ballet*. Y eso que en aquella época ya había abandonado esos planes. ¿O tal vez no del todo? La profesora estaba entusiasmada con Juno: unas piernas tan largas, unos pies tan bonitos y fuertes, tanta musicalidad, ¡había nacido para ser bailarina!

«Solo lo parece», dijo Juno.

Más tarde, la profesora también percibió que algo no funcionaba bien. Cuando Juno tenía que mantener las manos a la altura del ombligo, las colocaba demasiado altas, delante del pecho. No era capaz de calcular distancias ni espacios, en los ejercicios en medio de la sala siempre tenía la sensación de que las demás se iban a chocar con ella. Sus trayectorias en las coreografías le salían torcidas y raras, no era capaz de seguir las diagonales. Tal vez tenía algún problema con la vista. Solo bailaba bien cuando estaba sola en el estudio. En algún momento dejó las clases.

«Qué pena —dijo la profesora—. Pero tal vez puedas pasarte a las variedades, toma un curso de acrobacia».

«Mejor que no», respondió Juno.

Ahora había vuelto a practicar a diario. Había aprendido a seguir las diagonales y a calcular mejor las distancias con las demás. Tal vez fuera una cuestión de edad. Y que a Juno en realidad le daba igual si mantenía las diagonales o no.

Ensayaban al menos dos veces por semana, también sábados y domingos, y a menudo terminaban muy tarde.

A veces Juno observaba a sus compañeras cuando se detenían en un descanso y escuchaban sin aliento las correcciones de Nais. Buscaba algo en sus rostros, pero no sabía qué era lo que buscaba.

Un par de arrugas o ese pequeño bulto bajo la comisura de los labios, donde la piel había perdido elasticidad y había empezado a descolgarse. Pero lo que de verdad buscaba era otra cosa.

En Instagram había visto *reels* en los que chicas jóvenes mostraban cómo se eliminaban esos bultos con gimnasia facial.

Pero ellas, las chicas de su grupo de baile, no tenían aquellos bultos.

Su piel se extendía tan tersa sobre los huesos de la cara que era imposible que nada se descolgara.

Probablemente buscaba un punto de la cara que revelara lo permeable que eran para todo lo que tendría que venir.

Y para aquello que ya había ocurrido.

Una membrana a través de la que brillase algo.

Le envió a Benu una foto de sus zapatillas de baile, sin su pie dentro.

Son muy bonitos, pero muy pequeños.

Y eso que tengo una talla grande.

Emoji del grito de Edvard Munch
¿Duele bailar con ellos?

No si tienes los zapatos adecuados y buena técnica.
Es como una droga. Después de los primeros pasos, me da un subidón.

Al principio se había sentido incómoda hablando de *ballet* con Benu. En cuanto a colonialismo, el *ballet* no tenía rival en todo el mundo: era más colonial que la mayor potencia colonial jamás vista, estaba en todas partes, como los pájaros y los mosquitos.

Era superblanco. Y Juno lo sabía todo sobre el *ballet*.

Rebosaba de estereotipos racistas *(El Cascanueces, El Corsario, La Bayadère, Don Quijote)*.

Hasta los años dos mil, en todos los grandes teatros se interpretaban aquellas piezas en las que aparecían artistas con *blackface (El Corsario, La Bayadère, Don Quijote)* y en el caso del Bolshoi de Moscú incluso en el año 2019 *(El Cascanueces)*.

Es verdad que en algunas obras había figuras de mujeres fuertes. A veces eran críticas radicales a la sociedad de clases, otras iban en contra de los nobles *(Giselle, Romeo y Julieta)*.

El mundo europeo de la danza de los siglos xviii y xix no era precisamente burgués, en realidad era un poco como el circo: lleno de gente nómada, de vida anárquica, que de ninguna manera quería vivir como la burguesía.

Pero eso no disculpaba el racismo de las obras.

También se podía criticar desde otro punto de vista: el ideal de belleza femenino y la imagen masculina estereotipada, con sus

caballeros, príncipes, saltos poderosos y músculos.

Pero el baile suponía abandonar la atmósfera terrestre; simplemente era así, Juno no podía evitarlo. A veces, tenía la sensación de que solo en la sala de baile existía de verdad.

Como si quisiera disculparse por lo blanco del *ballet*, le contó a Benu muchas cosas sobre él.

> En realidad, me gusta solo el baile, la técnica. Las obras no me interesan tanto. Bueno,
> menos *Giselle, El lago de los cisnes* y *Romeo y Julieta*.
> Por sus finales despiadados.

Benu había oído hablar del *Lago de los cisnes*, también de *Romeo y Julieta*, pero *Giselle* no la conocía.

> Trata de una joven engañada por un tipo, es una especie de cuento oscuro. Él es un noble poderoso que le promete casarse con ella,
> pero hace tiempo que está prometido con una condesa. Para él había sido solo un juego.
> Cuando Giselle se da cuenta, baila sin parar
> durante toda la fiesta y muere. Con el corazón roto, como se suele decir. Después, el noble
> tiene mala conciencia, quiere visitar su tumba y se pierde en el bosque. Allí se encuentra a
> las Willis, una especie de espíritus de mujeres que han muerto de mal de amores. Él debe
> bailar con ellas hasta morir, pero Giselle también se encuentra entre las Willis.
> Lo perdona y lo protege con un conjuro.
> Al amanecer, puede marcharse.

Uy, qué historia tan triste. *Smiley triste con lágrimas*

> Bueno, en estas historias alguien tiene que morir siempre.

Si no, la gente no se emociona de verdad.

El príncipe se arriesgó mucho al perderse en el bosque por la noche.

Pero ya era un poco tarde para ser valiente.

Benu le mandó un *emoji* de esos de corazones.
El corazón rojo partido por la mitad.

Ocho

Ensayar, bailar, ensayar.

Juno tenía que preparar las próximas actuaciones. Se acercaba la estancia en Múnich en un teatro que les había conseguido una beca para artistas invitados. Ganaban dinero con cada función; podría ser más, pero estaba bien. Incluso tenían presupuesto para el desplazamiento. Iban los tres, con los instrumentos y el vestuario. Necesitaban un coche y alguien que lo condujera, porque ninguno tenía carné de conducir.

¿Cuándo haría la compra para dejarle a Jupiter la despensa llena?

Tenía que escribir varios correos, comprobar las cuentas, y la siguiente producción estaba a la vuelta de la esquina: un paseo sonoro por el bosquecillo de la orilla del río, en Leipzig, de nuevo con Tristan y Phoebus, en septiembre. Juno había escrito un texto sobre una moderna Artemisa que vivía en un bosque distópico y Phoebus lo había convertido en una preciosa producción sonora. La Consejería de Cultura les había concedido una ayuda para el proyecto, pero de nuevo una negativa del Fondo de Cultura del Estado de Sajonia. Tendrían que hacerlo con la mitad del presupuesto planeado.

Juno repitió los cálculos, hizo un nuevo plan de negocio, movió cantidades aquí y allá. La marca Sennheiser les prometió donarles dos auriculares, con lo que se ahorraban parte de los costes de

material. Para su próxima obra iban a necesitar un gestor de proyecto, porque el trabajo administrativo cada vez era mayor.

A Juno le dolía la cabeza. Por la noche se tiró al suelo delante del portátil y abrió Instagram. Apareció Madonna con las cejas teñidas de rubio y una barbilla picuda en la entrega de los premios Grammy. Bueno, ¿y qué? ¿Cuál era el problema?

En las redes sociales se armó un escándalo.

El rostro de Madonna en las fotos tenía forma de corazón y era completamente liso, las mejillas altas y redondeadas; no se veía ni una arruga. Incluso en los programas del corazón de alguna cadena de televisión informaron sobre ello. De vez en cuando Juno los veía en la mediateca por las noches, mientras hacía estiramientos. Necesitaba algo que no requiriese mucha concentración, pero que tuviera algún tipo de hilo conductor.

En todas partes decían que aquella cara en forma de corazón era un engaño.

Aquella cara no encajaba con la realidad.

Es lo que comentaban en Facebook sobre todo mujeres de cuarenta y tantos.

Juno volvió a calcular los números del plan de gastos y financiación; funcionaba con muy poco dinero. ¿Qué la mantenía a ella en funcionamiento? La energía.

La energía extra genera explosiones, terremotos e incendios.

Era febrero del 23, un mes con cifras.

Un mes en el que la guerra de Ucrania ya llevaba un año.

Un mes en el que había elecciones en Nigeria. Juno no sabía nada sobre el sistema electoral del país, ni sobre el sistema político en general.

Pasó por el cuarto de Jupiter, como siempre; le llevó minipizzas. Al día siguiente, salchichas de pollo cubiertas de hojaldre; los domingos, barquitos de espinacas de la estantería de comida preparada del Konsum. Después de eso, la cuenta se quedó de nuevo vacía.

A Juno le daba igual el aspecto de Madonna.

En las elecciones de Nigeria se habían registrado masivamente electores que votaban por primera vez, según leyó en el periódico *Die Zeit* online. Había noventa millones de personas con derecho al voto, casi la mitad de ellos menores de treinta y cinco.

Se esperaba que los jóvenes nigerianos quisieran cambiar las cosas en su país. La tasa de inflación estaba en el veintidós por ciento y alrededor de la mitad de la población vivía bajo el umbral de la pobreza, a pesar de que Nigeria era la economía más fuerte del continente africano.

Así estaban las cosas en febrero del 23.

Qué pequeñas eran sus crisis, en comparación con eso. Se encontraba a mitad de camino entre el estudio de baile y su casa, un trayecto de menos de dos kilómetros. Y, sin embargo, medio mundo. El complejo con los pisos nuevos, el puente Karlbrücke sobre el Elster Blanco; desde allí se podían ver muy bien las estrellas. Pero hoy no, el cielo estaba cubierto.

Un zorro cruzó la calle, y después dos mapaches; eso fue todo.

El barrio era lo bastante grande para contener todo eso. Las constelaciones. El insomnio. Las injusticias del mundo. El planeta

Júpiter y la furiosa tormenta que se cernía sobre él, con la Gran Mancha Roja que se veía en todas las imágenes de los satélites.

Después de tomar la calle principal, llegó al banco redondo de madera construido alrededor del plátano, el árbol que había delante del súper. Un chico y una chica jóvenes estaban sentados en cuclillas en el asiento, bajo el pequeño tejado de hojas, medio tumbados; la chica tenía las rodillas contra el pecho. A su lado, una bolsa de la compra de esas grandes de plástico reciclado.

Al acercarse, Juno vio que la mujer tiritaba. El chico le pasó un cigarrillo. Era difícil calcular qué edad tenían; parecían consumidos, pero llevaban ropa limpia y moderna.

Juno pasó a su lado. La mujer la miró de arriba abajo, pero no dijo nada.

Apenas había dado un paso cuando los oyó hablar en voz baja. Se giró y vio que la seguían con pasos apresurados. Siguió caminando sin alterar el ritmo. No tenía ganas de huir, y mucho menos de gente tan joven.

Se encontraron caminando los tres a la misma altura.

Juno les lanzó una mirada irritada.

No pareció molestarles.

La mujer llevaba la bolsa al hombro y esta rozaba contra el anorak, haciendo frus-frus.

—¿Tendría algo de dinero para nosotros? —preguntó por fin la chica, en inglés con acento español.

Juno los observó con mayor atención. Eran atractivos, no les faltaba ningún diente; no parecían las típicas personas sin hogar.

—Lo siento —dijo Juno.

«Para vosotros, no», pensó. De todas formas, no tenía mucho dinero en el monedero.

Pasaron por la caja de ahorros donde tenía su cuenta. El pequeño vestíbulo con los cajeros brillaba con un resplandor amarillo chillón. «¿Y si saco veinte euros del cajero y se los doy a estos dos? —pensó Juno—. O mejor, cincuenta».

Por un momento sintió ganas de tener con ellos un gesto espléndido y exagerado, que seguramente los avergonzaría de alguna forma. Los dos permanecían a su lado, pero sin incomodarla. Más bien como dos pequeñas lunas que la acompañaban en su órbita alrededor del sol.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó en algún momento.

—Pirwa —dijo la mujer.

—Cielo —dijo el joven.

—Qué nombres más bonitos —dijo Juno, y Pirwa le explicó que su nombre provenía de la cultura inca. Aunque era española, su madre les había puesto a todos sus hijos nombres de divinidades incas. Juno dijo que era una idea maravillosa, pero a Pirwa parecía darle igual, se mantuvo inexpresiva.

«¿Y ahora qué, Pirwa? —pensó Juno para sí—. Tomas drogas y viajas por Europa. A largo plazo esto no va a terminar bien. Si tienes mala suerte, dentro de dos o tres años serás una piltrafa sin dientes. O incluso puede que ya estés muerta, Pirwa. Y toda esa belleza para nada. Aunque también puede ser que esto se quede como una mera fase aventurera y dentro de dos años hayas regresado a tu vida segura y estilosa en algún lugar del mundo, y más adelante recuerdes con un escalofrío agradable esta época, que te parecerá tan loca».

Lo que tal vez fuese incluso peor.

Juno jugó un poco con este pensamiento, disfrutándolo, como si fuera algo físico, una pelota ligera que rodaba con suavidad dentro de su cabeza de un lado a otro. El rótulo de neón de un bar los alumbró desde lejos. Juno pasaba a menudo por allí; en verano la gente se sentaba en las mesitas de madera en la terraza, pero hacía demasiado frío todavía. Abrió la puerta. Nunca había estado en el interior.

—Venga, entremos —dijo.

Era una idea igual de exagerada que la de sacar los cincuenta euros en la caja de ahorros, pero más realista. No esperó a la reacción de Pirwa y Cielo. El aire olía a humo, el bar no era muy grande. Estaba a tope, las sillas y bancos ocupados, las mesitas llenas de vasos y botellas. Sonaba la música muy alta y tras la barra había un joven inexpresivo con media melena. Quedaban dos taburetes libres. Pirwa y Cielo se sentaron, Juno se apoyó en la barra y pidió tres cervezas. No le hacía falta darse la vuelta para saber que los estaban mirando. Nada más entrar, todas las cabezas se habían vuelto hacia ellos. Una mujer no tan joven con dos jovencitos. Seguramente todos pensaban que era su madre. Le resbalaba. «Pensad lo que queráis». Juno se bebió la mitad de su botella bastante rápido y notó cómo se le subía a la cabeza esa ligereza extraña del alcohol, que en realidad era una pesadez aceitosa.

Hablaron un poco de la madre de Pirwa. A Juno le interesaba saber por qué les había puesto a sus hijos nombres de la mitología incaica. La chica le contó que su madre tenía una gran peluquería en Barcelona y que había criado sola a sus hijos después de que su

padre desapareciera sin dar explicaciones. Pero ahora estaba vieja y enferma, y había vendido la peluquería.

Se había hecho rica con la venta, según contaba Pirwa, y se había comprado un chalet con piscina.

—¿Cuántos años tiene tu madre? —preguntó Juno.

—Sesenta y dos.

Juno se sobresaltó. Había creído que con vieja se refería por lo menos a setenta.

Pirwa no dejaba de mirarla y Juno no fue capaz de reconocer si había tomado drogas; no tenía experiencia con esas cosas. Su mirada parecía clara. Al parecer, los jóvenes no veían nada inusual en estar en un bar con una mujer cercana en edad a la madre de Pirwa.

De repente, el camarero colocó sobre la barra tres vasos de chupitos llenos hasta arriba.

—Slivovitz —dijo—. Invita la casa; esta semana cumplimos diez años.

Pirwa y Cielo se pusieron muy contentos y brindaron con el camarero.

Juno dudó un momento. El chupito de licor le iba a sentar mal. Lo que le había contado a Benu sobre el alcohol era cierto.

«A la mierda». Eso lo dijo en voz alta. El camarero sonrió. Juno se bebió el vaso de un trago, como habían hecho los otros, y sintió un calor ardiente que le bajaba hasta el estómago.

—¿Vives sola? —le preguntó Cielo de repente.

Juno pensó que había entendido mal; aquella era una pregunta que asociaba automáticamente a los estafadores del amor.

—No —dijo al cabo de un momento—. Vivo con Jupiter, el gran Jupiter.

Pirwa y Cielo se miraron divertidos. Juno se dio cuenta de que ya estaba borracha. No había comido nada desde el mediodía.

Menos mal que Benu no podía verla. Sonrió un poco para sí misma.

—¿Sabíais que Júpiter, con su fuerza de gravedad, protege a la Tierra de los choques con asteroides? —les dijo—. Si Júpiter no existiera, es probable que nosotros tampoco. Porque habrían caído multitud de meteoritos y la humanidad ni siquiera habría llegado a existir nunca.

Pirwa y Cielo la miraron asombrados, pero no hicieron ningún comentario.

El camarero colocó sobre la barra otros tres chupitos del licor de guindas. Juno levantó el vaso.

—Brindemos por Júpiter —dijo.

—¡*Cheers*, Júpiter! —exclamaron Pirwa y Cielo, y los tres se rieron y se los bebieron de un trago. De nuevo, los dos parecían divertirse. Seguramente la tomaban por una vieja extravagante.

«¿Y si fuera cierto?», pensó Juno.

De repente, Cielo la tomó de la mano. Fue un movimiento tan rápido que Juno no pudo retirarla a tiempo. La piel de Cielo era áspera. Le sonrió o, más bien, la miró con picardía.

—¿Podríamos dormir esta noche en tu casa?

Sonó más a propuesta que a pregunta.

Cielo le sujetaba la mano con firmeza, casi por la muñeca. Juno estaba demasiado borracha como para que le pareciera raro.

O tal vez el gesto le había pillado por sorpresa.

—Eso no es una buena idea —dijo—. Jupiter está muy enfermo. El gran y viejo Jupiter. ¡Que le haya tocado precisamente a él ponerse enfermo! Esperemos que su campo gravitatorio no colapse. Si no, empezarán a caer los asteroides. Además… —Juno se esforzó por no parecer demasiado borracha y hablar con claridad—. Además, no tenemos sitio.

Cielo le había soltado la mano y Juno rebuscó todo el dinero que tenía para pagar las cervezas y dejar propina, y lo puso sobre la barra.

—Por cierto, solo hay una persona a la que quiero —le dijo a Cielo —. Y él es el único que me puede tomar de la mano.

Tuvo que esforzarse para no balbucear.

—Era broma —dijo Cielo.

—Ya lo sé —respondió Juno.

Una vez en la calle, les mostró la parada del autobús para Connewitz; allí encontrarían gente joven con los que podían pasar la noche.

—Preguntadle a alguien de vuestra edad —dijo Juno—. Seguro que funciona.

Seguía teniendo que concentrarse para no parecer borracha. No tambalearse, no sonreír en exceso. Era agotador. Se despidió de ellos con la mano y Pirwa y Cielo le devolvieron el saludo desde la parada. De camino a casa se dio cuenta de lo mareada que estaba. ¡Mi pobre cuerpo! De repente deseó que los dos jóvenes la hubieran acompañado a casa. No hasta el piso, solo hasta el portal. Podrían haberla sujetado, borracha como iba.

Tener, por una vez, gente a su lado que se preocupara por ella. Un par de minutos nada más. «La verdad es que sería bonito», pensó.

Jupiter ya estaba acostado, pero aún no se había quedado dormido y se volvió hacia ella somnoliento.

Juno se sentó en el borde de la cama y le acarició la cabeza.

Se sentía algo más despejada y se alegraba de ello.

«¿Qué hay?», dijo Juno. Y él dijo también «¿Qué hay?». Le preguntó qué tal le había ido en el ensayo.

Juno le contó que había estado bien. No se atrevió a decirle la verdad y se sintió mal por ello. Añadió que había estado con la gente del grupo un rato en un bar.

—He bebido chupitos.

Al menos una parte de la verdad.

Jupiter se rio.

—Tú y los chupitos.

—En el bar había música en directo —dijo Juno, y añadió que había estado bailando sin darse cuenta de la hora.

—Qué bien —dijo Jupiter. Una sonrisa pasó por su rostro, tal vez un poco melancólica.

—¿Te acuerdas aquella vez que fuimos juntos a un club? —le preguntó, y Jupiter se rio de nuevo.

Juno acababa de mudarse a Leipzig, todavía no hacía mucho tiempo que se conocían. A Jupiter todavía no le habían diagnosticado la enfermedad.

Juno echaba de menos salir a bailar como antes. Durante una temporada, pasaba noches enteras bailando en las discotecas, sin interrupción. Jupiter no bailaba bien y tampoco le gustaba, pero había ido con ella a ese club para darle el gusto, sin protestar.

Cuando llegaron, resultó que el local estaba medio abandonado y se encontraron allí casi los dos solos. Pasaron la noche entera en la

pista de baile.

Juno había contemplado conmovida los movimientos torpes de Jupiter; entonces ya cojeaba.

Una y otra vez perdía el ritmo y lo recuperaba; Juno veía que le costaba mucho y al principio estaba tenso, pero en algún momento se soltó en él algún resorte. Cerró los ojos, dejó que los brazos se bambolearan y se meció bajo las luces rojas y blancas de un lado a otro.

Jupiter bailó y bailó, y el ojo de su tormenta planetaria, la Gran Mancha Roja, recorrió toda la pista.

Juno, la sonda que volaba a su alrededor, lo registró todo.

Se abrazaron mucho tiempo. Se apretaron fuerte; no estaba claro quién sujetaba a quién.

Luego Juno se fue a su cuarto y encendió la lamparita.

Madonna seguía por todas partes. Un cirujano plástico de los Estados Unidos subió un vídeo a YouTube con su cara. Había marcado con trazos verdes los lugares donde, según él, se había operado: el cuello, los pómulos, la frente, los párpados, los labios.

Con el estiramiento facial, la piel flácida de la cara se llevaba hacia arriba en diagonal, se recortaba lo que sobraba, y después se cosía en las sienes y debajo de la oreja. El experto suponía que la cantante se había hecho su primer *facelift* a los treinta años. Siguieron más fotos con marcas: Madonna antes y después.

Al pie de la foto aparecía una lista de todas las supuestas intervenciones, incluidos los rellenos de ácido hialurónico, junto a los precios respectivos.

Después apareció la suma total. Aproximadamente tres cuartos de millón de dólares.

Juno hizo el plan financiero de la siguiente *performance*.

Sacó minipizzas para Jupi de la bolsa de la compra.

Uno de sus amigos de Facebook publicó una foto de Madonna en los Grammys, Madonna con su rostro juvenil en forma de corazón.

El amigo escribió que le gustaba Madonna así y Juno apretó el botón del corazón. Algunas mujeres comentaron que las mujeres deberían saber envejecer con dignidad. Sus fotos de perfil mostraban que eran demasiado jóvenes.

Juno escribió un comentario largo e indignado sobre la palabra dignidad, pero no lo publicó.

Le enseñó otra vez a Benu los tatuajes nuevos por videollamada, sosteniendo su brazo con la abeja silvestre frente a la cámara.

«Guau —dijo Benu—. Qué bonita. Ahora tienes más tatuajes que yo».

Casi siempre hablaban así, un tipo de *small talk* que adquiría una especie de profundidad por todo lo que no decían. ¿Y qué podría decir Juno? Como blanca y europea, después de haber visto los documentales sobre las mujeres de vacaciones en Kenia o Ghana, no había mucho que decir. Además, ahora que sabía tanto sobre los estafadores del amor, ¿qué podía contar sin traicionarse? ¿Sin revelar sin querer algo de su vida verdadera? No quedaban muchas opciones.

Todas las cosas de este mundo estaban basadas en sistemas de explotación; nada se hacía por las buenas, sin algún tipo de compensación, sin un motivo que al final generase dinero.

El dinero era, junto al fuego, el trueno y el terremoto, la cuarta fuerza de la naturaleza que surgía como producto de un exceso de energía. O más bien el ansia de dinero, la necesidad.

Juno había pensado alguna vez tatuarse la palabra *money* en una pierna.

¿Cómo de lejos había llegado y cómo lograría salir de nuevo de aquella historia para regresar a la normalidad?

Ja, ja, ja. ¿Qué normalidad, Juno, por favor?

Benu aún no había intentado pedirle dinero. ¿Lo haría? ¿Cuál sería el siguiente capítulo de esta historia?

A continuación, llegaron dos frases extrañas.

Eran pasadas las once. En casa de Benu habían vuelto a quedarse sin luz, la llama de la vela oscilaba. Benu le contó que tenía que ir a Port Harcourt. Le había salido un trabajo, algo en el aeropuerto, guardia de seguridad, y para aceptarlo tenía que mudarse.

—¿Y te gustaría, te gustaría mudarte?

Benu fumaba, como siempre. El humo lo ocultaba, difuminaba la luz de la vela.

—No —dijo—. Allí es todo mucho peor que aquí.

Se refería a la ciudad.

Port Harcourt era un lugar desolado y peligroso, había muchos tiroteos.

Luego añadió que Nigeria era un país horrible.

No la miraba a ella, su mirada recorría la habitación y se quedó fija en algún punto.

—El país no hace nada por su gente —dijo Benu. Y Juno se quedó de nuevo sin saber qué responder.

Que había que involucrarse políticamente.

Que había que comenzar una revolución.

Que había que hacer algo.

No dijo nada de eso, porque seguramente, salido de su boca, una boca en Alemania, no era más que palabrería barata.

Juno dijo que lo sentía.

—Gracias —dijo Benu—. *This means a lot to me*.

Luego añadió algo más.

Pareces tan buena.

No puedes ser mala en absoluto.

Eso dijo.

Nueve

Juno volvió a las montañas.

De nuevo a la casa de su madre, a su antigua habitación donde ahora se encontraba el sofá que solía estar en el salón. Se abría y se convertía en una cama bastante cómoda.

En Leipzig la nieve se había derretido hacía mucho, pero allí todavía lo cubría todo. El cielo gris colgaba pesado sobre las montañas, de las que solo se veían las faldas. Los bosques oscuros relucían.

Si el cielo nocturno hubiera estado despejado, se habría visto la constelación del León directamente sobre el pueblo, con su estrella más brillante, Regulus.

Desde Europa central, el León se ve como un rectángulo situado en horizontal. De su lado derecho sale una especie de cuello en el que cuelga una cabeza bastante pequeña. Con bastante empeño, uno se puede imaginar la figura de un león agazapado.

Juno veía un cisne o un braquiosaurio tumbado. Según había comprobado en *Timeanddate*, en Nigeria el León se veía cabeza abajo en esas fechas. Allí todavía sería más difícil imaginar la figura como un león.

De todas formas, la constelación se llamaba el León en todo el mundo.

Juno salía a pasear todos los días con el perro de una antigua conocida. Ella tenía que trabajar durante el día y se alegraba de que Juno lo sacara. Era una mezcla de pastor alemán y se llamaba *Ninto*.

A Juno le gustaba llamarlo por su nombre, pronunciar esa segunda «N» que podía dejar un momento parada delante en la lengua, con una sensación como estar montada en un columpio. Además, la palabra terminaba con esa «O» oscura, como su propio nombre.

A *Ninto* también parecía gustarle que ella lo llamara, llegaba corriendo al instante; pero Juno no lo hacía a menudo, prefería dejarlo cazar por los anchos descampados cubiertos de nieve, en mitad del pueblo, entre las laderas de las montañas.

A veces escribía a Benu y le mandaba un par de fotos.

¡Anda, cuánta nieve!

Me estoy hundiendo en nieve.

¿Es tuyo el perro?

No, de una conocida.
Le flipa la nieve, se revuelca en ella.
Podría quedarme mirándolo todo el día. Yo también quiero un perro así.
Yo también quiero ser un perro así.

Juno llevaba mucho tiempo pensando en adoptar un perro de la protectora. Antes no le gustaban, sobre todo los grandes; siempre le habían parecido pesados. Sin embargo, los perros eran tiernos y cuidadosos, como nubes grandes y espesas. Últimamente se fijaba en ellos.

¡Un perro, nunca jamás!
Smiley riéndose
Aquí nadie los quiere, a veces muerden.

En Alemania los adoran, sobre todo a los pequeños. Los meten en el bolso, los llevan al trabajo. Aquí en las montañas hay perros que te salvan en la nieve, todo el mundo necesita un perro así, un perro de rescate.

¿Y de qué te tienen que rescatar?

De todo.

Mientras no sea de mí.
GIF*: perro grande que empuja con el hocico con ternura a un periquito que está posado en el suelo.*

GIF: *Bull Terrier blanco que enseña tanto los dientes que parece una sonrisa sarcástica.*

Una de aquellas noches, bajo las luces del refugio arriba en la cima, bajo retazos del ruido de la televisión en la habitación de al lado, llegó volando de nuevo una solicitud.

Un perfil desconocido de Instagram.

Hacía mucho que Juno no abría solicitudes, aunque a veces caían en sus mensajes directos como la lluvia de las Perseidas.

Las conversaciones con Benu ya provocaban suficiente caos en las estrellas, pero aquí, a los pies del Neuner, todo estaba más o menos tranquilo.

La estación no había terminado de definirse.

Medio invierno, medio primavera: era un empate. Como si la claridad fuera a imponerse en cualquier momento, o los días fueran a permanecer un rato más en la larga oscuridad. Juno echó un

vistazo a la foto, que de todas formas era falsa, y olvidó enseguida el aspecto del hombre.

Alguien con gafas de sol apoyadas en lo alto de la frente.

Ni siquiera leyó el nombre del perfil, todos los nombres eran iguales.

Titanes bronceados de pelo canoso.

¿Era ese el gusto que le suponían los estafadores?

A Juno nunca le hubiera parecido atractivo un hombre de ese tipo.

¿Estás casada?

No, ahora estoy en las montañas con mis dos amantes, en una especie de campamento de meditación.

¿Qué quieres decir con que te mande una foto nuestra?

Ah, comprendo.

Quería una foto de los tres teniendo sexo.

En nuestro campamento queremos aprender cómo tener sexo solo con nuestras almas.
Tenemos un maestro que nos lo enseña.
Tomamos un montón de drogas y dormimos en un iglú, que es una casa hecha de nieve.

Resultó que al final no era un estafador del amor. Se lo había creído todo y dijo que le gustaría participar online.

Incluso estaba dispuesto a pagar, ¿tenía Juno PayPal?

Le mandó una fotopolla.

Blanca, por cierto.

A la mañana siguiente dio un paseo con *Ninto* por un pequeño desvío a través del pueblo. Cuando estaba en Leipzig, Juno decía siempre que era de pueblo, pero no era del todo cierto. No era una localidad tan pequeña. Había un pabellón para patinar sobre hielo, una piscina cubierta, hoteles, una fábrica de instrumentos mecánicos de precisión y un par de granjas.

Pasaron por la estación; cada hora salía un tren hacia la ciudad capital de la comarca y otro hacia el Tirol, en sentido contrario. La pequeña sala de espera estaba cerrada desde hacía tiempo. Allí había esperado Juno a diario el tren a la ciudad para ir a la escuela de *ballet*. A partir de cierto punto, fumando, como todos, en aquella desolada sala gris.

Ninto y ella pasaron por delante de la guardería donde había interpretado al abeto torcido. El amplio jardín en el que tiempo atrás había un pequeño carrusel y una piscina infantil rectangular, con un par de columpios, todavía existía. Pero los habían sustituido por una construcción de madera para trepar y una pista de baloncesto. No se veía a ningún niño.

En la fiesta de despedida de su grupo de la guardería, antes de que pasaran a la escuela primaria, hubo otra representación, un cuento sobre flores, pero a Juno no le habían dado ningún papel.

«Es que eres rara», le había dicho una niña de su grupo. Juno lo recordaba bien.

Como mínimo desde Primaria, Juno también se sentía rara. El resto de las niñas estaban siempre juntas susurrando y soltando risitas. En invierno, cuando los niños hacían como que les iban a tirar bolas de nieve, gritaban con terror fingido. Juno no entendía por qué lo hacían.

«No mires con esa cara tan rara», le dijo una niña.

Juno no fue capaz de distinguir por su expresión si la chica lo decía en serio o de broma.

Jason, el que había interpretado en la fiesta de Navidad a San Nicolás, le dijo que su aspecto daba miedo.

Juno se contempló en el espejo del baño del colegio.

Tenía dos bultitos en la frente. Tal vez le iban a crecer cuernos.

«Eres bizca», dijo Jason.

«Eres una patosa corriendo», le dijo una chica.

Otro chico dijo que era una bruja.

Juno no se integra en la clase, decía en su primer certificado de notas de secundaria, bajo la rúbrica «Observaciones».

«No seas tan complicada, así todo será más fácil», le dijo su madre. «Tus amigas son muy simpáticas».

Juno lo intentó.

Cuando fingía a ser una persona sencilla, la gente se lo creía casi siempre.

«Pero no son amigas mías», le dijo a su madre.

Dieron media vuelta y recorrieron la calle principal, pero había demasiado ruido para *Ninto*. Tomaron un camino que llevaba a un bosquecillo en el que Juno solía pasar bastante tiempo. Era un lugar desierto y peculiar, como un paraje encantado. Los árboles crecían de cualquier manera, todas las especies mezcladas, todo invadido por la maleza. A veces colgaban algunas bayas desconocidas de aspecto tentador. Se detuvieron delante de un abeto gigantesco y

Juno soltó a *Ninto*. Enseguida comenzó a olisquear la corteza. Movía la cola, contento, y se puso a explorar los árboles de su alrededor.

No había cambiado nada. Juno dio la vuelta al abeto y miró hacia arriba: las dos tablas seguían allí. Ya estaban allí cuando construyó la casa con Nyx. Tal vez llamarlo casa fuera exagerado: habían trepado hasta los dos tablones fijados con tornillos al tronco y a las ramas, y habían colocado otros cuatro atravesados encima. Después los ataron con una cuerda de escalada. Se tambaleaba, pero aguantó bastante bien. A Nyx lo había conocido en el grupo de preparación para la confirmación; casi siempre hacían pellas juntos y al cabo de tres meses se dieron de baja los dos. Sus padres protestaron al principio, pero terminaron cediendo. Nyx vivía en el otro extremo del pueblo y llevaba el pelo largo. Aquello era suficiente para que de vez en cuando los demás chicos le dieran una paliza.

Se habían acostado allí arriba; había sido la primera vez para los dos. Fue un poco complicado sobre los tablones bamboleantes.

Un día, Aamon y Salvan destruyeron la casa del árbol. Estaban borrachos, treparon por el tronco y cortaron la cuerda con un cuchillo, sin más, sin grandes declaraciones. Las tablas cayeron al suelo junto a Juno y Nyx. Nyx estaba igual de borracho que ellos, Juno solo un poco.

Ella gritó: «¡Sois idiotas!». Juno se acordaba de que todo ocurrió como a cámara lenta: las astillas volaron hacia ella con una lentitud infinita. Como asteroides que iban a chocar contra la Tierra.

De algún modo, todo se complicó, nadie supo decir exactamente por qué. Habían entrado juntos al bosque, con un grupo de gente

más o menos borracha, y alguien, probablemente Aamon, empezó a discutir cuando casi todos los demás ya se habían marchado.

A Aamon y Salvan los conocía también del grupo de confirmación; uno era hijo de un médico y el otro, el heredero del mayor hotel del pueblo.

A veces coincidían también en el autobús escolar.

«¡Oh, no, ahí viene la loca!», solía gritar Aamon por todo el autobús.

«¡Otra vez ese corte de pelo horroroso! ¡Fuera de mi vista, por favor!».

Pero a veces se complicaban las cosas y después era difícil saber qué es lo que había pasado y por qué.

Tú dijiste esto y luego yo dije aquello y por eso tú hiciste eso otro. Y así.

Aunque tal vez aquello fuese tan solo un pretexto, cuando la realidad era que hay buenas y malas personas, sin más. A la mañana siguiente, Juno tenía varios cardenales por todo el cuerpo y a Nyx le habían cortado el pelo.

¿Cómo habían conseguido una tijera tan rápido? A Juno se le ocurrió esa pregunta mucho después. ¿O acaso llevaban siempre una tijera encima, en el bolsillo del pantalón o de la chaqueta? Había gente así.

Aquí no hay un signo de interrogación, sino un punto.

Aamon y Salvan no seguían vivos.

Juno había leído el obituario de Salvan en el periódico, en una de las visitas a su madre. Leucemia con 32 años.

Ya hacía mucho tiempo, para entonces ella ya vivía en Berlín.

«Seguramente consecuencia de Chernóbil», había dicho su madre. Aamon había muerto antes, por consumir éxtasis adulterado.

Había salido en el periódico regional, su madre le había mandado el artículo por correo. Incluso en un reportaje en el Spiegel sobre el peligro de las drogas sintéticas habían incluido un párrafo sobre Aamon.

Juno había notado a menudo que sentía una extraña satisfacción cuando pensaba en esas dos muertes. También ahora.

Y también ahora volvió a asustarse de aquella reacción.

Pensó en Justine, de la película *Melancolía*, que en la primera fase de su depresión no se mostraba débil y abatida, sino malvada y turbadora. En realidad, fría como el hielo. Juno lo entendía.

Llamó a *Ninto*; ya era tarde, tenía que llevárselo a su dueña. Sonrió al verlo llegar trotando tranquilamente, mirándola lleno de expectativas. El momento de los pensamientos gélidos pasó.

«Hola, guapo», le dijo, y le rascó detrás de las orejas. Él no sabía nada sobre las personas, de todo lo que eran capaces. Un pensamiento le cruzó la mente.

Que hubiera sido bonito tener un *Ninto* en aquel entonces. Habría más perros en su vida, eso lo tenía claro. Ocurriría más adelante, cuando llevara ya una buena temporada viviendo en Leipzig, en verano, cuando hubiera pasado todo y Benu fuera un satélite perdido…

Más adelante, ella, Juno Isabella Flock, jugaría con un perro en su casa. Relajada y feliz.

Sora, se llamaría el perro. Significaba «el guerrero» en japonés.

Sora pasaría dos semanas en su casa. Por las noches *Sora* y ella jugarían en el cuarto de Jupiter, Juno le tiraría la pelota y Sora la atraparía.

Sora sujeta la pelota en sus fauces y quiere que Juno se la quite y la tire de nuevo.

Jupiter mira desde la cama y le parece una escena entrañable.

Están en medio de la habitación y luchan por la pelota, *Sora* tironea, Juno no la suelta, *Sora* mueve la cola muy contenta.

Una vez, cuando Juno casi le ha quitado la pelota, *Sora* intenta modificar un poco la mordida para defenderla y sus dientes le rozan un dedo. *Sora* no calcula bien y un diente afilado se engancha con el dedo corazón de Juno, justo debajo de la uña.

Es un pequeño rasguño, pero sangra mucho. Juno dice «ay», y *Sora* lo lamenta de inmediato. Deja de jugar y se arrastra hasta Juno. Con las patas traseras estiradas, mirándola desde abajo.

«No pasa nada —dice Juno—. Ya sé que ha sido sin querer». Y lo acaricia para tranquilizarlo.

Es el perro de Nais, su profesora de *ballet*, y de su novio. El perro es un Jack Russell terrier.

Nais y su novio habrán viajado a Japón ese verano.

Juno quiere a ese perro con una intensidad tal, que cada vez descoloca un par de cosas en el mundo.

Sora la vigila, la sigue a todas partes, le trae sus juguetes, y cada noche se lleva uno de los calcetines de Juno a su cestita.

Por si acaso, Juno le preguntará a Nais por WhatsApp si el perro está vacunado contra la rabia.

Le tiene pánico a la rabia. Es irracional, sabe que en Europa central ya no hay rabia, y que en Alemania no ha habido ningún

caso desde el 2008.

Pero aun así.

En su pueblo de las montañas una vez murió un perro de rabia. La gente contaba que pasó cuatro días corriendo en círculos a toda velocidad sin poderlo evitar. Empezó a sangrar por las orejas, eso fue lo que contaron entonces.

Juno no lo había visto.

Los más viejos del lugar decían que cuando una persona se infecta de rabia, primero empieza a caminar hacia atrás y después acumula litros de saliva en la boca, hasta que se ahoga con ella.

El novio de Nais escribe: «¡La segunda dosis de la vacuna todavía no se la hemos puesto, *sorry*!».

Y al poco tiempo escribe Nais: «Sí, sí que tiene la segunda dosis».

Esa noche Juno habrá dormido mal, en verano, cuando Benu ya solo sea un satélite desactivado y no se lo vea acompañando a Juno ni envíe ningún dato más.

A la mañana siguiente irá a la consulta del médico de la esquina, en el horario de urgencias, y pasará dos horas en la sala de espera escuchando el tic tac del reloj de la pared. «¿Puede ser que esté desarrollando miedos irracionales?», se pregunta Juno. Sí, puede ser.

Sora estaría en casa con Jupiter.

El médico le dirá lo que ella ya sabía.

Que no hay motivo para preocuparse, siempre que se conozca al perro.

Dice que la rabia solo es un problema en África, a veces en Asia también. En África mueren al año unas 21000 personas infectadas, la mayoría niños.

Él había estado un par de veces en el Congo, con Médicos Sin Fronteras. «Los niños siempre son los primeros en ser mordidos por los perros rabiosos, siempre les toca a los más indefensos», dice el médico.

Pero en este caso no había que hacer nada.

Juno pensará que es una típica occidental hipocondríaca, que está exagerando tremendamente con su miedo.

Juno pensará que ya no es capaz de distinguir entre la realidad y las cosas que ocurren solo en su cabeza.

Y que Benu habrá sido tan solo un producto de su imaginación.

Pero eso ya lo había aprendido Juno hacía mucho: había aprendido a pensar que algunas cosas que había vivido solo habían sido imaginaciones suyas, que no habían ocurrido en realidad.

Era una estrategia útil, igual que la de fingir en la escuela que era una persona normal y alegre.

Benu se habrá ido, ¿hay también una estrategia en contra de eso? Juno ha guardado algunos chats como capturas de pantalla, lo cual no es un buen *move*, como dice la gente ahora, porque los chats son como conversaciones, debe llevárselos el viento y permanecer solo como recuerdos. Sin embargo, quiere conservarlos. Como prueba de que Benu existió en realidad. De que estaba presente; lejos, pero aun así presente.

A Juno se le ocurre esto ahora, casi al final de la historia.

IMÁGENES DE HOMBRES ENAMORADOS

Una artista de performance *ejecuta los movimientos y gestos*

Un hombre enamorado que lleva una sierra circular colgando del cinturón.

Un hombre enamorado sentado frente a una mesa que intenta dibujar una mariposa en una hoja de papel.

Un hombre enamorado que da una patada al aire.

Un hombre enamorado que se pinta las uñas de los pies.

Un hombre enamorado alcanzado por una bala.

Un hombre enamorado que vacía una taza de arroz con una cuchara.

Un hombre enamorado que bloquea una y otra vez una llamada en el móvil.

Un hombre enamorado sentado en el medio de una habitación, llorando.

Diez

Se acordaba perfectamente de cómo fue.

El Triángulo de la primavera brillaba con fuerza, como siempre hacía a finales de marzo y principios de abril. Además, Delta Cephei se acercaba a su punto más luminoso, como cada cinco días, para luego volver a disminuir y vuelta a empezar.

Así pues, no era un momento que se saliera del marco de las leyes de la física, pero, de todas maneras, Juno lo recordaría.

Cerró la puerta de su cuarto. Once de la noche, la cara iluminada por la luz rosada de la lámpara de pie, con el móvil a cierta distancia de la cara.

La cámara estaba encendida, aparecía de medio perfil; no de frente, más bien de lado.

Juno se descubrió comprobando si se veía bien. ¿Qué quería decir eso? ¿Tener un aspecto que no llamara demasiado la atención? ¿O al revés, que llamara mucho la atención? ¿Demasiado fea o guapa, demasiado llamativa, demasiado poco llamativa?

Verse como nada. Como todo.

Sonó el teléfono, como siempre. El cascabeleo de una videollamada, como siempre.

«*Hi*». Sonrisa amplia. Saludo con la mano. «*How are you?*».

La llama de la vela parpadeaba.

La luz de las estrellas, como siempre, no conseguía penetrar en el interior de las casas.

Hablaron en voz baja un rato, muy bajito, para que no lo oyese Jupiter. Hablaron de que llegaba la primavera. Juno le dijo que había ido a bailar.

Benu le contó que había preparado un estofado con carne de ternera, espinacas, cebolla y tomate. Era su comida favorita, pero a veces también era aburrido comer solo estofado.

Juno le contó lo que había comido ella: una ensalada y un bocadillo; no había tenido tiempo para cocinar. «Pero si no cocinas nunca», le dijo Benu, y volvió a reírse. Él ya sabía desde hacía mucho que a Juno no le gustaba cocinar.

Y luego —pero seguramente fue solo una impresión suya que no se correspondía con la realidad—, Benu la miró durante más tiempo de lo habitual.

Con la cabeza muy derecha, le sostuvo la mirada; una sonrisa le atravesó fugazmente el rostro y se puso serio de nuevo.

Se la quedó mirando durante una eternidad, tanto como tarda una estrella fugaz en apagarse en el cielo.

Durante el resto de la conversación se mostró reservado. Miraba de vez en cuando al suelo, parecía un poco nervioso.

Era solo impresión suya.

Colgaron enseguida. Juno se preguntó de nuevo por qué hacían esas videollamadas.

Casi siempre hablaban sobre la comida y lo que habían hecho aquel día.

A menudo Juno no sabía qué decir.

Casi siempre hacía lo mismo.

En aquella época, además de los libros sobre África, leía mucho sobre astronomía, desde libros para legos a manuales de Astrofísica

(Bergmann-Schäfer: Manual de Física Experimental, Volumen 8, Las estrellas y el universo). Esta afición le venía de antes, de cuando era rara, de su interés por temas específicos. Pero al menos uno aprendía con esas cosas.

Había aprendido que todos los descubrimientos sobre el universo habían surgido del procesamiento implacable de los datos, día a día, año a año.

Atrapar la luz, medirla, volver a atraparla, volver a medirla. De ese modo se registraban las desviaciones, de las que a su vez surgían teorías que tal vez podrían llegar a demostrarse como hechos probados.

De esas pequeñas desviaciones en sus videollamadas —Benu miraba a la pantalla de una forma distinta; los movimientos de un objeto que difieren levemente de lo que hasta entonces se había registrado— aún no se podían sacar conclusiones, pero podría ser que Juno ya intuyera algo.

Ni siquiera era una teoría, ni una suposición, tal vez fuera solo una sensación, y las sensaciones eran lo menos fiable para observar la realidad.

A la mañana siguiente, un mensaje.

> Por favor, no te enfades.
> Tengo que decirte algo.

Pausa. Pausa. Pausa.

> Creo
> que me he enamorado de ti.

Bum.

Una explosión luminosa; tal vez el universo estuviera empezando a contraerse de nuevo.

Mentiras engaño Kenia mujer blanca océano ven sexo *loverboy* dinero hambre mujer mayor vergüenza qué

no no no

Adiós. Bloquear.

Hey, ¿sigues ahí?

Juno esperó diez minutos.

No me gusta que me digas esas cosas.
Que empecemos a hablar así.

¿Estás enfadada? ¿Por qué?

Porque me suena raro.
Quieres que me convierta en una especie de *sugar mom* para ti, a eso me suena.
Crees que puedes venderte por un precio. *sugar mom* para ti, a eso me suena.
¡Eso me cabrea!

¡Te crees que lo necesito!
No es verdad, que te quede claro.

El ímpetu de las placas tectónicas que empujan una contra la otra. La placa africana, la placa eurásica.

Pero el choque no generó ningún terremoto, sino un pequeño vacío en la habitación.

No, no quiero venderme.
Era un cumplido, nada más.
Sorry, no quería molestarte.

Pausa.

Pausa.

Pausa.

Solo me gusta cómo eres.
Me gusta tu aspecto.
Eres muy divertida y un poco especial.

Y me gusta cómo hablas.

¡Vaya, ahora SÍ que me has molestado!

Tú me has contado siempre lo de tus amantes. ¡Pensé que no había nada malo en esto!

Incluso aunque quisiera, eres demasiado joven para mí, ¡y además estás muy lejos!
Y basta ya por hoy.

Juno no se cree nada de esto, Benu.

¿Quién escribe hoy en día algo así: «Creo que me he enamorado de ti»?

Solo los estafadores del amor.

Ahora has querido cobrar tu dinero, Benu.

Juno, tu *Sugar Mom*, tendría que pagarte una cantidad al mes, ni idea de en qué consistiría tu parte del trato. ¿Encuentros secretos en la pantalla?

Además, estoy atravesando una fase de depresión severa, lo último que me interesa es estar enamorada.

No todo era mentira, Benu. Todo era cierto.

Juno había escrito una vez un poema en secreto.

«Tengo un lugar entre las costillas. Mi corazón aletea allí, uno lo ve/o no lo ve».

Habría sido mejor y más sencillo seguir mintiendo. Tal vez así:

> ¿Qué quieres decir con «enamorado»? En nuestra cultura no conocemos esa palabra, aquí existe solo «odiado».
>
> Muy amable por tu parte, gracias. Pero
> estoy con el jefe de un consorcio petrolero internacional que me paga el piso.
>
> Ah, qué bonito, pero mi novio es el jefe de
> mayor cartel de drogas de Chemnitz, será
> mejor que dejemos lo del enamoramiento, si le
> tienes aprecio a tu vida.
> Me controla siempre los chats y tiene
> conexiones en todo el mundo.

En lugar de eso:

> Y, además, ¿cómo te lo imaginas?
> ¿Que vaya yo a Nigeria con un montón de dinero en el bolsillo?
> ¿O que tú vengas a Alemania y yo te mantenga?
>
> Ni lo intentes.
> Si no quieres que borre el contacto.
> ¿Entendido?

Crees que soy increíblemente rica, como todos en Alemania.

Una mujer de negocios.

No entiendes nada.

No tienes ni idea de cómo es Europa.

No tienes ni idea de cómo soy yo.

Ni siquiera sabes mi nombre.

Juno lo escribió y lo volvió a borrar.

Había puesto el teléfono en silencio para no oírlo cuando llegaran las notificaciones.

En la pantalla bloqueada aparecían los avisos de la llegada de los mensajes de Benu, uno tras otro. Juno podría tocarlos con el dedo y leerlos sin que quedaran marcados como leídos. ¿Para qué existía esa función?

¿Para que uno tuviera tiempo de pensar una buena respuesta?

¿Acaso una respuesta formulada después de haberla meditado no era también una forma de mentira?

Tomó el teléfono, abrió el perfil de Benu y fue a la información de contacto.

Foto de perfil, número de teléfono, el prefijo de Nigeria. Deslizó la pantalla hacia abajo hasta llegar a «Bloquear contacto». Por un momento, sostuvo el dedo índice sobre ese campo. Lo apartó sin haber rozado la pantalla. Luego cerró la aplicación.

IMÁGENES DE MUJERES MAYORES

L@ artist@ de performance *ejecuta los siguientes movimientos y gestos*.

Mujer mayor tumbada bocarriba en el suelo mirando las estrellas.

Mujer mayor que clava un clavo con un martillo en el parqué.

Mujer mayor a cuatro patas que contempla la hierba.

Mujer mayor que mira sus uñas con asco.

Mujer mayor que se abraza.

Mujer mayor alcanzada por una bala.

Mujer mayor que levanta un perrito del suelo y lo abraza.

Mujer mayor que se tira de espaldas a la cama (diez veces seguidas).

Mujer mayor que se levanta por la mañana, parpadea frente a la luz (la luz proviene del choque de un asteroide lejano, de forma que no la alcanza directamente, pero pronto llegarán el polvo y la oscuridad tras el impacto).

Once

Ey, duendecillo.
Te he echado de menos.
Y a tu cara también.

¿Cuándo había escrito aquello Benu? Juno no se acordaba. Necesitaba todas sus fuerzas para no dejar que le afectaran sus siguientes frases.

Frases que no dejaban de llegar, imperturbables.

A Juno a veces le parecían tiernas.

Le había dicho a Benu varias veces que dejara de escribir aquellas cosas.

Que le parecía indigno. Que no volviera a escribir que estaba enamorado de ella.

Él respondía que le había salido sin pensar y que no tenía intenciones ocultas. Que era lo que sentía.

Que no quería acosarla. Pero que, aun así, quería decirlo.

Que no había que tomarse la vida tan en serio, pero que era importante ser siempre sincero.

Soy sincera. Cien por cien.

De todas formas, a Juno le costaba borrar su contacto de WhatsApp y luego denunciarlo. Habrían sido dos clics y adiós para siempre.

¿Adiós para siempre?

Benu tenía su número, siempre podría escribirle con otro perfil.

«¿Harías algo así, Benu?».

Si quiero, puedo borrarte y listo.

Yo también a ti.

Parecía sacado de una novela.

El argumento: una mujer responde a un estafador, el estafador se enamora; ella se molesta, no cree en el amor, le grita; él no ceja en su empeño.

El antiguo estafador se cuela en un barco hacia Europa, logra llegar hasta Chemnitz, aparece una mañana en su puerta y FIN.

Pero la realidad era distinta. Ella no vivía en Chemnitz.

Vivía con Jupiter en un piso con puertas de cristal.

La realidad era durísima.

La realidad era, también, que Jupiter seguía sin saber nada de Benu.

Ey, Jupi, llevo cuatro meses chateando con un estafador del amor, por cierto.

Ey, Jupi, es el único secreto que me queda entre tanta puerta de cristal.

Ey, Jupi, es verdad, en cierto modo esto es como tener una aventura, no me estoy portando mejor que los maridos cincuentones que engañan a sus mujeres. La estructura es la misma, aunque aquí no se trate de deseo.

En ese sentido, estoy siguiendo las pautas sociales que siempre he rechazado.

Jupi lo habría entendido todo.

Aún así, Juno no se atrevía a contárselo.

Y le sorprendía que Benu siguiera escribiendo como si nada.

Lo persistente que era.

Seguía enviando sus frases, inasequible al desaliento.

Me gusta tu nuevo corte de pelo.
¡La forma de tu cabeza es muy linda!

Era la primera vez que le decían eso. Juno nunca se había parado a pensar sobre la forma de su cabeza. Y el pelo se lo había cortado ella misma, como siempre, después de que una peluquera un día antes le hubiera hecho un corte a lo paje tan milimétrico que al llegar a casa sacó las tijeras y se trasquiló un par de mechones desiguales de un largo intermedio.

Para recuperar un aspecto un poco menos normal.

Ajá.

¿Otra vez estás enfadada?
¿Qué hay de malo en hacerte un cumplido?

A la mañana siguiente le envió un mensaje de voz.

«Hey, Benu», empezaba.

Le decía que ya se lo había dicho mil veces.

Benu y ella, dos personas normales, se encontraban en dos lugares del planeta muy lejos entre sí y charlaban.

Punto. Nada más.
Sin romanticismos, ¿me oyes?
Sin este rollo de estar enamorado.
Los dos al mismo nivel y todo eso,
sin ligoteo.

> Yo no estoy libre y nunca lo he estado.

Y luego añadió en broma, y se rio al hablar, y para ella era evidente que lo decía en plan de broma. ¿Pero qué tipo de broma estúpida era esa?

Más tarde, Juno pensaría que lo había soltado demasiado a la ligera. Bueno, pues lo que dijo, de broma, fue:

> Y si no cumples esta condición y vuelves a decirme que te has enamorado de mí, ahí te caigas muerto al instante.

Juno le dijo que sabía de brujería.

«I'm into witchcraft, you know».

No fue una frase premeditada, es que estaba leyendo un libro de poemas llamado *Witch*, de una poeta inglesa muy buena. Sus poemas que jugaban con la brujería y el diablo.

Magia negra y sexo entre diablos y brujas.

Los poemas eran serios y, a la vez, no lo eran.

«En Alemania nadie se atrevería a escribir algo así», pensó Juno entonces.

No es que le interesase mucho el tema de las brujas, le parecía demasiado esotérico y ridículo, eso de que las mujeres se reunieran en la noche de Walpurgis para bailar y esas cosas.

«Bruja», le había llamado un niño de la escuela primaria.

También Salvan la había llamado bruja una vez. Que era fea como una bruja, había dicho.

Había buenas razones para no coquetear con el tema.

Durante todo el día no llegó ningún mensaje.

Solo por la noche.

Oye, ¿es verdad que sabes de brujería?

No, qué tontería, era broma.
No creo en las brujas en absoluto, no me interesa; como mucho creo en los espíritus, y me gusta el diablo también, pero solo en el arte.

Y pienso que está bien creer en todo eso.
Ya sabes, las Willis en Giselle y cosas así.

No debes hablar en broma sobre eso, ni de brujas ni de espíritus. Te pido que no vuelvas a pronunciar la palabra bruja ni a escribírmela nunca más. Estoy muy asustado. La palabra me da miedo.

En sus palabras se percibía la alarma.

Algo en su voz quería escapar.

Algo en el mensaje le decía a Juno que esa vez era todo real y en serio.

Ok. *Sorry*, no era mi intención. De verdad que solo era broma. Claro que no sé nada de brujería.

Vale, gracias.

Y además las brujas tampoco existen, ¿no?

No hubo respuesta.

En el piso reinaba un silencio tan absoluto que los pájaros que dormían en los árboles parecían ruidosos.

¿Qué se supone que era una bruja? Esas mujeres de los cuentos que siempre eran malas.

No le interesaban en absoluto.

Si acaso, los espíritus. Tal vez la abeja silvestre del balcón era un espíritu.

En Alemania había una oleada de brujas en los teatros. Obras sobre el poder de las brujas, bailes de brujas, fuego de brujas.

Juno había estado a punto de pelearse con una colega. Le parecía incómodo que se dejaran de lado los datos históricos brutales, había dicho Juno, y que en los teatros solo se viera lo fantástico, las imágenes típicas de embriaguez, secretos femeninos, la falta de adaptación social de las brujas.

Se seguía partiendo de los viejos prejuicios, solo que ahora se intentaban presentar como algo positivo.

Celebrar el poder de las brujas.

Y el poder de las brujas no existía, solo miles de mujeres asesinadas brutalmente.

Ya puestos, se podía hacer una obra de teatro sobre eso.

Mucho después, Juno leería por casualidad un artículo de periódico sobre la creencia en las brujas en los países del África occidental.

Contaba que esa creencia tenía su origen en las distintas iglesias cristianas establecidas por todo el país, con una mezcla de remanentes de las religiones antiguas.

Había personas, sobre todo en las zonas rurales, a las que se tachaba de brujas de forma arbitraria y eran expulsadas de su pueblo. Incluso a niños.

Los curanderos acogían a estos los niños con la promesa a los padres de liberar a sus hijos del diablo; a cambio, los niños debían trabajar para ellos.

Muchos no volvían a ver a sus padres nunca más.

En uno de los documentales de YouTube se veía a un estafador del amor de Ghana de camino a un sacerdote de «vudú».

Vudú entre signos de admiración.

Se veía al hombre caminando por calles de asfalto rojizo con la foto de una mujer en la mano. Era una mujer que no quería enviarle dinero. Todavía.

El sacerdote sacrificaba en el patio de su casa a una cabra blanca preciosa de cuernos curvados. Después, el estafador tenía que derramar la sangre de la cabra sobre un atado que en el documental denominaban *spirit*.

Este atado era el tronco de la cabra, sin cabeza ni patas.

El estafador tenía que atar este *spirit* siguiendo indicaciones exactas sobre cómo hacer los nudos. Luego lo levantaba y lo arrojaba con todas sus fuerzas contra el suelo; el sacerdote avivaba un fuego y saltaban chispas alrededor.

Las chispas cegarían a la víctima, anunciaba el sacerdote, a la mujer que no quería enviar dinero. Todavía. La persona cegada por las chispas haría todo lo que se le pidiera.

En cuanto la mujer enviara dinero al estafador, el sacerdote recibiría una parte.

«Vudú» no era la palabra correcta, como deberían haber averiguado los realizadores del documental. Pero era de Spiegel TV, qué otra cosa se podía esperar.

El vudú sigue siendo un invento del mundo occidental. También aparecía en una película con Mickey Rourke, a Juno se le había olvidado el título. Transcurría en Nueva Orleans, había sangre de gallina, muerte y sexo. La película molestó a Juno porque sus amigos de repente querían ser todos como Mickey Rourke, y porque se arrancaban corazones del cuerpo e incluso salía el diablo.

En realidad, lo correcto era «vodou», a veces también «vodún» o «vodoun». Juno lo había comprobado en Google mientras veía el documental.

Era una religión monoteísta, no de esas que solo adoran a los espíritus, como se decía en todas partes. Era simplemente una religión.

No era perfecta, como tampoco lo eran el resto de las religiones.

Juno no sabía qué era peor, si el documental tan mal documentado, o lo de la pobre cabra, o que quisieran ponerle un conjuro a una pobre mujer que no quería pagar.

Juno cerró el portátil.

Desde que conocía a Benu había visto un montón de documentales. No le habían ayudado a comprender los procesos de la Tierra, sino que solo le habían mostrado que todo estaba entrelazado de forma inextricable.

En el documental, el mismo estafador que iba al sacerdote afirmaba que lo que hacía estaba bien. Las mujeres mayores a las

que engañaba eran las herederas de la colonización de África por parte de Europa. Alguien tenía que pagar por ello.

A Juno le pareció una excusa fácil.

Juno volvió a abrir el portátil.

Apuntó «SOFT WAR» como título de su obra de teatro. Dos grupos marginalizados frente a frente.

No luchaban entre sí. Esa no era la palabra adecuada. Se enzarzaban.

Sonó el teléfono. Los cascabeles.

La cara de Benu se asomó a la pantalla. Miraba curioso, observando. Juno intentó no reírse.

Se encendió una vela en una habitación bonita en una ciudad de tamaño mediano en Nigeria. Mientras, la más pequeña Leipzig cazaba su electricidad mediante cables e iluminaba sus calles y casas hasta el amanecer. Sobre eso no había documentales.

Juno tenía encendida la lámpara con la bombilla de bajo consumo.

—*Sorry* —dijo Benu—. Siento lo de la bruja.

—No pasa nada —respondió Juno.

Luego Benu le contó que en alguna ocasión había pensado que ella podría ser algo parecido a una bruja.

—No sabía decir qué edad tenías —explicó—. Ni tampoco quién eras. A veces tenía la sensación de que estabas jugando conmigo de alguna manera —le dijo.

Juno tuvo mala conciencia.

Pero Benu añadió que no creía en las brujas, en realidad.

En el pueblo de sus tías muchos sí creían en ellas. A él le parecía casi siempre una tontería, pero a veces era difícil no dejarse llevar

por la historia. Se decía que las brujas causaban las hambrunas. Que enfermaban el ganado, que secaban los campos.

—Naturalmente, hay explicaciones razonables para las enfermedades del ganado —dijo Benu—. Pero las explicaciones irracionales son más fáciles, al final.

Hacía pausas entre las frases y entre las palabras, como para decirlo todo con más énfasis.

—Y a veces hay momentos donde piensas: bueno, pues a lo mejor hay algo de cierto en eso.

—Sí, conozco la sensación —dijo Juno. Pensó que todavía había momentos en los que estaba convencida de que a Benu solo le interesaba el dinero que ella no tenía.

O cómo a veces pensaba si la enfermedad de Jupiter no sería una jugarreta malvada del destino. Muchas personas creían que era un mal hereditario, que se transmitía en los genes. Aunque no era cierto. Pero ¿y si fuera cierto? La madre de Jupiter también la había padecido y al final había muerto en una residencia.

Tal vez por eso Benu la había llamado alguna vez muy temprano por videollamada. A veces sonaba el móvil a las cuatro de la mañana.

Tal vez quería comprobar si acababa de regresar de una noche de brujas y si había alguna prueba de ello: ojos espantados, pelo despeinado. Juno no tenía ni idea de cómo imaginarse a una bruja contemporánea. *«Hi»*, decía ella siempre, y se veía a sí misma en la esquina inferior derecha, en la imagen de su teléfono, completamente espabilada, como siempre.

Lo del insomnio también era una especie de magia. ¿O más bien una maldición?

—Me contaste que tu madre fue a una sanadora espiritual cuando tu padre se estaba muriendo. Así que no me digas que es completamente ridículo.

Benu lo dijo con una sonrisa, y a Juno le pareció que él era capaz de imaginar lo que a ella se le pasaba por la cabeza.

—Tal vez sea algo parecido a cuando de niño imaginas que tienes un amigo invisible que te acompaña siempre —respondió Juno—. Tú sabes que ese amigo no existe, pero, si te lo imaginas, es completamente real. Y te sientes bien porque no estás sola.

—Entonces no hay diferencia entre un amigo de verdad y uno imaginario —dijo Benu.

—Un amigo de verdad te agarra si estás a punto de cruzar la calle cuando viene un coche, si vas despistado. Un amigo imaginario, no.

En cuanto terminó de decirlo, se dio cuenta de que parecía una referencia velada a que Benu le había escrito en primer lugar como estafador. Aunque eso no es lo que había querido decir.

Los dos callaron. Se miraron y se echaron a reír a la vez.

—Oh, *man* —dijo Benu, todavía con una amplia sonrisa—. *Real deep talk*.

—Pero, volviendo a lo de las brujas —continuó Juno—, soy la persona más normal del mundo. No tengo ningún interés en la magia ni en cosas por el estilo.

Añadió que solo tenía una pequeña peculiaridad. Tardó en encontrar la palabra en inglés para peculiaridad.

—*When you are a little crazy, you know*.

—*A quirk* —dijo Benu.

—Sí, eso. Pero algo físico. Como una pequeña discapacidad. Como cuando uno va en silla de ruedas, pero diferente.

Benu volvió a sonreír.

—Ajá. Entiendo.

Casualmente había luna llena en un cielo despejado. Ella estaba de pie, de espaldas a la ventana, y vio que en la pantalla se veía la luna. Se apartó enseguida de la ventana. «Lo que faltaba, luna llena». En algún momento, cortaron la videollamada. Juno no recordaría después qué fue lo que dijeron. En cualquier caso, no mucho.

Pero Benu se llevó la mano a la boca, de eso sí se acordaba. Besó la punta de los dedos y luego los llevó hacia la cámara, hacia Juno.

Adoptó de nuevo una expresión seria.

Su mirada se ha puesto triste de repente, pensó Juno también.

Doce

Juno Isabella Flock empezó a cortarse el pelo ella misma a los diez años con una tijera dorada del estuche de costura de su madre. También la ropa, cada vez más; cortaba por ejemplo el dobladillo de las mangas o los pies de los leotardos que la obligaban a llevar en invierno. A veces hacía cortes verticales en las perneras de los pantalones.

«Para estar más fresca», le decía a su madre.

Al principio sus padres le montaban grandes escándalos, pero en algún momento lo aceptaron.

En la escuela, pasaba los recreos casi siempre sola.

«Con ese nombre, no me extraña», oyó que susurraba una niña de su clase a su compañera de pupitre.

Una vez su madre la llevó al médico.

Este era un hombre mayor y amable con gafas de pasta. Fumaba un puro mientras le hacía preguntas a Juno, que contestaba su madre. El médico le recetó una pastilla. Para calmarla. Y le dijo a su madre que Juno desayunara copos de avena tostados, que eran buenos para los nervios y estaban muy ricos.

La pastilla había que tomarla después de desayunar. Juno se la dejaba en el carrillo hasta que salía de casa. La escupía en el caminito de entrada y ni siquiera se molestaba en echarle un poco de gravilla por encima con el pie.

Los copos de avena tostada del desayuno estaban buenos, pero en los cuatro años que los tomó tampoco la curaron.

En algún momento apareció Nyx en su vida. Eso tampoco la curó, pero a Nyx no le importaban ni el pelo de Juno ni las mangas y dobladillos cortados. Incluso le gustaban. Por todas partes cortes, en el pelo, en la ropa. A veces Juno volvía a coserlos con puntadas torcidas, hechas mal a propósito. Le gustaba. También le gustaba su pelo. Para entonces ya habían aparecido los primeros punkis en las grandes ciudades, y todos en el colegio creían que Juno era uno de ellos.

De todos modos, siempre había sido rara.

La que miraba raro, tenía una postura rara, decía cosas raras.

No la dejaron participar en ninguna de las obras de teatro del colegio. Ella tampoco quería.

Luego surgió lo del trastorno de orientación espacial; tampoco pasaba nada. Luego llegó su interés por temas poco frecuentes. El universo. Juno sacaba un montón de libros de la biblioteca local. Y todos aquellos libros sobre *ballet*. Era capaz de mencionar de memoria el nombre de la obra en la que Luis XIV, el rey Sol, había interpretado el papel principal: *Le Ballet Royal de la Nuit*. El rey encarnaba al sol naciente.

«De ahí venía su sobrenombre "el rey sol"», le dijo una vez en clase a su profesor de Historia, en noveno; estaban dando el Absolutismo. Ella había interrumpido la clase y había hablado de la pasión por la danza del monarca. Sus compañeros se rieron, pensaban que era de broma para hacerse la payasa; pero lo decía totalmente en serio. Sus padres cada vez hablaban menos con ella. A veces parecía que le tenían miedo. Se dedicaban cada uno a lo

suyo. Su padre cortaba el césped durante horas caminando estoico detrás de la cortadora y se olvidaba del mundo. Su madre hacía algo parecido con la aspiradora, y por las tardes cocinaba platos complicados y humeantes, echaba los espaguetis en cazuelas gigantescas con agua hirviendo y revolvía la boloñesa en la sartén. Luego se sentaban más de una hora a la mesa, ocupados con la cena. Juno se llevaba el plato a su cuarto todas las noches.

Una vez oyó a una mujer del pueblo decirle a su abuela, que vivía un par de calles más allá: «Tu nieta está poseída por un demonio».

Hasta que un día Juno preparó una mochila y se mudó a la casa de una mujer que vivía al fondo del valle.

Lo que ocurrió con la casa del árbol, Aamon y Salvan, ya estaba prácticamente olvidado. No es que aquel incidente hubiera empeorado mucho las cosas. Tampoco tenían tanto poder esos dos. La casa de la señora estaba al pie de una montaña, justo a la orilla pedregosa del Vils, el río que atravesaba el pueblo con sus rápidos saltarines y sus remolinos.

En la valla del jardín colgaba un cartel escrito a mano que ofrecía alojamiento a cambio de ayuda con las labores domésticas y el cuidado de los animales.

La mujer tenía un pequeño rebaño de cinco ovejas y una docena de gallinas en un establo detrás de la casa, pero solo como afición.

Parecía tener dinero, aunque las habitaciones de la casa eran sencillas, con muebles antiguos y sin grandes lujos. Escribía libros.

Juno no sabía qué tipo de libros, solo recordaba haber visto su nombre en el lomo de varios tomos de la estantería y que se pasaba las tardes en la salita tecleando en la máquina de escribir mientras fumaba.

Llevaba siempre los ojos pintados con *kajal* y vestía trajes negros de crochet.

Algunos decían que era una loca. Ella le contó a Juno que había llegado al pueblo de joven, cuando Juno aún no había nacido.

Juno echaba una mano con las ovejas y las gallinas.

Le gustaba recoger las gallinas por las noches, haciendo amplios movimientos con los brazos, para que entraran al gallinero.

Disfrutaba del pequeño poder que tenía sobre ellas, que por un par de granos la seguían a todas partes. Pero también las quería porque confiaban en ella de aquella forma tan inocente.

También le gustaba que las ovejas la recibieran balando a varias voces cuando entraba al establo.

Además de eso, Juno limpiaba la casa, pasaba la aspiradora, fregaba el suelo y lavaba los platos. La casa no estaba muy sucia, no daba mucho trabajo.

Parecía una buena solución para todos.

¿Cuántos años tenía Juno? Dieciséis.

La escritora tenía una máquina de coser que le dejaba utilizar, y en la salita había un enorme baúl lleno de retales.

«Adelante», le dijo la mujer, y salió fumando del cuarto. A veces Juno bajaba al pueblo a comprar con la ropa y el corte de pelo hechos por ella y notaba cómo los conductores volvían la cabeza para mirarla.

«Se ve muy bien», dijo Nyx. Nyx seguía estando allí, hacía mucho que le había vuelto a crecer el cabello.

«Tenemos que acostumbrarnos a la idea de que nada es para siempre», le dijo Juno un día. Nyx lloró un poco y luego asintió. Poco después, se mudó a Bretaña con su padre.

Un buen día aparecieron en su casa varias chicas del pueblo y le pidieron que les cortara el pelo.

En algún momento, empezó a hacerles ropa.

Y en otro momento, empezó a cobrarles por ello.

Cuanto peor le caían las chicas…

—eran guapas y rubias y jugaban al tenis en el club; por las tardes iban a la ciudad, a las nuevas discotecas en los prados a las afueras; Juno sabía que la encontraban peculiar, pero su ropa tenía un estilo especial, algo que no existía en ningún otro lugar, tal vez a excepción de Londres, y por eso estaban obligadas a acudir a la casa de Juno en las afueras del pueblo—

… más dinero les cobraba.

Las chicas pagaban siempre, incluso si Juno les subía el precio cuando le apetecía.

Juno encontraba su vida más o menos buena. Pero solo más o menos.

¿Poseída por un demonio?

Como mínimo por cien.

A Jupiter no se le pasaba el dolor de muelas.

Iba empeorando, las cajas de ibuprofeno se acumulaban. Cuando quería masticar del lado del diente malo —era el primer molar junto al colmillo, abajo a la derecha— sentía terribles pinchazos que le atravesaban la mitad de la cara.

Ya no podía dormir por la noche, pero no llamaba a Juno.

Ella se daba cuenta solo porque también estaba despierta.

Veía la luz azulada que salía desde su habitación, como si transportara el dolor de muelas hacia afuera, hacia ella, hacia la habitación de los planetas.

O transportaba solo el dolor, sin las muelas.

Ella pasaba a verlo varias veces por las tardes, le preguntaba si necesitaba algo, y él respondía: «No, no pasa nada, ya mejorará».

Y por las mañanas siempre había mejorado algo y Jupiter aplazaba el plan de volver a la consulta de la dentista.

Seguro que el dolor se iba a calmar.

Ya casi se le había pasado.

En una semana empezaban los ensayos para la representación en Múnich, era un acontecimiento todavía ubicado en el futuro.

Juno dijo que sería mejor ir ya a la dentista, para que todo estuviera resuelto cuando ella se marchase a Múnich.

Al cuarto día, sin embargo, cesaron los dolores también por la tarde, como por arte de magia.

En el rostro de Jupiter todo volvió a ser luminoso y recto.

Juno le llevó a la cama dos bollitos con pasas untados con mantequilla. Jupi los masticó, al principio con cuidado, y luego cada vez con más ganas; se sentía mejor, todo saldría bien, como siempre. Hasta ese momento se las habían arreglado, y se las seguirían arreglando, pero ¿con qué se arreglaban, exactamente?

Juno fue al centro en metro, quería ir a la tienda outlet TK Maxx, porque allí se encontraba ropa barata y extravagante, jerséis con lentejuelas y pantalones de colores chillones.

Querían renovar el vestuario para las funciones de Múnich; Phoebus y Tristan ya habían encontrado algo.

Juno todavía estaba indecisa, pero algo habría, una prenda con brilli brilli, un pantalón fosforito, tal vez calcetines rosa chillón. El tranvía estaba lleno e iba dando tumbos. Juno ocupaba un asiento justo detrás de la puerta de entrada. Al llegar a una parada, las puertas se deslizaron y dejaron entrar una bocanada de aire frío; afuera llovía. Leipzig iba pasando por las ventanas, todavía gris piedra, todavía con las casas señoriales de estilo wilhelmiano iluminadas.

Se subieron cuatro revisores, hombres corpulentos que llevaban las tarjetas de identificación bien visibles en la chaqueta.

Primero controlaron a una mujer con velo que iba de pie junto a un carrito en el que viajaba un niño pequeño, que miraba la escena con curiosidad.

La mujer sacó su abono del bolso y se lo mostró. Ellos lo tomaron y le dieron varias vueltas con expresión escéptica, leyeron todo lo que ponía y, por fin, se lo devolvieron.

Juno tenía el mismo abono. Y no había tanto que leer como para justificar el tiempo que le habían dedicado.

Cuando dos jóvenes de piel oscura entraron al vagón, los revisores fueron directamente hacia ellos y les pidieron el billete.

Con ellos había subido también una mujer con un enorme perro blanco; era un perro guía con un arnés especial.

La mujer llevaba gafas y mantenía la cabeza recta; se movía con tanta seguridad que se notaba que no veía nada. El asiento junto a Juno estaba libre y el perro pareció darse cuenta, porque la condujo directamente hacia allí.

Le dirigió a Juno una mirada seria antes de hacerse a un lado y dejarle el sitio a la mujer, que se sentó junto a ella tras algunas

vacilaciones.

Era muy corpulenta y ocupaba más de su mitad del asiento. Juno notó el contacto con la parte superior de su brazo.

—Tiene usted una bonita postura —le dijo la mujer en algún momento. Juno se asustó un poco, porque la frase había llegado salida de la nada y porque era peculiar viniendo de una mujer que, al parecer, no veía nada.

—Y usted unos zapatos preciosos —respondió Juno, que añadió—: ¿Lo nota de alguna forma? —Se dio cuenta de lo absurdo de su pregunta. Vio que el perro seguía sus palabras con atención, mirándola con la cabeza ladeada.

—No —dijo la mujer—. Lo veo, todavía conservo el diez por ciento de vista.

—Disculpe. —Juno estaba avergonzada. La mujer era joven, tendría menos de treinta, y volvió la cara hacia ella. Juno tuvo la impresión de que escaneaba su rostro con los ojos tras los cristales oscuros de las gafas de sol.

—No tiene de qué avergonzarse —dijo—. Le pasa a todo el mundo cuando habla conmigo.

La mujer parecía una vidente. A Juno no le gustó ese pensamiento, pero ya se le había ocurrido.

Los inspectores también fueron hacia ellas y Juno mostró su abono. Sin bajar la cabeza, la mujer sacó el suyo del bolso, que estaba atiborrado de cosas. Juno conocía ese tipo de carné, por Jupiter. Tenía un sello extra en la cubierta que indicaba que podía viajar de forma gratuita. Pero para eso había que pagar una cuota anual al Ayuntamiento.

También en esa ocasión examinaron a conciencia el carné de la mujer y la miraron de arriba abajo. Como si asumieran que todo era falso: el carné, el perro, las gafas y la ceguera.

Eso le pasaba a Jupiter a menudo cuando le tocaban los revisores. Siempre le daban mil vueltas a su carné de discapacitado.

Cuando se marcharon, las dos guardaron silencio.

En algún momento, Juno oyó el «ping» de WhatsApp procedente de su riñonera.

Seguramente Benu.

—Le ha escrito su amante. Lo distingo en el tono —dijo la mujer, y Juno se asustó, porque de alguna manera era parcialmente cierto. Pero la mujer soltó una carcajada—. Es broma —dijo—. Es mi broma favorita cuando me da por vacilar con mi ceguera.

Juno dijo: «Ah, ya», y se rio también.

El tranvía llegó al Goerdelerring y Juno se sintió aliviada de tener que bajar.

—Cuídese —le dijo la mujer cuando Juno se levantó.

Juno respondió: «Lo haré; y usted también».

El perro observaba todo lo que ocurría en el vagón, alerta. Había muchas personas que querían bajar y se produjo un ligero barullo delante de las puertas. Juno sintió el impulso de acariciarlo, pero sabía que las caricias no eran recomendables en el caso de los perros guía. Debían separar el trabajo y el espacio privado. Cuando Juno se quedó parada en el andén vio que la mujer la saludaba desde el vagón en marcha. Había vuelto la cabeza hacia ella, justo en su dirección.

Por la noche encontró a Jupiter tirado en el suelo de su cuarto cuan largo era.

Jupiter, con sus capas de gas y niebla.

Juno, la sonda espacial que habían enviado hasta Jupiter para registrarlo todo sobre él.

El ojo de Júpiter es el nombre de una tormenta activa desde hace por lo menos doscientos años, la más grande del sistema solar, también llamada la Gran Mancha Roja.

Jupiter la había llamado esa noche. Juno no lo oyó inmediatamente, aunque todavía estaba despierta, tumbada en el suelo junto a la pelota de pilates que sostenía entre los muslos para hacer abdominales. De esa forma, los músculos internos del muslo, tan necesarios para practicar *ballet*, también se entrenaban.

Después de eso había descansado un poco y la había llamado Benu.

Ella había bloqueado la llamada y le había escrito que tenían que hacer una pausa. Que no podían seguir así.

Como si fueran una pareja enfadada.

Y entonces oyó que Jupiter la llamaba.

Estaba en su cuarto, en el suelo, y era incapaz de levantarse. Las rodillas estaban aún más rígidas que de costumbre.

Había intentado levantarse solo y apoyarse en el andador para ir al armario del pasillo a buscar ibuprofeno.

Entonces le fallaron las piernas y se cayó.

«Será un brote», dijo Jupiter.

Juno ya conocía el procedimiento: algunas infecciones —de muelas, amígdalas u orina— causaban un brote, algún tipo de inundación en las defensas.

Algún tipo de caos, las partículas circulaban por el cuerpo y se salían de sus órbitas.

Decidieron llamar al médico de guardia.

Juno había aprendido a ignorar el miedo que le causaba ver a Jupiter tendido en el suelo, y se ponía en marcha con una especie de pragmatismo. Aunque a veces también hacía cosas sin sentido. Iba a la cocina, aunque no sabía para qué, tal vez a buscar un vaso de agua, regresaba, cubría a Jupiter con una manta para que no pasara frío.

En el primer brote, quince años atrás, nadie sabía que se trataba de eso y el médico de guardia, que llegó al dormitorio resoplando y con su barriguita cervecera, le preguntó a Jupiter si había consumido drogas.

Juno tomó el teléfono de urgencias e intentó explicar con calma y objetividad lo que ocurría. De todas formas, se le notaba la desesperación en la voz.

Lo acompañó a urgencias en la ambulancia, aunque Jupiter no quería.

«Voy solo, no te preocupes —le dijo—. Ya sabes cómo son las cosas en urgencias».

Al fin y al cabo, no era el primer brote; las dos últimas veces Juno no lo había acompañado. Pero esa vez, sí. De todas formas, no habría podido dormir.

Había un montón de borrachos en la sala a la que llevaban a los enfermos y heridos, al menos a aquellos que a primera vista no revestían gravedad.

Un médico joven con ojeras se encargó de la primera exploración y luego mandaron salir a Juno para realizar las pruebas habituales.

Se sentó en un banco en el vestíbulo de entrada, se tomó un café de máquina detrás de otro; la luz cansada de los tubos fluorescente caía sobre la sala, había muy poca gente que, como ella, habían ido a acompañar a alguien.

Gente que esperaba, temía o, tal vez, no sentía nada.

Más tarde salió del hospital universitario St. Georg por la entrada principal y permaneció un momento bajo el tejadillo; todo estaba tranquilo, el paisaje dormía.

Eran cerca de las dos.

El joven médico de las ojeras había hablado con ella en el vestíbulo. Jupiter tendría que quedarse. Lo iban a ingresar en la planta de neurología. Había que ver qué es lo que ese brote había dañado de forma irreparable en su organismo.

Le permitieron pasar un momento a la sala donde Jupiter yacía en una camilla, rodeado de borrachos que balbuceaban o protestaban.

Ya conocía la historia.

«Vete tranquila a casa», dijo Jupi.

Al día siguiente tenían ensayo para la función en Múnich, hasta las tres de la tarde.

Él le dijo que bastaba con que fuera después del ensayo para llevarle sus cosas.

Sin problema.

«Aquí no puedes hacer nada, de todas formas», dijo Jupiter.

Juno también lo sabía; al fin y al cabo, no era el primer brote.

Salió al aire libre, todo estaba en calma, los enfermos y heridos hacía mucho que yacían en sus camas dormidos o, por lo menos, tranquilos.

Había llamado a un taxi, hacía mucho que ya no pasaba el tranvía. Le costaría al menos treinta euros atravesar la ciudad para llegar a su barrio.

Bajo el tejadillo, Juno pensaba que en realidad era un momento, bonito.

Solo ese momento, no todo lo que lo rodeaba, ni la situación; solo estar allí esperando, la noche en calma. Justo en ese momento el cielo nocturno anaranjado comenzó a parpadear.

Pulsos de luz que venían de arriba e iluminaban el cielo una y otra vez. Al principio pensó que se trataba de una tormenta, pero el cielo estaba despejado y era abril. Después, un ruido atronador inundó el aire.

Era el helicóptero de emergencias que se estaba preparando para despegar en la azotea del edificio.

Después llegó el viento de los rotores.

Lo más gracioso era que ese viento no la alcanzaba bajo el tejadillo; su pelo permaneció inmóvil y no se alborotó, tampoco lo notó en la cara. Pero el viento era visible. Por todas partes había árboles cuyas copas se sacudían a un lado y a otro, se oía el susurro de las hojas.

Juno permaneció inmóvil. Qué precioso era ese momento y qué feliz se sentía por haberlo vivido, un instante delicioso de verdadera belleza.

Porque al final era la belleza la que se guardaba en la memoria; no la exterior, sino la belleza de un momento absolutamente insignificante.

El estruendo se volvió tan atronador que tuvo que taparse los oídos. Y ahí estaba el helicóptero, suspendido un momento en el

aire; tomó una curva cerrada y se marchó volando, dejando su tableteo tras de sí durante un largo rato.

En algún lugar alguien tenía una emergencia grande. Juno deseó a esta persona que todo saliera bien.

A todos les deseó lo mejor.

A los muchos hombres necesitados a su alrededor les deseó que les fuera bien.

A Jupiter, a Benu.

A Cielo, que había tomado su mano entre las suyas y necesitaba un lugar para dormir. A los hombres que le escribían diciendo que era una artista interesante y tenía una figura hermosa. Al canoso Plutos, que le había pedido su dirección de email y a quien había contado una historia sobre un trabajo en el observatorio de Schkeuditz.

A los estafadores del amor, a los que había mentido de una forma tan malvada.

«A todos vosotros, os deseo que os vaya bien».

En el ensayo del día siguiente no les dijo nada a Phoebus y Tristan del brote de Jupiter. Para qué, ya estaba acostumbrada a manejar todo aquello.

Recitó su texto ante el micrófono, como siempre, y Phoebus le dijo luego que su voz había sonado bien. Juno se alegró. Justo ese era el sentido de la vida; se vivía para experimentar la alegría.

Después del ensayo tomó el tranvía dieciséis al hospital, le llevó a Jupiter tres camisetas, dos pantalones, ropa interior, el cepillo de dientes, un par de libros y su portátil.

Ahora había que resistir sin desplomarse, simplemente seguir adelante, sin desviarse del camino. Seguir los planes establecidos, planes de viaje, planes de ensayos, horarios.

¿Cuánto tiempo seguirían yendo las cosas bien?

Juno se quedó toda la tarde con Jupiter; por suerte, la otra cama no estaba ocupada y pudieron estar tranquilos.

Jugaron un par de rondas de Rummy y vieron juntos las noticias; luego Jupiter se sintió cansado. Sobre las diez de la noche tomó el dieciséis de vuelta a casa.

Transbordo en la estación central, la línea uno hacia su barrio no circulaba, accidente, vía cortada…

A veces, se estropeaba todo a la vez…

Y el catorce de septiembre, que todavía estaba por venir, quedaba aún muy lejos. El día en el que Juno querría comprar las galletas en el súper y oiría decir a la chica que todos los viejos que querían dulces navideños en septiembre tenían la culpa, más o menos; el día en el que se echaría a llorar entre las estanterías porque no sabía qué tenía que comprar, o no comprar, para que sobreviviera Jupiter, por un lado, y, por otro, el mundo también. Juno pensó que ella era de algún modo la bisagra de todo, en ella se cruzaban los caminos vitales de otras personas y ella era responsable de cómo transcurrían sus vidas.

«¿Esto quién lo aguanta?», pensaría Juno el catorce de septiembre, y se dejaría caer llorando en el suelo del supermercado de Leipzig, y no habría nadie que la ayudara a levantarse.

Todos la miraban raro, desde arriba. Al cabo de un rato se levantó por sí misma y solo entonces llegó la encargada, una mujer de su

edad con el pelo teñido de rubio y un chaleco a rayas blancas y burdeos, y le preguntó: «¿Todo bien?».

Y Juno dijo: «Gracias, sí, todo bien», y añadió que se acababa de enterar de que habían atropellado a su gato.

«Pero no pasa nada —dijo Juno—, de verdad. Muchas gracias, gracias». Y llevó la compra a casa.

Y ahora vemos a Juno Isabella Flock subirse en el tranvía número tres hacia Adler; la noche aún no ha terminado.

En Adler toma por fin el uno, que la llevará a su parada desde el otro extremo de la línea.

El tranvía está en la parada, Juno se sube de un salto y recorre el pasillo hasta el fondo; el vagón doble está vacío, es uno de los grandes, se ve hasta el final del todo. Una pareja mayor está sentada unas filas más allá.

Afuera en el andén hay cuatro chicos, no tienen ni trece años. Están haciendo un poco el tonto, nada especial.

Hace calor en el vagón, se oye el siseo de la calefacción.

De repente, un par de golpes sordos: los chicos del andén golpean contra el cristal justo donde se sienta la pareja. Bam, bam, bam, hacen muecas, no divertidas, sino malvadas, con el rostro deformado.

Entonces lanzan un escupitajo contra el cristal, justo donde se sienta la mujer.

La mujer se aparta, su marido grita: «Pero ¡es que os habéis vuelto locos!», aunque los chicos no pueden oírlo.

Todo sucede tan rápido que Juno lo percibe todo a cámara lenta; se acaba de sentar en un asiento libre junto a la ventana, el tranvía aún no ha arrancado.

Y de repente los chicos están también a su lado.

Muy cerca del cristal, ponen caras y de nuevo bam, bam, bam. Uno de ellos golpea furioso contra el cristal. Juno cree que va a estallar.

Y otro escupe contra ella también. Sus labios lanzan una carga de saliva con todas sus fuerzas.

Su objetivo no es la luna de la ventana.

«¿Por qué lo hace?», se pregunta Juno.

¿Acaso tiene ella un aspecto raro, como en los viejos tiempos?

¿Acaso se le puede escupir así, sin más?

Junto a su mejilla, un escupitajo espumoso resbala por el cristal.

Ella mira al que ha escupido a través de la delgada luna que deja pasar toda la energía maligna.

Tiene un rostro demacrado, como de hombre mayor, y al mismo tiempo casi translúcido, con la piel muy blanca, se le notan las venas azules en las sienes.

Hay gente así. Eso ya lo había pensado antes. Recordó a Aamon y Salvan.

Que al parecer siempre llevaban una tijera encima.

Puede que esos del andén fuesen sus espíritus.

Juno siente cómo su mirada gris piedra taladra largo rato la mirada azul hielo del chico.

Nota cómo su mirada atraviesa al chico como un alfiler.

Aparece un gesto de sorpresa en su rostro y duda un momento, un poco como hacían los estafadores del amor, pensando «¿Esta va

en serio?». ¡Y tanto que va en serio! El chico está a punto de apartar la mirada, pero resiste.

Y los dos aguantan, aguantan, aguantan.

El tranvía arranca. Juno sostiene la mirada, la sostiene, y el chico también, no la suelta. Hay un silencio y una corriente fría entre los dos y Juno piensa que en ese instante le está lanzando al chico una maldición.

Una maldición maligna, que lo destruye todo, la naturaleza, su corazón.

«Benu, pese a todo, no soy una bruja».

De nuevo, un segundo de sorpresa en la mirada del chico.

Juno piensa que él ha intuido de alguna forma que lo acaba de maldecir, pero no es capaz de decidir si le asusta.

Si le duele algo.

Entonces el tranvía dobla una esquina y desaparecen. Uno de ellos era el diablo, esa sensación la tuvo desde el principio, igual que sintió esa energía maligna que no sabe de quién o qué procede.

Da igual si algo existe en realidad o si uno se lo está imaginando con mucha fuerza. ¿No había dicho eso Benu hacía poco? La pareja mayor sigue indignada. «Es tremendo, menuda panda».

Han pasado tal vez unos tres minutos. En ese periodo de tiempo la luz recorre cincuenta y cuatro millones de kilómetros.

«Al final, qué insignificantes resultan estos tres minutos con los chicos en la ventana —piensa Juno—. Se los puede confiar al olvido, sin más».

Trece

Ya estamos a finales de abril.

El tiempo no es lineal, sino más bien algo así como una sopa.

Pero el hecho de que nos vamos acercando a la muerte se entromete en cada acción, en cada acontecimiento.

Da igual qué esté uno haciendo.

Regando las flores.

Comiendo pan.

Lo hace de camino a la muerte.

Este proceso se llama hacerse viejo.

Uno empieza a hacerse viejo desde que nace.

Por las noches, Juno veía a través de la puerta de cristal del cuarto de Jupiter que faltaba el resplandor azulado de la pantalla.

A veces notaba lo distinto que estaba el piso. Ella sola allí dentro. Aún más silencioso, claro. Tras las puertas de cristal no había ningún movimiento. Juno pensó que era algo desacostumbrado. Y que también podía ser agradable estar sola en casa.

Lo cual era algo que no se permitía pensar.

Ya no recordaba cómo era pasar una temporada viviendo sola. Ir a la cocina a prepararse un té sin que nadie se enterase.

Tres días después de la caída de Jupiter, Juno aún no había tenido tiempo para ir a visitarlo, así que hablaban por teléfono.

—¿Cómo estás? ¿Hay resultados de la prueba?

—Nada nuevo, pero aún no han terminado con los análisis.

—Ah, vaya, pero ¿puede que te dejen salir pasado mañana?

—Ya veremos —dijo Jupiter—, pero no creo. Todavía no camino con seguridad.

—Creo que se ha instalado una tijereta en el hotel de los insectos —le informó Juno.

Aquella tarde, al salir al balcón a sacudir el edredón, había visto un cuerpo alargado meterse a toda prisa en una de las cañas.

—De niño siempre les tuve miedo a las tijeretas —dijo Jupiter—. Alguien nos contó que se metían por las orejas mientras dormías y te ponías malo.

—Yo igual —dijo Juno.

—A lo mejor es cierto —añadió Jupiter—; a lo mejor a mí se me metió una tijereta alguna vez.

—Anda ya —dijo Juno.

Se despidieron.

—Adiós, hasta mañana. Que duermas bien tú también.

Juno se dejó caer en la cama.

Quería dormir, de verdad. Al día siguiente había que salir a cazar y preparar la presa cazada para tener comida suficiente la semana próxima.

Cuando Jupi volviera a casa.

Tenía que limpiar el baño y tal vez cambiar las sábanas y esas cosas.

Como era de esperar, apareció enseguida otro estafador del amor. Juno había echado un vistazo a las solicitudes de Instagram; era una costumbre involuntaria, como morderse las uñas.

Hola, pringado.

Samuel_Webster.

En su descripción ponía *Be good*, y una foto de un hombre blanco y sonriente con gafas y gorra de béisbol.

Tres comentarios. 77 seguidores. 657 seguidos.

Siempre el mismo rollo.

Hola.

Que qué hacía Juno.

> Estoy sentada en mi cuarto,
> En serio.
> *Be good,* qué buen lema.
> ¿Eres buena persona?
> Entonces, ¿por qué mientes?
> ¿Quieres que te cuente una historia verdadera?
> Uno de vosotros, estafadores del amor, dice que me quiere y que cree que soy una bruja.
> Además, mi marido está en el hospital. Eso es todo.

La bloqueó.

Catorce

Y entonces desapareció. Benu desapareció.

Juno seguía viendo su perfil de WhatsApp, pero ya no tenía foto.

Solo aparecía un contorno blanco en un círculo gris.

Escribió «Hey» en el chat y solo apareció una palomita gris, no cambió al *doble check* azul.

Benu se había convertido en un espíritu. Estaba en algún lugar de la nada gris.

La Osa Menor se veía en el cielo en vertical sobre la ciudad de Benu, según comprobó en *Timeanddate*. Al abrir la página e introducir el nombre de la ciudad, apareció el cielo nocturno que Benu podría contemplar si el tiempo estaba despejado.

Justo ahora quería ver el cielo sobre la ciudad de Benu en una animación en tiempo real. Como si fuera a encontrarlo allí. Más al norte estaba la Osa Mayor; directamente sobre ella, los Lebreles, y un poco hacia el oeste, el León, esa vez cabeza abajo.

Juno no se atrevió a escribir nada más en el chat. «¿Qué pasa? ¿Dónde te has metido?».

No se repetirían las dos palomitas grises que se volvieran azules.

Echó un vistazo por la ventana.

Melancolía había desaparecido. Juno no sabía hacia dónde, pero no estaba. Hacía mucho que no estaba.

De hecho, las últimas semanas habían sido buenas, aunque extrañas, y solo había oído la banda sonora de la película muy de

vez en cuando. Tal vez porque habían pasado tantas cosas.

A última hora de la tarde habló por teléfono con Jupiter, que llevaba un día en una clínica de rehabilitación cerca de Leipzig.

—Es estupendo —dijo Jupiter—, un verdadero lujo. Incluso tengo una habitación individual, porque todas las dobles están llenas. Tres semanas de masajes, tratamientos de fango y fisioterapia.

—Qué buena pinta —dijo Juno.

Se llegaba en veinte minutos en tren. Además, en el pueblo había un balneario público. Después de visitar a Jupiter, podría ir a bañarse allí y tumbarse en una hamaca a holgazanear un poco, en una atmósfera cálida que imitaba el clima subtropical, sin tener que renunciar a la comodidad y las ventajas que le ofrecía su zona climática templada.

Y en la próxima primavera saldría la novela de Jupiter en una gran editorial. La agencia que se encargaba de su manuscrito lo había llamado a la clínica. Recibiría un anticipo nada despreciable.

—Somos ricos —anunció Jupiter por teléfono, y se rieron de nuevo.

—Con el dinero abriremos un hotel de lujo para insectos —dijo Juno—. Se nos va a llenar de abejas silvestres.

Solo un día para la función de Múnich.

—¿De verdad te parece bien que me vaya? —le preguntó a Jupiter por teléfono.

—¿Acaso piensas que me voy a curar del todo si te quedas? —le preguntó él a su vez.

Se produjo una pausa indecisa, porque Juno no estaba segura de haber detectado un ligero tono de cinismo en la pregunta de Jupiter.

—Como si pudiera oponerme —dijo Jupiter al cabo—. Sería lo mismo que si te pidiera que dejases de respirar.

—Es verdad, claro; bien visto —dijo Juno. Y Jupiter se rió.

Tristan y Phoebus habían encontrado una conductora. Ya estaba todo el equipaje cargado, el vestuario en las bolsas. Se sabía el texto y los pasos de baile. Tenía más de cincuenta años; le importaría si la gente del público la miraba raro, pero no era el momento de pensar en eso.

El teatro de Múnich había impreso unos carteles, de nuevo con los tres en la fuente sin agua.

La encargada de publicidad le había enviado fotos a Juno.

Los carteles colgaban por toda la ciudad. Tal vez la gira se ampliara a otras ciudades.

El coche estaría al día siguiente a las ocho delante de su puerta.

Le hubiera gustado contárselo a Benu, enviarle un par de fotos. Tal vez después de eso le habría dicho la verdad. Toda la verdad.

Volvió a escribir en el chat. Como si Benu aún estuviera ahí, y en realidad lo estaba.

En algún lugar de ahí fuera, estaba. Si se imaginaba con todas sus fuerzas que él leía lo que ella escribía, sería verdad. Lo leería.

> Hey, Benu, ¿cómo estás?
>
> Cuando leas esto, un agujero negro se habrá tragado hace mucho al planeta Melancolía.

¿Qué pasa, dónde estás?

Puede ser que ya no tengas ganas de hablar más, y no pasa nada.
A lo mejor me has estado escribiendo todo el tiempo como estafador, nunca lo sabré.
Me agarro a las cosas concretas.

Yo estoy bien. Tengo mucho que hacer.
He decidido acostarme más temprano.
¿Has visto la película ya?
Nunca podré decidirme si preferiría ser Claire o Justine.
Las dos son fuertes a su manera y, a pesar de eso, ninguna sobrevive, pero se tienen la una a la otra.
Tal vez soy como las dos.
Y al final me tengo solo a mí.

Tal vez durante un tiempo te tuve también a ti.

He estado pensando en la amistad, por primera vez en mi vida.
Tal vez éramos algo así como amigos. O podríamos haberlo sido.
Me gustaría tenerte como amigo.

Ya nos veremos, en otra vida, en otro mundo. Que te vaya bien. Por siempre, tu Juno.

Una palomita gris.
Lo principal era que el mensaje se había enviado.

Quince

Y entonces era mayo.

Juno actuaba en la sala de *ballet* y la Tierra se tornaba un lugar hermoso y luminoso.

La sala de *ballet* se convertía en una cajita en la que se interpretaba la vida, y solo esta vida, única y especial, de la que se disponía.

Juno bailaba en esta vida la posición de *Pas de Quatre* que en estreno había interpretado nada menos que Marie Taglioni.

En los ensayos llevaba en la parte superior de los brazos unos delicados brazaletes de tul blanco que sugerían las alas de las hadas.

Era parte del vestuario.

Se sentía mucho mejor. Dormía, dormía de verdad, y los perros habían desaparecido de sus sueños.

También Jupiter estaba mejor; había regresado a casa y podía sentarse ratos largos en la silla de ruedas e incluso moverse bastante bien con el andador. Ya no tenía que pasar tanto tiempo acostado.

Le habían dado una bicicleta estática especial que se podía usar desde la silla de ruedas para fortalecer la musculatura de las piernas.

La editorial llamó y lo invitaron a que los visitara para conocerlos. Pagarían el billete de tren para los dos.

Jupiter tendría que solicitar de nuevo la ayuda para subir al vagón, tal vez volvería a llegar tarde. Pero Juno volvería a detener el tren

rápido, como entonces, cuando fueron a Berlín por el premio literario, dando zapatazos y gritando por el andén.

Juno le enseñó a Jupiter fotos del ensayo del *Pas de Quatre*.

«Maravilloso», dijo Jupiter.

Juno le dijo que le había preguntado a Hippolyta, la del primero, si iba a estar en casa el día de la función y si podía ayudarlos a bajar las escaleras. Y había dicho que sí.

El teatro tenía dos escalones en la entrada.

«He llamado y te van a ayudar con la silla», dijo Juno.

Juno estaba deseando que llegara la representación. Pero aún deseaba con más fuerza que los ensayos no terminasen nunca. El tiempo que una pasaba preparándose para algo grande era lo que podría considerarse la vida normal. Cuando uno estaba viviendo con un objetivo.

Como la abeja silvestre vivía para poner los huevos en la caña del hotel de insectos y durante cuatro semanas lo preparaba todo para ese momento.

Durante la *Pas de Quatre* tomaría la mano de Marie, Carlotta, Fanny y Lucile, pero también las de Daphne, Ursi y Athina. El tiempo no era una línea sino una sopa.

Eran el Cuarteto de la Vida Eterna, para ellas no valían los años en esa cámara de espejos, que reflejaban la luz de tal forma que todas parecían siempre jóvenes, y lo eran de verdad.

Eso del tiempo y la edad hacía mucho que había sido refutado por la física.

Lo cual resultaba evidente al verlas a ellas, las bailarinas, que eran capaces de detener el tiempo o dejarlo pasar a su través, igual que, en teoría, uno podría pasar por el acelerador del cern y no ocurriría nada; nada se detendría ni moriría, tan solo una partícula se introduciría en el cuerpo de Juno, un gen de Marie Taglioni que Juno llevaría con ella.

Juno estaba tan viva que flotaba.

Estaba allí, simplemente, y bailaba con sus amigas, giraba y hacía piruetas y saltaba en *glissades assemblés* de izquierda a derecha y de nuevo al revés.

Nais, la profesora, la disparaba por el túnel del cern.

Eran partículas que no pertenecían a nadie.

Que no permanecían quietas en ningún sitio.

Su vida no le pertenecía ni siquiera a ella misma.

Le pertenecía a la danza, estaba claro.

Incluso aunque no fuese capaz de seguir siempre la diagonal.

Para junio tenía planeados dos tatuajes nuevos, un estampado de rosas entrelazado con puntas de estrellas en el hombro derecho, y una bailarina con un vestido con vuelo, tal vez Giselle, cuando ya no llevaba atuendo de campesina sino un vestido etéreo y delicado.

En la pantorrilla izquierda.

Su vida también pertenecía al teatro. En cada una de las tres funciones con Phoebus y Tristan en Múnich habían tenido que salir cuatro veces seguidas al escenario para recibir los aplausos; lo cual era el equivalente a cuatro bajadas de telón en una obra de *ballet*.

Mientras actúe, no puede pasar nada.

¿Me oyes, Jupiter?

¿Me oyes, Benu?

Por eso tenemos que seguir actuando.

Mientras actúe, no puede pasar nada.

Algún día, esa frase acabaría en una de sus piernas de más de un metro de largo.

Juno amaba sus piernas.

Epílogo

Junio de 2023, las once de la noche. El cielo está cubierto, no hay constelaciones. El «ping» de WhatsApp. Juno ya estaba en la cama.

Hey, ¿cómo estás?
Smiley

Era Benu. Una vez fue Benu.

Benu tenía una nueva foto de perfil, seguía siendo su cara pero con un aspecto inquietante, muy joven, ni una arruga.

Él siempre había tenido arrugas en la frente y en la comisura de los ojos, su aspecto correspondía a los treinta y tantos años. Pero ahora parecía salido de uno de esos vídeos de *influencers* ridículos.

Además, su color de piel era mucho más claro, casi blanco.

Seguramente era el nuevo filtro de TikTok que lo convertía en un adolescente de treinta años.

Hola.
Estoy fenomenal.

Smiley
Eres realmente guapísima.
Me he enamorado nada más ver tu foto de perfil.
Corazón rojo
Qué majo.

Smiley con ojos de corazoncitos
¿Dónde vives?

Vivo en Italia, soy una *prima ballerina*, pronto voy a viajar a Londres, tenemos una *premier*
. Soy Marie Taglioni, por cierto.

Un nombre precioso. Me gusta mucho.
¿Estás casada?

Juno bloqueó el perfil.

Gracias

He trabajado en esta novela algo más de un año. Ha sido un tiempo intenso en el que muchas personas maravillosas me han acompañado tanto a mí como a mi trabajo.

Gracias a mi marido, Jan Kuhlbrodt, por estar ahí. Y porque no solo no se opuso a que en este libro se le confundiese con Jupiter aquí y allá, sino que le pareció una idea bonita. Y gracias a mis queridas hijas Sofia y Maria, por su presencia en la Tierra.

Gracias a mis amigas de *ballet* Kumi, Uli y Natalie, y a mi profesora Tamae Moriyama por bailar conmigo y por el *Pas de Quatre* (por siempre, vuestra Maria Taglioni). Gracias a Timm Völker y Patrice Lipeb por nuestras actuaciones, funciones, ensayos, lecturas y por la amistad, además de por la maravillosa pieza sonora que hicimos con el inicio de esta novela. Sois los mejores.

Gracias de corazón a toda mi gran familia, por las risas, los cafés y por estar pendientes unos de otros. Gracias a mi madre por su amor y por su deliciosos *zigernudeln*.

Gracias también a Spruehling689, Werktags y Mansiehtsichmal por los tatuajes tan chulos. Son *forever*.

Gracias a Yevgeniy Breyger por todo y por sus textos.

Muchas gracias también a Matthias Landwehr por haber creído en el texto desde el principio. A él y a sus compañeros y compañeras, gracias por el apoyo.

Gracias a Tom Kraushaar y a todo el equipo de mi increíble editorial Klett-Cotta por el acompañamiento sincero y la comprensión y, sobre todo, a mi maravillosa lectora Katharina Körber por el intercambio desbordante, productivo y hermoso. Y por el concepto «Ultra de las abejas».

Y gracias a la residencia en la Schauspiel Leipzig, a Thomas Frank y Melanie Albrecht, así como a mi equipo de SOFT WAR, una *performance* que se entrecruza con partes de esta novela. ¡Gracias Patrice, Clara, Philipp, Michèle!

Mi enorme agradecimiento a Patrice Lipeb, con el que conversé durante todo el proceso de creación de la novela sobre el tema del racismo y quien acompañó mi texto en el marco de una lectura de sensibilidad con comentarios inteligentes y atentos, y me hizo ser consciente de trampas ocultas del poder y la discriminación, de las que yo misma no era consciente. Esta cooperación basada en la confianza ha sido una experiencia importante y enriquecedora. La lengua nos puede mostrar los puntos débiles de nuestro pensamiento, que nosotros mismos no siempre percibimos. Y, por último, gracias a esa persona tan parecida a Benu. Esté donde esté, haga lo que haga: «Hey, tú, ¿cómo estás? *Smiley*».

Título original: *Hey guten Morgen, wie geht es dir*?

MAEVA defiende el copyright©.
El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 9791387664503
Conversión a formato digital: www.acatia.es

* «Patata», es una forma despectiva de referirse a los alemanes por parte de otras nacionalidades, o por los emigrantes que viven en Alemania. A veces ellos mismos lo usan en una especie de autoparodia. *(N. de la T.)*